

José D'Assunção Barros

# Ciudad e Historia

Una introducción a los estudios  
sobre la ciudad

José D'Assunção Barros  
Cidade e História  
© 2007 Editora Vozes Ltda..  
Rua Frei Luís, 100  
25689-900 Petrópolis, RJ  
Internet: <http://www.vozes.com.br>

© De la presente edición *Ciudad e Historia*  
Ediciones UCSH, mayo 2008  
General Jofré 462, Santiago  
Fono: 56-2-4601144  
Fax: 56-2-6345508  
e-mail: [publicaciones@ucsh.cl](mailto:publicaciones@ucsh.cl)  
[www.ucsh.cl](http://www.ucsh.cl) / [www.edicionesucsh.cl](http://www.edicionesucsh.cl) / [www.universilibros.cl](http://www.universilibros.cl)

Traducción: Ana Laura dos Santos Marques y Manuel Loyola

Inscripción N° 169.487  
ISBN: 978-956-7947-70-6

Diseño y Diagramación: Fabiola Hurtado Céspedes

Impreso en LOM ediciones

Ninguna parte de esta publicación, incluyendo el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia sin autorización previa del editor.

# Índice

Prefacio	7
1. La emergencia de la reflexión sobre la ciudad	9
Las primeras reflexiones modernas sobre la ciudad	9
El análisis institucional del fenómeno urbano	13
2. Las imágenes de la ciudad en la reflexión urbana	19
El científico social fabrica sus metáforas urbanas	19
La ciudad como artefacto y como producto de la tierra	21
Los modelos biológicos y ecológicos	28
La ciudad entendida como un sistema	35
La ciudad como texto	39
3. La perspectiva multifactorial de la ciudad	47
El fenómeno urbano en una totalidad de aspectos	47
La historicidad	50
El factor población	51
El factor económico	56
El factor político	60
El factor organización	65
El factor forma	68
El factor cultura	78
El factor imaginario	89
El factor función	96
Conclusión	101
Referencias Bibliográficas	105
1. Obras generales y teóricas sobre la ciudad	105

2. Obras generales sobre la ciudad en la perspectiva de los desarrollos morfológicos y urbanísticos	107
3. Obras sobre la ciudad que abordan ejes temáticos específicos	108
4. Otras obras citadas	113

# Prefacio

El siglo XX ha sido, de cierta manera, el “siglo de la urbanización”. Es a partir de él que se puede decir que la mayor parte de la población mundial empezó a vivir principalmente en centros urbanos de diversos tipos. Esta ruptura, con largos siglos de una historia humana donde la gran mayoría de la población del planeta se había dedicado a las actividades agrícolas y la ciudad constituía más una excepción que un ambiente familiar para los hombres, contribuyó a que el siglo XX presenciara el nacimiento de diversos intereses por estudiar el enigma y vasta trama de complejidad que es la ciudad.

La Historia y las Ciencias Humanas no quedaron inmunes a estas irresistibles motivaciones por estudiar –desde diferentes perspectivas– la ciudad como forma específica de organización social. En esta línea, los historiadores y los científicos sociales produjeron, a lo largo del siglo, riquísimos estudios y abordajes teóricos sobre las ciudades que hoy, en el amanecer de un nuevo milenio, pueden ser evaluados desde una visión panorámica.

El objetivo de este libro es registrar algunas de las cuestiones fundamentales a partir de las cuales han sido analizados los fenómenos urbanos en los últimos tiempos. No se pretende, por tanto, elaborar nuevas cuestiones. La propuesta de esta obra es simplemente exponer las diversas posiciones sobre la ciudad, muchas de ellas clásicas, de modo que aquellos que se inician en los estudios urbanos puedan empezar su recorrido con mayor conciencia del vasto campo teórico que tienen por delante, y dentro del cual harán las elecciones necesarias para sus propias pretensiones de estudio.

Se espera que esta obra pueda ser de utilidad para estudiantes universitarios de pre y postgrado en Historia, Urbanismo y Ciencias Sociales y que, también, contribuya a los docentes y académicos de estos campos, al ofrecerse un texto didáctico para el estudio de la ciudad como forma específica de organización social.

# La emergencia de la reflexión sobre la ciudad

## Las primeras reflexiones modernas sobre la ciudad

La moderna reflexión sobre la ciudad como forma específica de organización social se inicia en el siglo XIX, tanto en el área de la historiografía como en el campo del pensamiento sociológico. Esto no significa que en la Antigüedad, en el Medioevo o en el inicio de la Edad Moderna, los hombres no pensarán la ciudad o hubiesen dejado de expresar sus inquietudes y expectativas sobre ella. La diferencia, sin embargo, se presenta en dos ámbitos que debemos resaltar.

De un lado, aún no había surgido –en los periodos anteriores– el interés por desarrollar una reflexión sobre el fenómeno urbano que estuviera firmemente anclada en una investigación sistemática, en métodos apropiados, en teorías capaces de comprender la ciudad y el fenómeno urbano en todas sus dimensiones posibles. Es decir, no se había manifestado todavía la motivación para transformar la reflexión sobre la ciudad en un campo más específico del conocimiento.

Pensar y sentir la ciudad había sido, muchas veces, tarea de poetas, de cronistas y romancistas, de teólogos, también de arquitectos e, incluso, de filósofos; claro que, en este último caso, el tema siempre fue abordado como un camino para comprender problemas humanos más generales, para pensar

los modelos ideales de organización del mundo político, para imponer jerarquías sociales. De esta forma, se puede decir que, aunque la ciudad haya siempre frecuentado la reflexión de filósofos y pensadores de los más diversos tipos, ella aún no aparecía como una forma “más específica” de organización social, contrastante con relación a otras, con un lugar propio y problemas singulares que serían sólo suyos, con una historia separada, aunque integrada al movimiento más general de la historia humana.

Con el siglo XIX, esto cambia sensiblemente. Empiezan a surgir, cada vez más, pensadores de la sociedad –historiadores y estudiosos que hoy llamaríamos sociólogos y antropólogos– preocupados por entender esta especificidad del “vivir urbano”, en descifrar la historia de este vivir, sus mutaciones, sus diferencias con relación a otros ambientes sociales y de comprender la complejidad de los varios tipos de vida social que podían componer las diversas modalidades de las formaciones urbanas. Estas preocupaciones, como veremos, se intensificarían en el siglo XX.

Por otro lado, en el campo específico del Urbanismo del siglo XIX, empiezan a surgir las primeras obras preocupadas, simultáneamente, de la forma, la funcionalidad y las consecuencias sociales del vivir urbano. Claro, anteriormente existían tratados renacentistas que, desde el siglo XV, proponían actuar en la vida de la ciudad a través de una acción sobre el espacio urbano considerando sus necesidades económicas y sociales. Aquí, en las teorías de los arquitectos renacentistas, ya encontramos los primeros esfuerzos por concretar un verdadero arte urbano. Con este tipo de estudios, se comienza a analizar la ciudad como un espacio al que corresponde un vivir propio, el mismo que es posible trabajar sistemáticamente desde el punto de vista de las ciencias sociales en formación. Esta contribución sólo podía haber sido aportada por el siglo XIX por todo el escenario de nuevos conocimientos especializados que se generaban y por la propia centralidad que un mundo urbano, en vías de superpoblación, pasaba a ocupar



en los destinos humanos con la emergencia de las sociedades industriales. El propio término “urbanización” aparece, en una de sus primeras formulaciones, en 1860, propuesto por el arquitecto español Ildelfonso Cerda. Él es también autor de la primera obra en este campo, donde discute las repercusiones sociales de la industrialización, preocupándose de elaborar una *Teoría General de la Urbanización* (1867)<sup>1</sup>.

En la aparición de estos variados intereses que sobre la ciudad trajo la Época Moderna, contribuyeron, con nitidez, los acelerados procesos de urbanización e industrialización. Fue frente a este nuevo mundo urbano que, a la vez, lo fascinaba y lo amenazaba –fenómeno que, por otro lado, ayudó a gestar la contrapartida de una literatura romántica y evasiva que pregonaba el regreso a la naturaleza– que el hombre occidental se puso a reflexionar científicamente sobre la ciudad. Buscaba, tal vez, comprender los problemas específicos de este *hábitat* al cual buena parte de la humanidad parecía destinarse. Quería reflexionar sobre la organización de la vida en la ciudad, sobre los orígenes inmemoriales del fenómeno urbano y sobre las formas históricas de urbanización, a la que su civilización parecía estar cada vez más confinada.

Pero, más allá de esto, el siglo XIX trajo nuevas luchas sociales, muchas de las cuales se expresaron plenamente en los medios urbanos. El siglo de los impulsos acelerados de industrialización fue también el siglo de las utopías, de los ideales revolucionarios, de las barricadas edificadas y destrozadas en los convulsionados ambientes urbanos europeos. Heredero de los sueños iluministas y de las pesadillas revolucionarias, de la creencia en el progreso y de su adaptación a las nuevas realidades, el siglo XIX gestó el positivismo y el marxismo como propuestas deseosas de legitimar o de transformar el mundo

---

<sup>1</sup> El urbanismo sería fundamentado como materia independiente algunos años después en la obra *Stadt-Rewiterugem in Technischer* de Reinhard Baumister (1876). Sin embargo, la verdad es que la expresión “urbanismo” empleada como designativa de este nuevo campo de conocimiento, aparece por primera vez en 1910, con el geógrafo francés Pierre Clerget.

moderno, dentro del cual la ciudad desempeñaba un rol capital.

Aún imperaba ampliamente, en los medios filosóficos y científicos, una mentalidad evolucionista: el siglo XVIII había sido el Siglo de las Luces, que muchos contemporáneos quisieron ver como la etapa de mayor evolución de la humanidad, pero sería el siglo XIX el que asistiría al impacto de las ideas de Charles Darwin con el *Origen de las especies a través de la selección natural* (1859). Con el transplante de las ideas del evolucionismo natural al mundo social, y sobre las cenizas del Ave Fénix ilustrada, se abrió la posibilidad de que la ciudad fuera pensada como una de las etapas más avanzadas del desarrollo del hombre, concibiéndose, especialmente a la ciudad occidental, como una de las formas más evolucionadas del urbanismo y, respecto de la cual, debían converger formas urbanas históricamente menos elaboradas. El urbanismo occidental se presentaba, para muchos, como *el* modelo a ser alcanzado por otras civilizaciones, lo que descalificaba los tipos urbanos diferenciados de las sociedades orientales. Esta perspectiva, repleta de etnocentrismo, comenzaría a ser cuestionada en un futuro no muy lejano, en el seno de la gran crisis de descentramiento que envolvería al hombre occidental en el siglo XX. Pero, en aquellos primeros momentos de la reflexión urbana, muchos vieron en la ciudad un destino o etapa inexorable de la evolución.

Del mismo modo, de las mutaciones desencadenadas por la Revolución Francesa, comenzaron a surgir nuevas disposiciones estatales, un nuevo concepto de “nación” y nuevos patrones de desarrollo institucional. Los intelectuales del siglo XIX fueron incitados a trabajar para el Estado en la elaboración de sus mecanismos institucionales fundamentales, en su legitimación, en la producción de su memoria. Florecen, a partir de ahí, las bibliotecas y archivos, se readaptan antiguas universidades, se crean nuevas asignaturas y prácticas académicas. Era necesario legitimar el mundo moderno, el mundo del capital: un mundo que encontraba en la ciudad su armadura más adecuada.

En el anhelo de encontrar una racionalidad para este complejo mundo que los propios seres humanos crearon, se desarrollaron nuevos campos, como el de la “economía clásica”, buscándose formular, racionalmente, las leyes del mercado, y comprender los mecanismos de funcionamiento del capitalismo. Marx asume la misma preocupación de entendimiento del mundo del capital, aunque por otro camino: incorpora, en su línea explicativa, la idea de la lucha de clases y el compromiso con el cambio dialécticamente determinable en favor de un mundo socialmente más justo. A su vez, echa las bases para una reflexión sobre la relación dinámica entre la ciudad y el campo y, principalmente, pone a la historia en el centro de las posibilidades de comprender la trayectoria y los destinos de la humanidad.

Fue, a partir de este contexto diversificado, que abarcó puntos de vista y expectativas distintos –con sus respectivas fascinaciones y decepciones ante las posibilidades humanas y sociales– que se produjeron las primeras reflexiones sobre la ciudad en el mundo moderno.

## El análisis institucional del fenómeno urbano

Una visión panorámica de las obras producidas en el siglo XIX sobre el fenómeno urbano permite entrever sus principales preocupaciones. Sin contar la contribución de Karl Marx (1818-1883), que abre camino a un análisis de la ciudad en concomitancia con aspectos sociales e históricos más amplios<sup>2</sup> –aunque él mismo no se detenga en una reflexión específica sobre el fenómeno urbano– y del propio Engels (1820-1895), que llega al análisis de la psicología y la cotidianeidad de la vida en la ciudad<sup>3</sup>, la gran preocupación de los estudiosos del siglo XIX, en torno al fenómeno urbano, se relacionó con las bases institucionales del mismo.

<sup>2</sup> Karl MARX. *Pre-capitalist formations*. También la segunda parte de *La ideología alemana* contiene desarrollos significativos sobre la ciudad.

<sup>3</sup> Friedrich ENGELS. *A situação da classe operária na Inglaterra*, 1845.

Entre los autores que se preguntaron por los aspectos institucionales, algunos entendieron a la ciudad no como un estado derivado de la naturaleza, sino como parte de la propia naturaleza, esto es, buscaban entender el origen de la ciudad a partir de la asociación de agregados o células sociales básicas –como la familia– que habrían creado las formaciones más complejas: las “instituciones”. En perfecta conformidad con los intereses de los grandes Estados europeos que en tal siglo buscan legitimar sus instituciones a nivel mundial, para estos autores, la ciudad parece constituirse, esencialmente y, a veces, hasta exclusivamente, alrededor de determinadas *instituciones sociales*.

La preocupación por el origen institucional de la ciudad se relacionó con el interés de algunos historiadores del siglo XIX por el estudio de la Antigüedad. Así, no es casual que en 1864 apareciera la clásica obra de Fustel de Coulanges *La ciudad antigua*<sup>4</sup>. En ella, los objetos abordados para el entendimiento del fenómeno urbano son bastante explícitos: la familia, la propiedad privada y la religión. Para Fustel de Coulanges, la ciudad se constituye alrededor de Instituciones Sociales: “[h]ay tres cosas que, desde la edad más antigua, se encuentran sólidamente fundadas y establecidas en las sociedades griegas e itálicas: la religión doméstica, la familia y el derecho a la propiedad; tres cosas que tuvieron entre sí, en su origen, una relación manifiesta y parecen haber sido inseparables” (p.65).

En esta línea, este historiador fue uno de los primeros en llamar la atención acerca del rol de la religión como uno de los fundamentos de la ciudad, así como la relevancia que también tuvieron los sucesivos agregados de familias o células primarias. En este sentido, es el sentimiento religioso lo que habría llevado a los hombres a establecer relaciones de solidaridad: “[e]l culto de los antepasados –escribe Fustel de Coulanges– ha agrupado a las familias alrededor de un altar. De ahí viene

---

<sup>4</sup> N.D. FUSTEL DE COULANGES. *A cidade antiga*, 1864. Citada a partir de la edición italiana (*La città antica*. Florencia, 1924).

la primera religión, también la propiedad establecida y el orden fijo de la sucesión. Después, la creencia se agrandó y, de la misma forma y al mismo tiempo, la asociación. A medida que los hombres sienten que existen para ellos divinidades comunes, van uniéndose en grupos cada vez más extensos. Las mismas reglas encontradas y establecidas para la familia se aplican, sucesivamente, a la patria, a la tribu y a la ciudad” (p.165-166).

Este primer modelo institucional de análisis historiográfico sobre los orígenes y la naturaleza del fenómeno urbano tendría sucesores en el futuro pero con críticas a las formulaciones de Fustel de Coulanges. Para dar un ejemplo del siglo siguiente, ya marcado por la preocupación por el individuo aunque manteniendo una fundamentación a base de las instituciones primordiales, se tornaron notorios los reparos de Gustave Glotz<sup>5</sup> al historiador francés, quien critica hasta la metodología aplicada por Fustel de Coulanges: éste habría caminado “sin salir del mismo sitio, poniendo a la familia en el centro de una serie de círculos concéntricos”.

La respuesta de Glotz (1928) a la búsqueda de los orígenes institucionales de la ciudad es otra. Por un lado, tiene el mérito de intentar establecer un “modelo conflictual de evolución de ciudad”; por otro, introduce al individuo como elemento activo en la constitución del fenómeno urbano: “[n]o son dos las fuerzas que veremos en lucha, la familia y la ciudad, sino tres: la familia, la ciudad y el individuo. Cada una de ellas se tornó predominante. En un primer momento, la historia de las instituciones está formada por familias que conservan su derecho primordial y someten a los demás miembros a su interés colectivo; en el segundo, la ciudad subordina a las familias demandando, de los individuos libres o liberados, el auxilio a su favor; y, en el tercero, los excesos del individualismo causan la ruina de la ciudad, al punto de tornarse necesaria la constitución de Estados más vastos”.

---

<sup>5</sup> Gustave GLOTZ. *The greek city and institutions*. Paris, 1928.

Retornando a aquellos que reflexionaron sobre la cuestión urbana en el siglo XIX, pueden consignarse otras obras marcadas por las preocupaciones institucionales, muchas veces ancladas en la vinculación profesional de los historiadores que las produjeron con las instituciones estatales. Un examen de la producción historiográfica sobre períodos específicos (Medieval o Antiguo Régimen), permite hacerse una idea de cómo las investigaciones sobre formaciones urbanas específicas se encuentran, en el siglo XIX, penetradas por una historia predominantemente (o exclusivamente) institucional.

Un ejemplo típico es la obra de Labande, *Histoire de Beauvais et de ses institutions communales* (1892). La historia de Reinecke (1896) sobre la ciudad de Cambrai se mantiene en la misma línea<sup>6</sup>. Son obras, en general, minuciosas, que describen con detalles las instituciones de las ciudades y la organización municipal. Gregorovius, por su turno, desarrolla una *Historia de la Ciudad de Roma en la Edad Media* en ocho volúmenes<sup>7</sup>. La preocupación por el sistema de propiedad aparece en G. des Marez, con su *Étude sur la propriété foncière dans le ville du Moyen Age et spécialement en Flandre* (1898).

Otro ejemplo clásico, pero esta vez de una historiografía que, siendo de inicios del siglo siguiente, perpetuaba la tradicional reflexión institucional del siglo XVIII, corresponde a la famosa obra de Petit-Dutaillis: *Les communes françaises, caractères et évolution, des origines au XVII siècle*. Llama la atención la preocupación de Petit-Dutaillis por definir a la ciudad como un agrupamiento destinado a la administración de intereses colectivos. Se puede ver cómo la misma línea de preocupaciones, accionadas por Fustel de Coulanges, persisten como clave de la cuestión para muchas de las obras que le siguieron, tanto en su siglo como en la primera mitad del siglo XX. Por otro lado, el nuevo siglo traería nuevas preocupaciones por el estudio de la ciudad, en general, y por la ciudad medieval, en par-

---

<sup>6</sup> REINECKE. *Geschichte der Stadt Cambrai*. Marburgo, 1896.

<sup>7</sup> F.A. GREGOROVIVS. *History of the city of Rome in the Middle Age*. Stuttgart, 1859-1872.

ticular. Aparecen preocupaciones por la función económica, por el modo de vida del ciudadano, por la forma urbana y su organización social, por la representación y por el imaginario de la ciudad, con sus relaciones entre lo público y lo privado. La ciudad ya no era vista sólo desde el modelo político-institucional.

Se observa, en el conjunto de reflexiones que trajo el siglo XX, que, en su anhelo por captar la “esencia urbana”, el sociólogo o el historiador pasaron a fabricar imágenes diversas, en consonancia con los criterios de análisis que escogieron. La ciudad se vuelve, simultáneamente, “artefacto”, “producto de la tierra”, “ambiente”, “sistema”, “ecosistema”, “máquina”, “empresa”, “obra de arte” o, incluso, un “texto” donde pueden ser leídos los códigos más amplios de su sociedad. Se desarrollan nuevos conceptos: “armazón” o “red urbana”, la ciudad revela su interacción con otras ciudades, con el campo que la rodea, con el sistema estatal más amplio.

Nuclear o policéntrica, organismo en crecimiento celular concéntrico o en pedazos triangulares, la ciudad debe ser vista también en términos de la población que ella abriga. ¿Habría una cultura urbana, o una caracterología fundamental del ciudadano? ¿O la ciudad se abre para la consideración de subculturas urbanas? Las cuestiones se pierden en el infinito (...) Son, tal vez, las señales de la nueva tendencia a percibir la ciudad desde una multiplicidad de aspectos que, en el curso del siglo XX, provocarán en sociólogos e historiadores las más variadas imágenes para el acercamiento al fenómeno urbano. Reconocer las diversas bases imaginarias que impulsan a los estudiosos en sus esfuerzos de comprensión del fenómeno urbano constituye un punto de partida particularmente interesante para construir un panorama sobre la reflexión urbana del siglo XX.

## Las imágenes de la ciudad en la reflexión urbana

### El científico social fabrica sus metáforas urbanas

Frente a los múltiples aspectos urbanos revelados por la historiografía y por la sociología del siglo XX, una pregunta se impone: ¿Qué significa la ciudad, a fin de cuentas? En su afán por responder a esa cuestión, los hombres, sean estos poetas, pintores, hombres comunes o científicos, han producido muchas metáforas. En el caso de estos últimos, aún sin darse cuenta y creyéndose libres de los recursos metafóricos de la literatura y del arte, también acuden a esos simbolismos: muchas veces, el pensamiento del científico moderno opera a través de modelos principalmente espaciales. En efecto, las metáforas de “altura” han sido largamente empleadas para expresar niveles diferenciados de jerarquía social (el empleo de la palabra “niveles” constituye, en sí misma, una metáfora espacial). Las metáforas (espaciales) de “centralidad” y “periferia” son imperceptiblemente empleadas para clarificar determinadas relaciones de poder. La metáfora de la “red” recubre interacciones y relaciones sociales diversas. La informática, por ejemplo, siempre ha empleado –sin ninguna crisis de conciencia– patrones similares de organización mental. Los usuarios que establecen contactos vía *internet* “navegan en la red”, y en ningún momento eso perjudica la objetividad o la subjetividad de sus relaciones interactivas.



Por otro lado, la metáfora empleada, la forma externa mediante la cual se expresa o se constituye determinado pensamiento, también reformulan a éste, reorientándolo hacia una determinada dirección sin que su usuario sepa, necesariamente, lo que ocurre.

En cuanto al esfuerzo de comprensión del fenómeno urbano, diversas imágenes han sido empleadas desde tiempos inmemoriales, cada una de ellas con aciertos y limitaciones. La metáfora del *imán*, por ejemplo, ha sido particularmente atractiva para los economistas y los demógrafos. Polo de atracción, la ciudad absorbe hombres y mercados<sup>1</sup>. Por otro lado, el “poder magnético” de las ciudades remite a las nociones de centro y periferia, particularmente con relación a las zonas adyacentes a ellas. De esta forma, el geógrafo R. E. Dickinson (1964) observó que “cada centro actúa como si fuera un punto focal, ubicado en la confluencia de vías y corrientes de tráfico por medio de las cuales se conecta al área circundante que constituye su cuerpo de asociación”.

Así, la ciudad establece relaciones con el campo circundante y con otras ciudades. Nociones como “retícula urbana” y “armazón urbana” han sido empleadas para abarcar un conjunto de ciudades pertenecientes a una misma área geográfica (MERCADAL, 1965). El concepto de *dominancia metropolitana* busca

---

<sup>1</sup> Al focalizar la paradoja de este “poder magnético de la ciudad”, Paul Goodman critica la tesis de que la urbanización sea consecuencia natural del desarrollo tecnológico: “es como si, por fuerza de una ley –la metáfora preferida es la ciudad como imán– el 75% de los americanos debieran vivir en 1990 en densas áreas metropolitanas. Y, en contra de esto, no es verdad que la urbanización sea una necesidad técnica. El impulso de la tecnología contemporánea –la electricidad, nuevas fuentes de energía, autos, comunicaciones de larga distancia y automatización– empuja hacia la des-urbanización, la descentralización, ya sea de la población, ya sea de la industria. Este era el pensamiento de Marx y Engels [...] de Kropotkine, Geldes, F.L. Wright, y de tantos otros entusiastas de la tecnología científica. La verdad es que la urbanización no se debe a causas tecnológicas o naturales o socio-sicológicas, sino a una economía y a una política que no toman en cuenta los costos sociales” (Paul & Percival GOODMAN, 1970, p.16).

comprender “el relativo mayor poder político y económico de algunas ciudades con relación a un territorio amplio, entendido como un sistema social global” (BOGUE, 1949).

Por otro lado, para huir de la linealidad que la noción “centro-periferia” produce, Sorokin y Zimmerman (1929) elaboraron el concepto *de continuum urbano-rural*, con el ánimo de dar forma al dinamismo de las relaciones existentes entre las dos realidades. Respecto a la dinámica, están las imágenes que buscan enfatizar la dimensión de la ciudad como lugar privilegiado de los intercambios. Así, para Fernando Braudel, “las ciudades son como transformadores eléctricos: aumentan las tensiones, precipitan los intercambios, caldean constantemente la vida de los hombres” (BRAUDEL, 1967)<sup>2</sup>.

Como se ve, las imágenes y metáforas empleadas por los científicos sociales contienen potencialidades y limitaciones que deben ser manejadas objetivando determinadas finalidades, o en función de la constitución de determinados objetos. A medida que se producen nuevos métodos, nuevos abordajes, o nuevas perspectivas dentro de cada campo de estudio, una nueva imagen se puede levantar o una antigua metáfora puede volver a tomar fuerza.

## La ciudad como artefacto y como producto de la tierra

Ya se ha dicho que la ciudad, aunque no sea el mayor artefacto producido por el hombre, es, sin duda, el más impactante. Aunque en su estructura física ninguna ciudad es tan inmensa como la Muralla de China, o que un sistema urbano está lejos de tener la amplitud espacial y social de un sistema telefónico con sus infinitos hilos que cubren regiones amplísimas, la ciudad es, seguramente, el mayor artefacto humano que puede ser

---

<sup>2</sup> Sobre el análisis braudeliano del fenómeno urbano, ver Fernando BRAUDEL. *As cidades*. En: *Civilização material, economia e capitalismo*. Vol. 1. São Paulo, Martins Fontes, 1997, p.439-514 (fragmento transcrito p.439).

apreciado en su totalidad (es bueno recordar que la “Muralla de China” sólo puede ser vista completamente si el observador se ubica a una gran distancia, como por ejemplo, en la Luna). Witold Rybczynski<sup>3</sup> indica que, mientras una red de telefonía permanece relativamente invisible a los hombres, la ciudad debe mucho de su impacto en el imaginario social, al hecho de poder ser contemplada, en toda su grandeza y totalidad, por el ojo humano, a partir de que se tome la debida distancia<sup>4</sup>.

Habría que preguntarse, antes que nada, por las formas que puede asumir el artefacto urbano en su propio origen, por sus modos de funcionamiento, por sus patrones de transformación. Estas cuestiones, que van a ser discutidas más adelante, permanecen indeleblemente conectadas. De inmediato, es bueno recordar que una determinada imagen de lo que sea o deba ser la ciudad, puede estar implicada en su propia formación primordial y en sus posteriores transformaciones. Los propios hombres que se unen para constituir una ciudad comienzan a interferir en sus destinos desde los primeros momentos, ocupando sus propias imágenes. Son estas, por tanto, estas imágenes que el científico social –él mismo un forjador de imágenes– debe examinar en un primer momento.

Kevin Lynch clasifica a las ciudades en tres categorías básicas con relación a sus patrones o modelos de funcionamiento y transformación. Habría “ciudades cósmicas”, que son aquellas cuyos trazados son concebidos en función de algún sentido mítico, de algún patrón de espacio impuesto desde afuera por alguna idea matriz o por algún diseño preconcebido, en con-

---

<sup>3</sup> Witold RYBCZYNSKI. *Vida nas cidades: expectativas urbanas no Novo Mundo*. Rio de Janeiro: Record, 1995.

<sup>4</sup> “El sistema telefónico es inmenso pero invisible, y sólo una parte de la Gran Muralla o del Canal de Panamá pueden ser vistos de una sola vez; la grandeza de estas invenciones hace que ellas sólo sean aprehendidas por la imaginación. Pero una ciudad puede ser vista entera de una sola vez. Ahí está la razón por la cual las vistas panorámicas son tan emocionantes” (Witold RYBCZYNSKI. “O tamanho de uma cidade”. En: *Vida nas cidades: expectativas urbanas no Novo Mundo*. Rio de Janeiro: Record, 1995, p.33).

sonancia con una representación específica. En esta categoría, estarían desde las antiguas ciudades etruscas e indias, cuyos trazados están concebidos para atender a algún poder religioso o místico, hasta las modernas ciudades, como Brasilia, que siguen un plan repleto de significados. Las “ciudades cósmicas” pueden ser leídas desde afuera, porque su trazado trae explícitamente un mensaje lleno de intencionalidades. Ellas fueron hechas para significar algo para el observador que las contempla desde una distancia a partir de la cual el trazado puede ser percibido en su totalidad.

Habría también “ciudades prácticas”. La imagen que más se adapta a este tipo de ciudades es la “máquina”, o la del artefacto mecánico. Son ciudades que crecen y se desarrollan conforme a sus necesidades materiales, a medida que nuevas partes son agregadas y que otras antiguas son alteradas. El patrón de transformación asociado a este modelo es el de la superposición más o menos mecánica, de un determinado tipo.

Existirían, en fin, las llamadas “ciudades orgánicas”, que son aquellas que se van formando y creciendo más o menos al modo de los organismos vivos, adaptándose al lugar en que se han ido insertando de modo no planificado, haciendo concesiones permanentes a la condiciones de vida de sus habitantes. Por ejemplo, estas ciudades modifican sus trazados para que se adapten a un río que les sirve como frontera, contornan los cerros o los absorben, suben y bajan calles de variados tamaños. Sus calles se organizan libremente para atender más a los llamados de la vida cotidiana que a los planes previamente establecidos. Las ciudades medievales constituyen ejemplos muy típicos de “ciudades orgánicas”, y también las pequeñas ciudades mineras del Brasil Colonial, como Ouro Preto. De la Edad Media también nos llegan los ejemplos de ciudades laberínticas que son tan comunes en algunas sociedades islámicas, con sus callecitas y guetos que se pierden entre sí y que desorientan a quienes no conocen el modelo vital que está detrás de su aparente desorganización.

El artefacto urbano también puede ser examinado de acuerdo a la relación de apertura o de cierre respecto del mundo externo, características que no necesariamente quedan inmediatamente explícitas a la luz de su planta física más inmediata. Braudel examinó estas tendencias urbanas de apertura o cierre desde un punto de vista histórico, identificando patrones espacio-temporales más o menos recurrentes de estas características. Para él, las ciudades podrían ser clasificadas, *grosso modo*, en “ciudades abiertas”, “ciudades cerradas” y “ciudades bajo tutela”<sup>5</sup>.

Las ciudades antiguas tenderían al modelo abierto, en oposición al modelo explícitamente cerrado de las ciudades medievales. La muralla que solía cercar a estas últimas sería sólo la parte más visible de un sistema urbano cerrado que también implicaría un cierre político y económico. A partir del siglo XV, con la formación de sistemas políticos centralizados, surgiría el modelo de “ciudades dominadas” (bajo tutela), supeditadas a un control externo (como, por ejemplo, de centralización estatal), que no pocas veces se expresó en la imposición de normas arquitectónicas que, precisamente, dieron cuenta del peso institucional sobre la ciudad expresado en grandes avenidas y plazas. Además, la “ciudad dominada” habría producido un sensible cambio en el sentido de la ciudadanía: mientras, primigeniamente, la ciudadanía había implicado la unión del individuo con la ciudad, como en el caso de las ciudades antiguas y medievales; ahora, ser ciudadano, remitía a una conectividad con el Estado.

En el siglo XIX, las ciudades industriales también fueron estructuras cerradas aunque sólo en cierto sentido físico: se hizo clara la oposición entre lo rural y lo urbano, a partir de una frontera muy definida. A partir de la ciudad post-industrial de la segunda mitad del siglo XX –añade Ribczynski en un comentario sobre el esquema de Braudel– parece resurgir una

---

<sup>5</sup> Fernando BRAUDEL. “As formas urbanas do Ocidente aceitam um “modelo”?”. En: *Civilização material, economia e capitalismo*. Vol. 1, p.471-477.

tendencia hacia el modelo de la ciudad abierta, en especial por lo que, a su juicio, sería la cada vez más difusa frontera entre los sectores centrales de la ciudad, con sus suburbios.

El artefacto urbano, según se ve, tiende a mostrarse abierto o cerrado conforme a su contexto histórico. Como diversas ciudades cruzan varios períodos históricos, suele acontecer también una especie de superposición de patrones de espacio abierto y cerrado al interior de ellas. Así, ocurre que una ciudad conserve sus muros medievales, pero estos ya no corresponden más a una práctica de cierre con relación al mundo exterior. En estos casos, el artefacto pierde algunas de sus funciones primordiales y, quizá, adquiera otras. La muralla que antes servía para la defensa y que constituía, en el medioevo, la resistente armadura de un “artefacto bélico”, se torna, con los tiempos modernos, en el principal atractivo de un “artefacto turístico”, preparado no más para repeler, sino para seducir visiblemente al visitante y sus cámaras fotográficas.

Abordar a la ciudad como “artefacto” tiene sus ventajas y, también, sus eventuales limitaciones. Los arqueólogos antiguos, con mucha frecuencia, concebían la ciudad como un artefacto a ser recuperado, y hasta como un gran recipiente a ser analizado meramente en sus aspectos físicos más inmediatos, conceptos que indudablemente traerían importantes limitaciones y sesgos en su estudio. Alejándonos de esto, debemos decir que la ciudad es, en contrapartida, “una forma que adquiere contenidos variables” (RONCAYOLO, 1986, p.398). Y estudiar la forma separada de su contenido es señal de una no siempre adecuada “división del trabajo intelectual”, problema que se convierte en una postura cada vez más insostenible frente a las demandas de trabajo interdisciplinario que hoy exige el conocimiento científico.

Gordon Childe (1950) es tal vez el primer arqueólogo en librarse del modelo “artefacto” individual que predominaba entre los arqueólogos de su tiempo como manera de concebir la ciudad. A diferencia de ello, Childe buscó desarrollar una visión global

de la ciudad y no sólo un análisis lineal de sus construcciones y artefactos. De esta forma, él es un arqueólogo en el sentido más moderno de la designación: un historiador de la cultura material que analiza el “artefacto urbano” para descifrar a la sociedad en sus múltiples aspectos, valiéndose de conocimientos amplios para ver en la ciudad más un sistema que un agregado arquitectónico.

Sin embargo, la ciudad es también un producto de la tierra. Existe por obra de un excedente agrícola sin el cual sería inconcebible su formación más remota (MUMFORD, 1938)<sup>6</sup>. Ver la ciudad como producto de la tierra es dirigir la mirada hacia un aspecto bastante específico de sus orígenes: simultáneamente poblada por hombres provenientes de los campos circundantes y mantenida por la producción de aquellos que permanecieron en el ambiente rural. Producto de la tierra como obra del hombre del campo, no será esta, ciertamente, la metáfora empleada por los defensores de los orígenes exclusivamente comerciales de las ciudades de la Edad Media (PIRENNE, H. 1927).

La concepción de la ciudad como “artefacto”, que ya hemos mencionado, abre espacio para otra dimensión de tal realización: la ciudad como artefacto estéticamente construido. En otras palabras, la ciudad como obra de arte. La ciudad, que incluye dentro de sí muchos objetos y productos artísticos, pasa a ser vista aquí como un objeto artístico en sí misma (ARGAN, 1995)<sup>7</sup>.

---

<sup>6</sup> “Las ciudades son un producto de la tierra. Muestran la sagacidad del campesino al dominar la tierra; técnicamente, sólo alargan su habilidad en dar al suelo empleos productivos, en defender el ganado con seguridad, en regular las aguas que irrigan sus campos, en construir silos y almacenes para sus cosechas. Las ciudades son la representación de esta vida estable que empieza en la agricultura permanente: una vida que se vive con el auxilio de abrigos permanentes, de utilidades permanentes, tales como huertos, viñedos y obras de riego, y de edificaciones permanentes para protección y almacenamiento” (Lewis MUMFORD. *A cultura das cidades*. 1961, p.13).

<sup>7</sup> “Por lo tanto, la ciudad no es sólo un involucramiento o una concentración de productos artísticos, sino un producto artístico” (ARGAN, G.C. 1995, p.73).

Esta nueva metáfora se despliega, por un lado, en la posibilidad de ver en la ciudad a una *obra de arte colectiva*, reconstruida permanentemente, tanto por sus eternos constructores, como por sus diversos habitantes. Por otro, la metáfora señala también la posibilidad de examinar la ciudad como obra de arte de los urbanistas, perspectiva, esta última, proveniente de las décadas finales del siglo XIX y que tiene, como una de sus formulaciones principales, el libro de Camillo Sitte (1843-1903) *La construcción de la ciudad según sus principios artísticos* (1889). Su modelo era el de la ciudad culturalista que se oponía radicalmente al urbanismo geométrico y utilitario, y que pasaba a privilegiar, precisamente, a la ciudad que abría espacio no sólo a la estética imprevisible, sino, también, a la urbe que estaba atenta a la necesidad de asegurar un ambiente favorable a la salud psíquica de sus habitantes.

Este mismo modelo de urbanismo culturalista tuvo continuidad en los años siguientes a través de las obras del urbanista y estenógrafo inglés Ebenezer Howard (1850-1928), gran idealizador de las llamadas “ciudades jardines”. Éstas fueron presentadas por él como modelo ideal en el libro *Ciudades Jardines de Mañana*, publicado en 1898 con otro nombre, hasta su reimpresión en 1904<sup>8</sup>. Su idea era combinar la vocación dinámica de la ciudad, con la belleza y la sana vida del campo. La misma idea aparecerá en diversos urbanistas del siglo XX, preocupados por producir, en una única realidad, estos dos universos aparentemente tan contradictorios que son la ciudad y el campo.

Aparece también en Ebenezer Howard la preocupación por el crecimiento desenfrenado de la población urbana, que tanto irá a afligir a los urbanistas del siglo XX, sobre todo, desde la intensificación de la explosión demográfica a partir de la década de 1950. La solución de Howard al problema, radicaba en el anhelo de que el crecimiento poblacional urbano produjera la fundación de nuevas ciudades, y no el abarrotamiento demo-

---

<sup>8</sup> Ebenezer HOWARD. *A peaceful path to real reform*.



gráfico que ha sido característico de las metrópolis del último siglo.

La aprehensión del fenómeno urbano a partir de imágenes presenta infinitas alternativas. ¡Cuántas otras imágenes son posibles! Al lado de la ciudad jardín, se concibe la ciudad como *empresa* o como *industria*<sup>9</sup>. Al lado de la ciudad “obra de arte”, se afirma la ciudad como *registro* concreto y casi imperceptible de la memoria humana. O, también, la ciudad puede ser leída como un *texto* que registra las actitudes de una sociedad frente a los hechos más elementales de su existencia. No obstante, vale la pena examinar otro circuito de imágenes que fue muy importante en el pensamiento sobre la ciudad durante el siglo XX: el circuito de las imágenes orgánicas y naturales.

## Los modelos biológicos y ecológicos

Si la ciudad pudo ser comprendida por algunos arqueólogos y urbanistas como un artefacto, no faltaron estudiosos que consideraron este modelo como inadecuado para la expresión de lo que hay de vivo y de mutable en esta formación social específica. Buscando reaccionar ante la idea de ver la ciudad como mero recipiente, surgieron diversificados modelos biológicos (PIZZORNO, 1967)<sup>10</sup> que, en lo fundamental, remiten a dos aspectos.

---

<sup>9</sup> Más o menos en la misma época en que urbanistas culturalistas como Camillo Sitte (*Der Stadtbau*, 1889) y Ebenezer Howard idelizan las ciudades estéticamente concebidas y los modelos ecológicos de las ciudades-jardín, surgen también los urbanistas progresistas que pasan a concebir la ciudad desde una perspectiva predominantemente industrial. La obra que inaugura este nuevo camino en las concepciones urbanas es *La ciudad industrial* (1917) de Tony Garnier (1869-1948). Más tarde, en 1919, sería fundada bajo la dirección del arquitecto alemán Walter Gropius a la Bauhaus, escuela de arquitectura que se tornaría en el centro de formación del urbanismo progresista.

<sup>10</sup> “La Escuela de Chicago, por el contrario, sustentaba que la ciudad no era sólo un artefacto, sino un organismo, en cierto sentido” (PIZZORNO, A., 1967, p.XVIII). Se debe añadir que junto a los sociólogos de la Escuela de Chicago, la asociación entre ciudad y realidad biológica ya había sido iniciada por los propios estudiosos oriundos del campo de la biología. Así, Patrick Geddes, biólogo escocés, ya había publicado en 1915 un libro titulado *Ciudades en evolución*.

De un lado, a la comparación de la ciudad con un organismo vivo, sea un organismo simple o uno complejo, formado por varios órganos que desempeñan funciones diversas. Este modelo es frecuentemente utilizado para la visualización de los procesos de crecimiento urbano. De otro, la ciudad puede ser encuadrada como ambiente ecológico, es decir, como un lugar donde pueden estudiarse los seres vivos con relación a su entorno. Así, este último modelo abarca la interacción de los seres vivos no sólo de unos con otros, sino también su interacción con el ambiente inorgánico o natural.

Tanto uno como otro aspecto de estos “modelos biológicos” implican traer al vocabulario de las ciencias humanas una serie de palabras y expresiones que, al comienzo, estuvieron vinculadas a las ciencias naturales. Hoy estas palabras son de uso corriente en la expresión de fenómenos sociales, particularmente los relacionados con el ámbito urbano. Entre las expresiones que pasaron a examinar la ciudad como un organismo, sobresalen nociones como “crecimiento”, “tejido”, “arteria”, “corazón”, “función”. Veremos, sin embargo, que el préstamo de los modelos naturales para la comprensión del fenómeno urbano tiene una historia muy antigua, de modo que los sociólogos del siglo XX sólo han rescatado un modo tradicional de pensar la ciudad, aunque adaptándolo a necesidades enteramente nuevas.

\*

No eran raras en la Antigüedad las comparaciones de la ciudad con un gran ser. La Biblia nos muestra los tradicionales ejemplos de comparación de la ciudad de Jerusalén con la novia de Cristo, o de Babilonia como la Gran Prostituta. Más tarde, en el período medieval, en nítida referencia bíblica, el cronista portugués Fernão Lopes, no dudará en comparar la ciudad de Lisboa con la novia del Maestro de Avis. Pero las posibilidades van más allá: al comparar la ciudad con un ser vivo, se abre la posibilidad de vislumbrarla como un cuerpo constituido por diversos órganos.

Este tipo de metáfora corporal de la ciudad, se vincula a la Edad Media. Uno de los ejemplos más notorios es la descripción del “cuerpo de la ciudad”, por Juan de Salisbury, parisiense del siglo XIII, en la obra *Policraticus*. Para él, cada grupo social estaría condenado a desempeñar una función específica. Los mercaderes, por ejemplo, serían equivalentes al “estómago de la sociedad” y, en su aspecto más negativo, podían asimilarse a un órgano desmesuradamente goloso<sup>11</sup>.

El historiador Walter Ullmann (1966), interpreta la utilización de la metáfora del cuerpo en Salisbury, como un deseo de “inmovilización del individuo en la sociedad” y de su fijación por trabajo o función. De esta suerte, y en concordancia con esta concepción medieval, cuanto más elevada fuera la función de un individuo, mayor debía ser su influencia y su riqueza, y más derechos le serían atribuidos.

Como se ve, la metáfora de la ciudad como cuerpo sirve a propósitos funcionales. No es por casualidad que, con ocasión de la aparición del positivismo comtiano –que buscaba legitimar y privilegiar el papel de la burguesía industrial como órgano directivo de la sociedad– resurgieran metáforas que asimilaran a las clases dirigentes al cerebro y, al proletariado, a los brazos y piernas. Modificadas en muchos aspectos, algunas de estas ideas referidas a funciones sociales fueron transmitidas al siglo XX por Émile Durkheim (1962)<sup>12</sup>.

Por otro lado, incluso antes de Augusto Comte, Saint-Simon, que había sido mentor del joven positivista en la etapa inicial

---

<sup>11</sup> “Si ellos sacian su voracidad y siguen insatisfechos, provocan el crecimiento de incontables e incurables enfermedades [...] pueden a través de sus adicciones provocar la ruina del cuerpo entero”.

<sup>12</sup> “Sin duda, hay circunstancias en las cuales muchas funciones económicas entran en concurrencia. En el organismo individual sometido a un largo ayuno, el sistema nervioso se nutre con perjuicio de otros órganos, y el mismo fenómeno se produce si la actividad cerebral alcanza demasiado desarrollo. Lo mismo sucede en la sociedad de las épocas de carestía o crisis económica. Las funciones vitales son obligadas, para subsistir, a privar de sus medios de sustento a las funciones menos esenciales” (DURKHEIM, 1962, p. 270-271).

de su carrera, ya había utilizado el modelo biológico. No obstante, con Saint-Simon, el modelo orgánico-social había sido utilizado para un propósito diametralmente opuesto, buscando criticar radicalmente al poder establecido, al señalar que algunas clases, como el clero y la aristocracia, eran especies “parásitas del organismo social”. Marx (1982), aunque más como recurso estilístico que como modelo de análisis, había caracterizado a la antigua sociedad como preñada de una nueva, y a la que no pariría sin pasar por los dolores revolucionarios del parto. Para la reforma o para la revolución, los modelos naturalizados de la sociedad empezaban a invadir, gradualmente, la imaginación sociológica.

Pero el siglo XIX había traído, a su vez, la “actitud evolutiva”. Diversos pensadores europeos venían elaborando, desde el Siglo de las Luces, la idea de “progreso del desarrollo humano”, tratando de imaginar la civilización occidental como una etapa superior que debía ser alcanzada por todas las sociedades. Darwin había formulado, en el campo de las ciencias naturales, su teoría de la *Evolución de las especies* (1859). Con ella, además de reforzar la idea de un plan evolutivo identificable en la propia naturaleza, había introducido nuevos conceptos –como la “competencia natural”– que no tardarían en ser apropiados por las ciencias humanas<sup>13</sup>. Es también a partir de él que E. Haeckel (1834-1919) formula las bases para un nuevo campo del conocimiento, la “ecología”, considerándolo como “el estudio de la economía y del modo de vivir de los organismos animales, incluyéndose las relaciones animales con el ambiente inorgánico y toda la compleja serie de relaciones a las cuales Darwin se refirió hablando de condiciones de la lucha por la existencia”.

---

<sup>13</sup> Marx también no quedaría afuera de las teorías evolucionistas. En *Para la crítica de la economía política*, afirma: “La anatomía del hombre es la clave de la anatomía del mono. Aquello que en las especies animales inferiores indica una forma, no puede ser comprendido salvo cuando se conoce la forma superior. La economía burguesa ofrece la clave de la economía de la Antigüedad” (Marx, 1982, p.17). El evolucionismo darwiniano extiende también su sombra sobre la visión de mundo del fundador del socialismo científico.

Este significativo desarrollo en el campo de las ciencias naturales y la ecología, así como la vuelta a los modelos naturales que habían aparecido en el siglo XVIII para representar las variadas relaciones del universo humano, tuvieron una repercusión inmediata en el plano de los estudios urbanísticos contemporáneos, por lo menos en lo que corresponde a la formulación de modelos para explicar la ciudad.

Hemos visto que la preocupación de los historiadores del siglo XVIII por la ciudad se había centrado en los aspectos institucionales, lo que se debió, en parte, a la demanda de sus servicios por parte de los Estados que buscaban reorganizarse en el nuevo cuadro europeo post-Napoleón. La ciudad, como una gran familia, como un gran agrupamiento de células institucionales básicas y, en fin, como una gran institución, había sido el modelo instrumentado por los historiadores de las instituciones municipales y de los nuevos Estados nacionales y, también, de aquellos pocos que se aventuraron a reflexionar más profundamente sobre los orígenes del fenómeno urbano.

Sin embargo, ya entonces empezaban a gestarse novedades en la observación del fenómeno urbano que darían sus principales frutos hacia comienzos del siglo XX. Por un lado, la teoría de la evolución y la aparición de la ecología y, por otro, la noción de la “libre competencia” neoclásica, unida a las ideas socialistas y sus preceptos de “lucha de clases”, permitieron el florecimiento de una nueva imaginación sociológica, lista para ser catalizada en el contexto de los renovados bríos industriales de inicios del XX.

Todo este conjunto de ideas precedió a la formulación de una “ecología urbana” en la década de 1920, debiéndose añadir que, también por esta época, los biólogos comenzaban a develar los secretos de la célula y sus procesos de crecimiento. Mientras Europa se recuperaba de la Primera Guerra Mundial, Estados Unidos despuntaba como nuevo escenario para pensar el fenómeno urbano en la modernidad. Frente a la masa de informaciones emergentes –que iban desde los estudios eco-

lógicos hasta los mecanismos de mercado examinados a partir de la óptica del liberalismo económico– y frente al anhelo de disponer de otras maneras de comprensión del funcionamiento de la ciudad, un grupo de sociólogos urbanos estableció en Chicago (años 1920) el ya mencionado campo de la “ecología urbana”. Desde entonces y, a partir de ellos, la ciudad será considerada como el *“hábitat natural del hombre”*.

\*

*“La ciudad es una constelación de áreas naturales, cada una de ellas con su ambiente característico y su función específica en el conjunto de la economía urbana”. Fue con estas palabras que E. Park (1925) definió la ciudad en un famoso artículo titulado La ciudad como un laboratorio social, en el cual buscaba sintetizar algunas de sus ideas acerca del fenómeno urbano.*

La definición es particularmente interesante por resaltar dos aspectos fundamentales del pensamiento ecológico de Park, uno de los fundadores de la Escuela de Chicago. Por un lado, habla de “áreas naturales”, llevándonos a un diálogo con la ecología, disciplina que aportará a la sociología nociones como “estímulo”, “movilidad”, “carácter patológico”, “competencia”, “simbiosis”. Por otro, el sociólogo americano también indica funciones específicas para estas “áreas naturales” de la formación urbana.

Park fue discípulo de G. Simmel, quien había inculcado, en la generación de la Escuela de Chicago, el interés por la “movilidad social” y por la psicología del hombre urbano<sup>14</sup>. También había conocido profundamente la obra de Durkheim, derivando de ahí su preocupación por las funciones sociales. Explica la formación de las “áreas naturales” por medio del “principio de la comunicación” y del “principio de la competencia”, de-

---

<sup>14</sup> Em 1916, Robert Ezra Park ya había publicado un artículo en la línea de Simmel, titulado “La ciudad: sugerencias para la investigación del comportamiento humano en el ambiente urbano”. Este artículo anuncia la línea de investigaciones que marcaría la Escuela de Chicago a partir de 1925.

notándose, particularmente en este último, cierto darwinismo social que muchos criticarían a la luz de algunos de los trabajos producidos por la Escuela de Chicago. Con base en el principio de la competencia, la distribución de la población tiende a seleccionar y a agrupar a los semejantes. De esta forma, sería a partir de la relación dialéctica entre “competencia” y “comunicación”, que siempre se generarían los procesos de ajuste de las “áreas naturales”.

La obra fundadora de la Escuela de Chicago fue la publicación colectiva *The city* (1925), donde aparecen textos de Park, Burgess, McKenzie y Wirth, entre otros. Su principal contribución fue la constitución de un nuevo modelo de apreciación de la ciudad y que los propios miembros de la Escuela buscaron entender como un nuevo campo de conocimiento. La “ecología humana”, de esta forma, es definida por McKenzie, en el libro de 1925, como “...la ciencia que se ocupa de los aspectos espaciales y de las relaciones simbióticas de seres y de instituciones que estén empeñando (aportando) fuerzas selectivas, distributivas y adaptadoras del ambiente físico”.

Se debe tener en mente que la citada Escuela fue un grupo de investigadores donde cada uno tomó determinadas tareas enfocadas en la preocupación de abarcar la totalidad de los aspectos urbanos. Burgess, por ejemplo, fue encargado de establecer un nuevo modelo generalizable para el crecimiento de las “áreas naturales”. Wirth, estudió los aspectos de la “movilidad”, de la “desorganización social”, de la caracterología del ciudadano y, por otro lado, de la formación de subculturas urbanas. Dirigidos hacia una gama de aspectos asociados al fenómeno urbano, el modelo de la ciudad como el lugar natural del hombre, asumía muchas formas tomadas de las comunidades simbióticas de los seres vivos: desde las colmenas a las células en crecimiento y multiplicación; de los ecosistemas a los modelos del cuerpo y del organismo vivo con su división funcional en una diversidad de órganos; en breve, fue un vasto campo de imágenes que se abrió a partir de estos pensamientos iniciales. El modelo ecológico generó reflexiones diversas

en el mundo entero, en muchos aspectos distintas y hasta críticas con relación a la Escuela de Chicago. En el Este Europeo surge, por ejemplo, un abordaje que algunos autores nombraron “ecológico-funcionalista”, y que tiene en Jiril Musil (1970) a uno de sus principales representantes.

Por otro lado, el modelo “ecológico” fue eventualmente utilizado por investigadores no siempre vinculados a las habituales escuelas ecológicas. Lewis Mumford (1991), autor de una historia que se convirtió en referencia obligatoria para los estudios historio-urbanos occidentales, compara la ciudad –casi siempre como recurso estilístico– con el cuerpo humano (p.267) o con otros elementos naturales, como el “árbol” (p.269). Con relación a esto, baste mencionar un comentario del autor acerca del proceso mediante el cual la ciudad medieval, a pesar de su origen feudal, luego se torna escenario para una lucha entre dos sistemas concurrentes:

“... al proporcionar un nido en el cual el capitalismo podía depositar sus huevos, la ciudad amurallada pronto permitió que sus propios hijos fuesen expulsados por el atrevido forastero que había abrigado” (MUMFORD, 1991, p.282).

Como se observa, comentario nada más “ecológico” desde el punto de vista de ciertos desarrollos típicos de la Escuela de Chicago. Las metáforas pertenecen al mundo natural; los fundamentos de organización y control espacial son la competencia y la “selección natural”; y el ambiente urbano es perfectamente asimilado al “hábitat natural” del hombre.

## La ciudad entendida como un sistema

Hacia mediados del siglo XX, la ciudad también comenzó a ser visualizada como un sistema, pero, ¿qué tipo de sistema? Otra pregunta que se abre a múltiples respuestas.

Isard (1942) la consideró como un “sistema circulatorio”, y los miembros de la Escuela de Chicago la asimilaron a un “sistema



ecológico”. No obstante, la ciudad también puede ser encarada como un sistema en el sentido informático, abriéndose, a partir de aquí, otras tantas posibilidades de conceptualización, según la definición del modelo de interacción entre los variados elementos de la ciudad. Un famoso artículo del arquitecto y matemático Christopher Alexander (1967) podrá servirnos para clarificar esta cuestión.

Titulado “La ciudad no es un árbol”, el texto del arquitecto vienés recibió el premio al mejor artículo en diseño, en 1965. El autor defiende la tesis de la superposición de sistemas de vida urbana, proponiendo superar los modelos reduccionistas y esquemáticos de comprensión de la ciudad (por él llamados “estructuras en árbol”) a favor de modelos que capten la verdadera complejidad urbana (“estructuras en grilla”).

El artículo de Alexander tiene como objetivo contribuir a una nueva manera de pensar la ciudad, imprescindible para los urbanistas que pretendan proyectar o crear nuevas ciudades sin perder aspectos de la “ciudad natural”. Por nuestra parte, creemos que el modelo de comprensión propuesto por él es útil para la comprensión de la naturaleza intrínseca de las ciudades ya existentes (y de su complejidad) que, no pocas veces, son muy limitadamente aprehendidas a raíz de la aplicación de esquemas reductores y simplificadores.

Alexander distingue dos modos de pensar la ciudad que coinciden con modelos de representación de estructuras de conjuntos. El “árbol” corresponde a una estructura ramificada que el hombre utiliza cada vez que piensa en esquemas o en la abstracción de una estructura. La “estructura en grilla”, por su parte, corresponde al modelo propuesto por el autor.

Para ejemplificar, imagínense una ciudad cualquiera. Existe una esquina donde se ubica una cafetería con un quiosco en su frente. En el cruce frente a la esquina, existe un semáforo. Cuando éste da la señal para el tránsito vehicular, el peatón se detiene en la acera y aprovecha para leer superficialmente las

noticias e informaciones de periódicos y revistas. Otros, acostumbran a tomarse un café en la cafetería dicha. Semáforo, acera, peatones, vendedor de periódicos, quiosco y cafetería, son elementos que forman un “conjunto”. Una vez que estos elementos interactúan, el conjunto es llamado “sistema”: un sistema efectivamente significativo para diversos ciudadanos.

En una ciudad existe una infinidad de estos pequeños sistemas que, por eso, son llamados “subsistemas”. La vida urbana de una ciudad utiliza una parte de los subsistemas disponibles en la ciudad. Los subsistemas significativos para cada ciudadano se integran, sobreponiéndose. Cada elemento de un subsistema puede pertenecer a otro subsistema, radicando en esto la riqueza de la vida urbana.

Son estas superposiciones y ricas complejidades las que se pierden en los modelos de comprensión habituales, fundados en la “estructura de árbol”: los elementos se representan separados, contiguos, pero no sobrepuestos. De esta forma, se separan los elementos de una unidad, esquematizándose un modelo de ciudad que no corresponde en absoluto a su vida urbana.

En proyectos urbanísticos, esto correspondería a planificación de áreas con funciones estancadas, con rígidas distribuciones del equipamiento o con medios de entretención aislados, sin proponer la integración de sus elementos. En el análisis sociológico o historiográfico, diríamos que esto corresponde a segmentar las ciudades en compartimentos y subsistemas no integrados, sacrificándose la comprensión de la vida social que ahí se desarrolla. Es decir, a pesar de que la vida urbana corresponda en los hechos a una “estructura de semigrilla”, se impone una “estructura de árbol” para facilitar la acción de pensar.

Una colección de conjuntos de elementos urbanos constituye una “semigrilla” sólo cuando dos de los conjuntos se superponen y el conjunto de elementos comunes a ambos también pertenece a la colección. En el ejemplo que hemos presentado,

esto correspondería a decir que existe un conjunto “semáforo-quiosco” y otro conjunto “quiosco-cafetería”; el quiosco es una unidad que también pertenece a la colección. De forma contraria a la “estructura de grilla”, la estructura “árbol” se define como la colección donde, habiendo dos conjuntos, uno está enteramente contenido en el otro o están totalmente separados.

Llevando lo dicho por Alexander al terreno del análisis sociológico o historiográfico, corresponde advertir que siempre se debe evitar el riesgo de aislar las estructuras sociales (societarias, vecinales, familiares, etc.) convirtiéndolas en compartimentos estancos. La familia “x” tiene vínculos de amistad con la familia “y”, no importando si pertenecen o no a la misma unidad de vecinos, o si pertenecen a grupos sociales diferentes. En una ciudad moderna, por ejemplo, los hijos van a una escuela de otro barrio porque allá parece haber mejores profesores, en tanto que las compras pueden ser hechas en un supermercado aún más lejano con la justificación de que ahí hay precios más bajos. En ciudades medievales existen ambientes u ocasiones que presuponen el contacto entre grupos sociales diferenciados, a pesar de toda la compartimentación, jerarquización o la sectorización corporativa de las sociedades urbanas del medioevo.

Dado lo anterior, es claro que no se deben despreciar los aspectos que transforman la ciudad en un gran sistema integrado. La propuesta de Alexander, conforme examinamos, es unir en este nuevo modelo urbano la teoría de conjuntos y la informática en vistas a obtener renovadas visiones objetivas de la compleja realidad de la ciudad y de la integración de sus subsistemas, además de forzar la comprensión de la naturaleza psicológica y social de la vida urbana para encontrar los principios ordenadores de la ciudad<sup>15</sup>.

---

<sup>15</sup> En el campo de la reflexión historiográfica, un excelente trabajo que trata de adaptar la noción informática de “sistema” al análisis de la ciudad medieval, a fin de percibirla como “sistema integrado”, corresponde a la obra de Yves Barel (1977).

## La ciudad como texto

Otra imagen de la ciudad que permitió una renovación radical en los estudios de los fenómenos urbanos correspondió a la “ciudad como texto”. Esta imagen se erige a partir de la contribución hecha por los estudios semióticos a la comprensión del fenómeno urbano, sobre todo a partir del siglo XX<sup>16</sup>. Según esta perspectiva, la ciudad puede ser encarada como un texto y su lector privilegiado sería el habitante (o visitante) que se desplaza a través de ella, sea en sus actividades cotidianas, para el caso de los habitantes, sea en las actividades excepcionales, para el caso de los turistas (y aún para residentes que se desplazan por espacios que se les presentan poco habituales en su propia ciudad). En su desplazamiento y asimilación del paisaje urbano por medio de una mirada específica, este individuo estaría permanentemente sintonizado con los gestos de desciframiento de la ciudad, al modo como un lector descifra un texto o una escritura. Podemos aquí retomar las palabras de Roland Barthes:

La ciudad es un discurso, y ese discurso es verdaderamente un lenguaje: la ciudad habla a sus habitantes y hablamos a nuestra ciudad, a la ciudad en que nos encontramos, habitándola simplemente, recorriéndola, mirándola<sup>17</sup>.

A sus habitantes y, por extensión, a sus analistas, una ciudad habla, elocuentemente, de los criterios de segregación presentes en su seno a través de los múltiples compartimentos en que se divide; de sus accesos y bloqueos, de la materialización de los prejuicios y la jerarquía social en sus espacios. Su paisaje habla de su tecnología, de su producción material. Sus monumentos y puntos turísticos hablan de la vida mental de los que en ella habitan y de aquellos que la visitan; sus caminos y su

---

<sup>16</sup> Roland Barthes remite la percepción pionera de la ciudad como texto a Victor Hugo, en el siglo XIX (Roland BARTHES. “Semiología e urbanismo”. En: *A aventura semiológica*. São Paulo: Martins Fontes, 2001, p.219-231).

<sup>17</sup> Roland BARTHES, op. cit., p.224.

tráfico hablan de las diversas actividades que en ella se producen. Sus mendigos hablan de la distribución de la riqueza al extender la mano en busca de limosna. Cada una de estas señas remite a las letras de un alfabeto que puede ser pacientemente descifrado por los sociólogos, los historiadores o los urbanistas. La ciudad, sin duda, puede ser “leída”, y es a tal lectura que se han dedicado varios estudiosos del urbanismo, desde mediados del siglo XX.

La aplicación de la metáfora de la “escritura” a la ciudad tiene, ciertamente, diversos sentidos. Existe, por ejemplo, la escritura producida por el trazado de las calles, monumentos y viviendas, en dos palabras: la escritura arquitectónica de una ciudad. Se trata de una escritura sincrónica, que nos habla de aquellos que la habitan y, también, de una escritura diacrónica, que nos permite descifrar la “historia” de la ciudad que se está leyendo. La ciudad, en muchos casos, va sobreponiendo temporalidades, permitiendo que viviendas más antiguas convivan con las más modernas<sup>18</sup>. En otros casos, ella hace desfilar sucesivamente a las temporalidades cuando desplazamos nuestra lectura a través de los barrios: pasamos de una materialidad heredada de tiempos antiguos, a otra más moderna, en los sectores donde predominan las construcciones recientes.

Es importante también notar que los propios habitantes reescriben la escritura de su ciudad permanentemente. Imperceptible en el paisaje cotidiano, este desplazamiento de la escritura urbana se registra y observa en la larga duración. Los edificios que, en una época eran continentes de riquezas y símbolos del poder pueden, en el largo plazo, convertirse en continentes de pobreza y símbolos de marginalidad. Las casonas del siglo XIX, otrora viviendas de los ricos, caen en el completo deterioro cuando pasan a abrigar a centenas de familias hacinadas, configurando espacios habitacionales ruinosos. En este pasaje

---

<sup>18</sup> Este es el caso, por ejemplo, de la ciudad de Ouro Preto, donde centenas de viviendas antiguas, declaradas patrimonio histórico, comparten espacio físico con edificios más modernos (como el hotel principal) o abrigando agitados *pubs* en medio de construcciones barrocas y coloniales.

de la vivienda opulenta a la vivienda miserable, se deteriora también la imagen externa del lugar y su valor inmobiliario, de modo que el espacio que algún día configuró una “área noble”, pasa a formar parte de un área marginal, desde el punto de vista del mercado y de la calidad de vida.

Este “desplazamiento social del espacio” también acaba por constituirse en una forma de escritura que puede ser descifrada. Las motivaciones para este desplazamiento pueden ser leídas por el historiador: la historia del deterioro de un barrio puede revelar el cambio de un eje económico o cultural, una reorientación en el tejido urbano que dejó como periférico lo que algún día fue central, o un punto de inflexión importante.

En fin, de múltiples maneras, el espacio y su materialidad como ciudad, se convierten en narradores de su historia. Frente de esta percepción de la ciudad como una escritura que tiene algo que decir, surgió, al mismo tiempo, un esfuerzo de conservación del conjunto arquitectónico, interés que se haya expresamente expuesto en las declaraciones oficiales de “patrimonios histórico-culturales”. Los monumentos y las construcciones antiguas pasan a ser consideradas en estos casos como registros de la memoria colectiva: fragmentos de textos que la comunidad, o los representantes de ella, no desean ver apagados en el proceso de incesante reescritura del texto urbano.

De lo visto hasta ahora, la imagen de una Ciudad-Texto trae consigo una doble implicancia: un texto puede ser definido como algo a ser leído, pero también como algo que está escrito. De ahí que los científicos sociales que toman a la ciudad considerándola sólo en su dimensión de objeto de lectura, olvidan que sus habitantes y peatones que la recorren diariamente pueden relacionarse al texto-ciudad desde el punto de vista de la lectura y de la escritura. Kevin Lynch (1960) ya hacía notar, refiriéndose a las personas que circulan dentro de la ciudad y que constituyen su parte humana, que estas no son meros observadores del espectáculo urbano, sino parte de él<sup>19</sup>. Los

---

<sup>19</sup> Kevin LYNCH. *A imagem da cidade*. São Paulo: Martins Fontes, 1999, p.2.

peatones pueden leer el texto urbano, pero también lo escriben (y rescriben) y, de algún modo, también pueden ser considerados como los personajes (caracteres móviles) que forman parte de la construcción de este texto urbano. Esta triple relación del peatón con el texto urbano –como lector, como escritor, y como personaje de su narrativa o letra móvil de su alfabeto infinito– merece ser discutida con más detalles.

Para iluminar la cuestión propuesta, abordaremos la “idea afín” de que la ciudad es comparable a un enunciado lingüístico (lo que significa remitirnos no sólo al texto escrito sino también al texto hablado). Roland Barthes (1970) y, a partir de él, Michel de Certeau (1980), hacen notar que si, de un lado, la ciudad constituye un “orden espacial” que puede ser comparado a la lengua, de otro lado, los peatones que caminan por medio de este orden espacial, actualizan y reinventan esa lengua. Por eso, si el orden espacial urbano es como una lengua, con sus posibilidades y prohibiciones, la caminata a través de ese orden urbano (la “enunciación del peatón”, en palabras de Certeau), es equivalente al acto de enunciar<sup>20</sup>.

Al caminar por la ciudad, cada peatón se apropia de un sistema topográfico (de manera análoga al modo como un emisor se apropia de la lengua que utilizará), al mismo tiempo que realiza la trayectoria de este sistema de un específico (como el hablante que, al anunciar la palabra, realiza sonoramente la lengua). En fin, al caminar por un universo urbano caminado simultáneamente por muchos otros, el peatón se inserta en una red de discursos, en un sistema polifónico de enunciados compartido por diversas voces que interactúan entre sí (como sucede con los hablantes de una red de comunicaciones. Un ejemplo evidente de ello sería una simple conversación).

Si existe un sistema urbano con su materialidad y con sus formas, con sus posibilidades y sus bloqueos, con sus avenidas y muros, con sus espacios de comunicación y sus rincones de

---

<sup>20</sup> Michel de CERTEAU. *A invenção do cotidiano – 1: A arte de fazer*. Petrópolis: Vozes, 2002, p.177.

segregación, con sus códigos de tránsito, etc., existen también los modos de usar este sistema. La metáfora lingüística del universo urbano se sofisticaba en este punto: existe una lengua a ser descifrada (el texto o el contexto urbano), pero también existe el modo cómo los hablantes (los peatones y habitantes urbanos) utilizan y actualizan esta lengua, incluso creando dentro de este mismo sistema sus comunidades lingüísticas particulares: dentro de la ciudad, existen innumerables guetos, innúmeros conocimientos, innumerables maneras de circular por ella y de apropiarse de los variados objetos urbanos que son compartidos por grupos distintos de individuos.

Es extremadamente difícil y desafiante para el historiador que estudia las realidades urbanas del pasado, recuperar el registro de estas “caminatas” (o de estos “actos de habla” de los enunciados urbanos). La dificultad está en que no se trata sólo de recuperar los caminos posibles o transitables a través de las diferentes actividades cotidianas. Si la ciudad es un texto que puede ser leído a partir de la materialidad urbana, y si fuera posible imaginar a los peatones del pasado que recorrieran este texto, es necesario recordar que el acto de caminar la ciudad es una operación compleja que envuelve muchos otros gestos y sentidos que van más allá del movimiento de las piernas y del desplazamiento en el espacio. Quien camina observa el paisaje, vivencia posibilidades e impedimentos, va hacia el encuentro con otros transeúntes (o huye de ellos), segrega o es segregado. Un peatón en las ciudades modernas camina vitrineando, decodificando señales del tránsito, administrando libertad e inseguridad. El peatón de las ciudades de todas las épocas acelera y desacelera sus pasos, vivencia emociones olfativas y táctiles, respira el aire de su ciudad. Muchos de estos gestos y sentidos se pierden para el historiador que contempla sólo el mapa de una ciudad, o que intenta adivinar, en la materialidad urbana de hoy, cómo fue la vida de los hombres que la poblaron en el pasado.

Es necesario, por lo tanto, no sólo recuperar los trazados de las diversas vías sino que, también, identificar las distintas ma-



neras de caminar; no sólo inventariar los lugares, sino, a la vez, analizar los modos de apropiarse de los lugares.

Una última implicancia de la metáfora de la ciudad como texto o como discurso es que el complejo discurso urbano aloja en su seno discursos de todas las clases. La ciudad también habla a sus habitantes y a sus visitantes a través de los nombres propios que ella abriga: nombres de calles, de edificios, de monumentos. El gran texto urbano aloja textos menores, hechos por señales que evocan memorias e imaginarios, de carteles que son expuestos en avenidas para seducir e informar, de señales de tránsito que marcan el ritmo de la alternancia entre el pasaje permitido y los bloqueos a los desplazamientos en el espacio. La ciudad es un gran texto que teje dentro de sí una infinidad de otros textos, que abarcan, incluso, los pequeños diálogos producidos en los encuentros cotidianos. En fin, ahí está la aventura que se abre a los investigadores que se acercan a la ciudad a partir de la metáfora lingüística o apoyándose en la imagen de la ciudad como texto: ellos se convierten en descifradores de discursos y de relaciones generadas a partir de una multiplicidad de discursos.

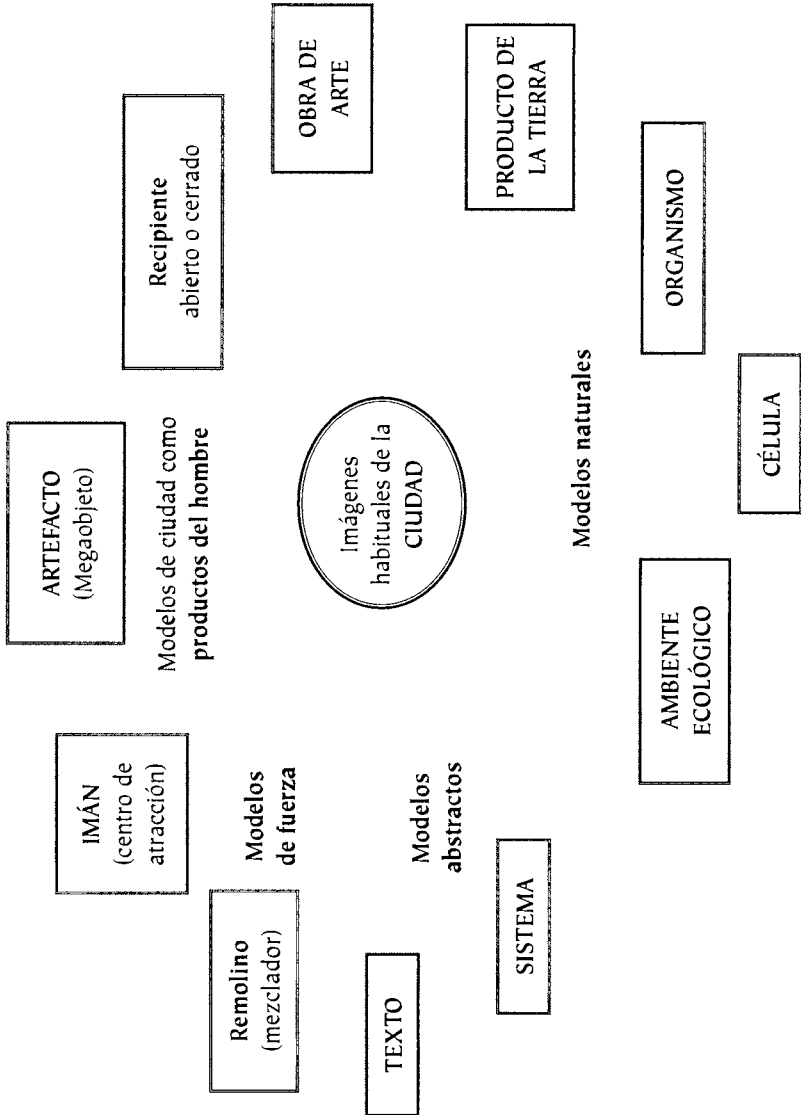
\*

Lo visto hasta aquí, de forma preliminar, se fundamenta en la idea de que el historiador, el sociólogo u otros interesados en los fenómenos urbanos provenientes de distintos campos del conocimiento, siempre constituyen su objeto de estudio a partir de determinadas imágenes de la ciudad o de modelos para su comprensión, imágenes y modelos que acaban produciendo expectativas y perspectivas específicas, limitadas. Éstas permiten o favorecen determinadas metodologías conforme a la imagen a partir de la cual el estudioso se acercó al tema urbano. Podríamos añadir, para el caso de la historia, que ellas (las imágenes) contribuyen, de alguna manera, a la selección de determinados tipos de fuentes. Para un balance final, el Cuadro I ofrece un esquema simplificado donde se consignan las imágenes urbanas que han sido discutidas en este capítulo, siendo

necesario hacer constar que muchas otras imágenes podrían ser evocadas en la misma proporción.

Resta decir que la imagen o modelo utilizado también tendería, muy posiblemente, a favorecer determinadas formas de expresión y de constitución del texto final destinado a exponer los resultados del trabajo y de la reflexión del investigador. De nuestra parte, creemos que, una vez comprendidos los modelos e imágenes más simples que suelen disponer los científicos sociales para apreciar una ciudad, estaremos en mejores condiciones para analizar las formaciones urbanas desde un punto de vista multifuncional y multifactorial, comprendiendo las complejas posibilidades de su estudio. Avanzar en esta complejidad multifactorial constituye otro momento de la reflexión aquí iniciada.

CUADRO 1: *Imágenes de la ciudad* en los estudios urbanos



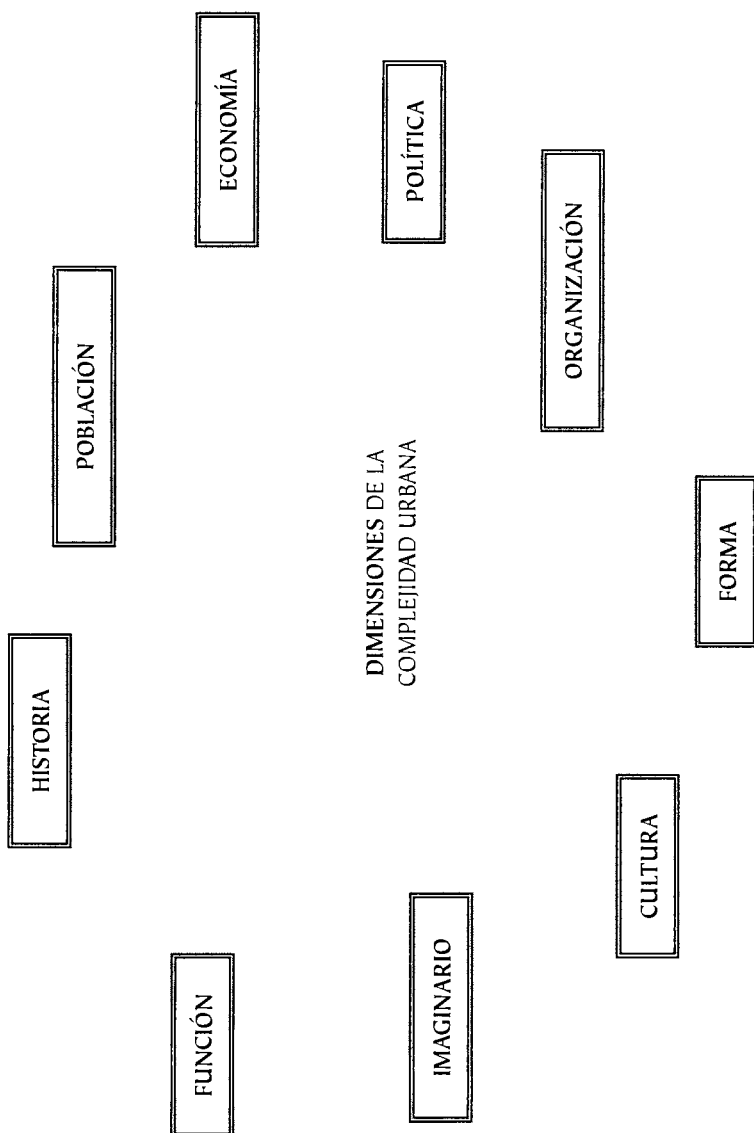
## La perspectiva multifactorial de la ciudad

### El fenómeno urbano en una totalidad de aspectos

Sin que, necesariamente, declinara el interés por el aspecto institucional de la ciudad que, conforme hemos visto, se había constituido en objeto de estudio para los autores del siglo precedente, el siglo XX evidenció una serie de nuevas preocupaciones, sin dejarse de lado los esfuerzos por producir teorías globales sobre la ciudad.

De modo simplificado, es posible componer un cuadro general de la ciudad a partir de algunas dimensiones fundamentales, más allá del ámbito organizativo o institucional. De esta suerte, la ciudad dispondría de otras dimensiones que deben ser comprendidas, a saber, las dimensiones poblacional, económica, morfológica, política, cultural e imaginaria (CUADRO 2).

## CUADRO 2: Dimensiones relevantes del fenómeno urbano



Algunos autores se han especializado en uno u otro de estos enfoques. Otros, en cambio, consideran inadecuado aislar una de estas dimensiones para producir una teoría de la ciudad. Al respecto, nos parece suficiente citar a Max Weber en su crítica a aquellos autores que, no satisfechos con limitarse al aspecto institucional como la base única de sus investigaciones, redujeron aún más su mirada aislando incluso algunas instituciones específicas (Fustel de Coulanges, Maine, Maitland<sup>1</sup>). De esta forma, el sociólogo alemán buscó resaltar que la correlación entre las instituciones urbanas no permite aislar críticamente una de ellas: el tratamiento del conjunto de las instituciones en el papel que desempeñan en el destino de la comunidad urbana sería indispensable para la comprensión de la actuación social.

Weber visualizaba en la ciudad tres dimensiones: densidad-heterogeneidad, función económica, función político-administrativa. La producción sociológica e historiográfica, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XX, se encargaría de añadir a estos factores las dimensiones de la “cultura”, del “imaginario” y de la “morfología urbana”.

Una preocupación por la totalidad de los aspectos urbanos puede ser vista, por ejemplo, en la obra de Lewis Mumford sobre la ciudad en la historia, que incluye tres capítulos sobre la ciudad medieval. Por otro lado, Jacques Le Goff también se propone abarcar, en *El apogeo de la ciudad medieval*, una totalidad de aspectos concernientes a la ciudad medieval francesa y que comentaremos más adelante.

El estudio de la ciudad moderna a partir de la integración más plena de aspectos tampoco puede dejar de ser abordado por los historiadores especialistas en el período moderno. Es el caso de Fernando Braudel en su intento por realizar su proyecto de “historia global”, propósito que lo liga directamente con la segunda generación de historiadores asociados a la

---

<sup>1</sup> W. Maitland. *Township and borough*. Cambridge, 1898.

Escuela de los *Annales*. Este historiador propone incluso una generalización que sería válida para las ciudades de todos los tiempos, observando que en todas ellas ocurren, a lo menos, los siguientes hechos: una compleja División del trabajo; la presencia de un *Mercado*; el establecimiento de un *Poder simultáneamente protector y coercitivo*; un *diálogo permanente con el campo*; la presencia de un determinado *efectivo poblacional*; el desarrollo de un *orgullo ciudadano* que lleva a cada ciudad a desear destacarse con relación a otras; la localización del centro urbano en un punto desde donde genera *conexiones con redes lejanas*, y la articulación de la ciudad con sus arrabales y con otras ciudades. Los aspectos citados por Braudel, conforme se ve, discurren por las variadas dimensiones antes citadas, desde la económica a la imaginaria.

## La historicidad

Antes de abordar separadamente cada uno de los factores involucrados en la definición y en la comprensión, en general, de la ciudad, es importante llamar la atención con respecto al hecho de que las formas urbanas son productos históricos. De esta forma, bajo el nombre de “ciudad” se esconden, muchas veces, realidades histórico-sociales diferenciadas. Por lo tanto, el estudioso del fenómeno urbano no debe olvidar analizar a la ciudad mediante períodos específicos, sin contar las correspondencias sincrónicas que se producen dentro de una misma época, las que distinguirán el modelo occidental de urbanización de otros, producidos por otros sistemas civilizatorios.

Para no perderse en la gran cantidad de especificidades histórico-sociales, el historiador suele hablar en una ciudad antigua, en una ciudad medieval o en una ciudad moderna, sin desconocer que, dentro de estos amplios conceptos urbanos, existen variadas diferencias posibles. También hay estudiosos que distinguen el fenómeno urbano a partir de categorías estéticas de impronta histórica. De esta forma, utilizan expresiones como ciudad barroca o ciudad renacentista.

Las ciudades parecen presentar, más allá de sus características de época y diferencias de períodos, algunos problemas comunes o, por lo menos, muy parecidos. Los sociólogos e historiadores dispuestos a construir un modelo más general de lo urbano, como, por ejemplo, lo formulado por Fernando Braudel, tienden a destacar que las ciudades suponen, habitualmente, una determinada concentración poblacional, el predominio de ciertos tipos de actividades, ciertas necesidades organizativas y ciertas tendencias culturales generadas por los contactos obligatorios entre hombres que se encuentran simultáneamente sujetos a una extrema proximidad espacial y a una heterogeneidad de funciones y actividades dentro del universo urbano.

De hecho, lo que varía es la percepción histórica sobre la proporción poblacional o la gama de funciones que categorizan a la ciudad en un determinado período. Por ejemplo, los parámetros aceptados por el hombre medieval para entender una determinada formación urbana en términos de población o de predominio de actividades no agrícolas no coinciden con los del hombre moderno. En otras palabras, los procesos de urbanización enfrentan a cada época histórica con sus respectivos límites técnicos y demográficos.

Se torna obvio que una gran metrópoli de la Antigüedad o del periodo medieval está asociada a límites demográficos que tenderían a definir sólo una pequeña formación urbana. De la misma forma, los parámetros comerciales son otros en nuestro tiempo. Sin embargo, la ciudad sigue siendo un “lugar de intercambios” materiales y culturales. Considerar la historicidad de las formaciones urbanas no implica desconocer ciertas categorías más amplias que hacen de la ciudad una organización social específica.

## El factor población

Una primera dimensión que resalta cuando examinamos las formaciones urbanas es el aspecto poblacional. Toda ciudad



parece impactar a sus contemporáneos como un aglomerado humano considerable. Por otro lado, hemos visto que los límites demográficos que definieron una formación urbana como “ciudad” estarían sujetos a variaciones históricas o, incluso, a variaciones intersubjetivas.

Así, en la Grecia Antigua, el filósofo Aristóteles ya idealizaba para una ciudad un efectivo poblacional de cinco mil ciudadanos como máximo (excluyéndose a las mujeres y esclavos que también la habitarían). Con esto trasunta una crítica a aquello que le parecería una excesiva población para la ciudad de Atenas que, en tiempos de Pericles, había alcanzado los 40.000 ciudadanos. Algunos siglos después, Roma alcanzaría un millón de habitantes, lo que haría de la Atenas Clásica una ciudad comparativamente pequeña. No obstante, en los siglos medievales, la antigua capital del Imperio Romano tendría una población que no sobrepasaría los 100.000 habitantes. Este período conoce, por lo tanto, una baja en la definición de población urbana: lugares con dos o tres mil habitantes tenderían a recibir el estatus de “ciudad”, conforme a estos nuevos parámetros. Todo esto nos muestra la importancia y relatividad del aspecto poblacional para una caracterización de la ciudad en sí.

Al tener en cuenta la relatividad histórica de toda indicación numérica, no debemos olvidar que la dimensión demográfica constituye el primer foco de atención entre los modernos estudiosos del fenómeno urbano, sea en la acepción cualitativa o cuantitativa de tal fenómeno. Así, la definición de ciudad propuesta por Louis Wirth (1938), sociólogo vinculado a la célebre Escuela de Chicago, está claramente construida sobre el *factor poblacional*. No se trata de considerar a este autor como reducido a este aspecto, sino de que advirtamos hasta qué punto al factor poblacional se le estima asociado a determinadas especificidades que traen consigo el desarrollo de un determinado modo de vida.

Para tomar las palabras de Wirth, la ciudad sería “un aglomerado permanente, relativamente grande y denso, de individuos

socialmente heterogéneos”<sup>2</sup>. De esta forma, lo urbano debería ser entendido como el conjunto de instituciones y actitudes sociales que siempre podrían encontrarse entre las personas establecidas como agrupaciones permanentes, densas y heterogéneas.

Naturalmente que, en consonancia con estos criterios simplificados, la línea divisoria entre aldea y ciudad arriesga hacerse muy arbitraria. Por eso, algunos autores reformularon posteriormente la definición esquemática de ciudad propuesta por Wirth añadiendo, entre otras distinciones, la condición de que una proporción significativa de la población activa estuviese dedicada a tareas no agrícolas<sup>3</sup>. Por otro lado, Peter Mann (1965)<sup>4</sup> profundizó una advertencia que ya había sido hecha por el propio Wirth, resaltando que la influencia de una conurbación impulsora de notables cambios, o el aislamiento de la ciudad con relación a su medio externo y a las demás ciudades coexistentes, podrían también determinar un mayor o menor grado de urbanización.

Los estudios de Mann lo llevaron a concluir que los residentes en ciertas ciudades menores, menos densas y más homogéneas, al contrario de lo esperado, eventualmente podrían ser más susceptibles de manifestar los patrones de comportamien-

---

<sup>2</sup> Louis WIRTH. In: REISS, A. J. (org.). *Louis Wirth on cities and social life*. Chicago: Chicago University Press, 1964, p.66. El artículo en referencia, titulado “El urbanismo como forma de vida”, fue publicado originalmente en *American Journal of Sociology*, vol.44, 1938, p.1-24. En portugués, fue publicado en Otávio G. VELHO (org.). *O fenômeno urbano*. Rio de Janeiro: Zahar.

<sup>3</sup> Marcel RONCAYOLO, por ejemplo, en su entrada “ciudad” para la Enciclopedia Einaudi, así resume la cuestión: “La noción de ciudad implica la aglomeración de toda una población, o sea, la concentración del habitat y de las actividades. Actividades que se distinguen de la explotación directa del suelo, que conducen a la especialización de tareas, y que contribuyen, sobre todo, a los intercambios y a la organización de la sociedad. Tendremos así un tipo de vida o formas especiales de sociabilidad; una ordenación de los espacios y de los servicios urbanos que implica una organización colectiva” (p.397).

<sup>4</sup> P.H. MANN. *An approach to urban sociology*. New York: Routledge & Kegan Paul, 1965. p.105-196.

to que Wirth consideraba urbanos bajo la influencia de conurbaciones que intensificasen la dinámica urbana. Así, ningún análisis satisfactorio de la ciudad debería ignorar su posición con relación a su área circundante.

Diversas críticas se hicieron a las proposiciones de Wirth, especialmente en lo que concierne a su búsqueda de pautas comunes de comportamiento a que estarían sujetos todos los ciudadanos. Si, conforme a lo que el propio Wirth había destacado, el efectivo poblacional de la ciudad era necesariamente heterogéneo, el proyecto de establecer una caracterología tan esquemática del hombre urbano chocaría, precisamente, con la diversidad humana que la ciudad abarca. Volveremos a esta cuestión cuando mencionemos el problema de las culturas y subculturas urbanas.

De todos modos, el conjunto de las formulaciones teóricas de Wirth (y de otros estudiosos de la primera mitad del siglo XX) llama la atención con respecto a algunos tópicos fundamentales: la ciudad implica un determinado *efectivo poblacional* con determinadas características de *densidad* y *heterogeneidad*, pero asociado a una *ubicación permanente* en un espacio cuyas especificidades deben ser consideradas. Esta “dimensión poblacional”, examinada en sus múltiples detalles, debe ser, por lo tanto, un factor de primer orden en el análisis del fenómeno urbano.

Dada la importancia del factor poblacional para una definición de lo urbano, no es raro que los estudios del fenómeno hayan progresado a la par con los avances en el campo de la demografía. De la misma forma, la articulación de una “historia demográfica”, hacia mediados del siglo pasado –con la aparición de investigaciones y métodos específicos (Meuvret, Henry, Fleury, Goubert)<sup>5</sup>– contribuyó a la aparición de una nueva his-

---

<sup>5</sup> El primer manual para procedimientos en demografía histórica es de 1956 (Louis HENRY. *Técnicas de análise em Demografia Histórica*. Lisboa: Gradiva, 1988). Otras referencias: MEUVRET. “As crises de subsistências e a demografia da França no Antigo Regime” (1946). L. HENRY & M. FLEURY. “Dos registros paroquiais à história das populações” (1956). GOUBERT. *Beauvais et le Beauvaisis* (1960).

toria urbana, produciéndose, incluso, una verdadera eclosión de estudios regionales y de ciudades específicas. En el ámbito de la ciudad medieval –sólo para dar un ejemplo de ciudad en un periodo histórico–, son fundamentales los estudios de demografía hechos por Josiah Russell y sus investigaciones sobre la población en las urbes medievales<sup>6</sup>.

La importancia de la dimensión demográfica es la primera instancia a ser considerada en cualquier tentativa de caracterización o definición de la ciudad. Por eso, la mayoría de los autores parten, generalmente, de lo cuantitativo para aproximarse a una comprensión inicial del fenómeno urbano. Sin embargo, esto aún nada significa si no se va en la búsqueda de las especificidades del pueblo-cantidad, de los grupos en que este se organiza o de las actividades que desempeña.

Max Weber nos recuerda que en la Rusia moderna hay aldeas con varios miles de habitantes y que, por lo mismo, son más grandes que muchas ciudades antiguas que contaban con sólo algunas centenas de individuos<sup>7</sup>. A partir de esto, el sociólogo alemán, al elaborar sistemáticamente una definición que pudiera corresponder al tipo ideal de ciudad, buscó primero revelar que este “pueblo”, que llegará a ser la ciudad, se organiza habitualmente como un asentamiento de casas contiguas donde se percibe una organización social sin que se establezca el conocimiento mutuo de sus habitantes (una suerte de mera asociación de vecinos)<sup>8</sup>. Como con esto la definición no distinguiría con claridad a las ciudades de las aldeas grandes, donde el conocimiento recíproco entre los habitantes también puede no existir, Weber avanza hacia la comprensión de las

---

<sup>6</sup> J.C. RUSSELL. *Medieval Regions and their cities*. New Abbot, 1972.

J.C. RUSSELL. *Late ancient and medieval population*. Philadelphia, 1958.

<sup>7</sup> Max WEBER, “Conceito e categorias da cidade”. En: *Economia e sociedade*. Brasília: UnB, 1999. p.409. (original: 1925)

<sup>8</sup> Esta caracterización se amolda mucho más fácilmente a las ciudades modernas ya que en ciudades antiguas, de pequeñas dimensiones, este conocimiento recíproco de sus habitantes podría ser mayor. De todos modos, nunca en la misma medida que un pequeño asentamiento.

dimensiones multifactoriales que definirían la ciudad. La primera de estas y que, en tanto tal, produce las manifestaciones más precisas de la especificidad urbana, está relacionada con la Economía.

## El factor económico

Entre los énfasis asumidos en el siglo XX para el estudio de lo urbano, la dimensión económica de la ciudad ocupa un puesto preponderante. Autores como Max Weber (1905), si bien tomaban como sujeto fundamental a las instituciones municipales –y para el caso de las formaciones urbanas medievales y modernas, a la burguesía– no dejaron atrás al factor económico como el principal elemento propulsor del desarrollo urbano<sup>9</sup>. En esta misma línea, Henry Perenne (1925) arrojó nueva luz sobre la ciudad medieval elaborando diversas tesis que, décadas más tarde, serían ampliamente criticadas.

Diversos economistas e historiadores del campo económico se esforzaron por insertar la ciudad en una teoría económica amplia (DERYCKE, 1958), además de intentar elaborar la historia de la ciudad como “formación económica” (LAMPARD, 1965). Las contribuciones son diversas, revelándose los intereses y preocupaciones especialmente respecto de la época en que la industria se había tornado el sector dominante<sup>10</sup>. Al mismo tiempo, al abordarse la dimensión económica de la ciudad, surgieron formas diferenciadas en el tratamiento del factor económico, según se privilegiara una u otra de sus perspectivas posibles: lo económico implica producción, distribución y consumo o, en otras palabras, actividades industriales, comerciales y de uso.

En este sentido, encontraremos autores que radican su análisis en el factor comercial, destacando que “el mercado caracteriza

---

<sup>9</sup> Max WEBER. *Economía e Sociedad* (1925) e *The city* (1905).

<sup>10</sup> P.H. DERYCKE. *Histoire des theories économiques spatiales*. Paris: 1958.

E. LAMPARD. “Historical aspects of urbanization”. En: HAUSER & SCHNORE (org.). *The study of urbanization*. 1965.

a la ciudad” (Max Weber). Otros enfatizan el papel de la ciudad en la *producción*, artesanal o industrial, conforme al período considerado (Alfred Weber, Isard, Haig, para el período moderno, y Verlinden, para la artesanía de la ciudad medieval). De igual forma, tenemos quienes colocan el énfasis en el *consumo* como factor central en la especificidad de la ciudad. Sombart, por ejemplo, define la ciudad como un “grupo de consumidores”, lo que permite relativizar el habitual peso que se le otorga al mercado y a la función de intercambios como definidores primarios de la ciudad.

“Desde el punto de vista económico, la ciudad es cualquier aglomeración de hombres que dependen, para su subsistencia, de productos de la agricultura exterior”<sup>11</sup>. Una definición como esta no excluye formaciones urbanas anteriores a la revolución industrial. Un ejemplo de énfasis en el consumo para el desarrollo de las ciudades medievales es la labor hecha por David Nicholas acerca del estudio de las ciudades flamencas<sup>12</sup>.

El marxismo sitúa su análisis de lo urbano en el cruce de los factores económicos y políticos. La ciudad se ubica, antes que nada, en un sistema económico-social o, más propiamente dicho, en un “modo de producción” específico. Al mismo tiempo, el ambiente urbano es escenario privilegiado de las luchas político-sociales. En sus diversos tipos, la ciudad debe ser siempre situada históricamente.

---

<sup>11</sup> Werner SOMBART. “Ursprung und Weses der Modernen Stadt”. In: *Der Moderne Kapitalismus*.

<sup>12</sup> El próprio Max Weber –al destacar la importancia del aspecto económico y de la “localidad de mercado” como primordiales para la definición de la Ciudad– llama la atención para considerar dentro de este ámbito tres situaciones frecuentes: las “ciudades mercantiles”, las “ciudades de consumidores”, y las “ciudades de productores” (o ciudades industriales), conforme predomine uno u otro comportamiento económico. Resalta que, en todos estos casos, ocurre la mediación a través del mercado (“A dominação não-legítima (tipologia das cidades)”. En: *Economia e Sociedade*, p.410). Eso no impide destacar excepciones como “las ciudades fortaleza” y también el hecho de que en la Antigüedad podrían ser encontradas ciudades que eran preponderantemente “ciudades de agricultores”.

Para las ciudades anteriores al capitalismo, la referencia es el texto *Pre-capitalist formations*, donde Karl Marx trató de establecer un paralelo entre las ciudades asiáticas, antiguas, medievales y modernas<sup>13</sup>. Los parámetros que orientan este cuadro comparativo se asocian a las mutaciones diacrónicas que habrían tenido lugar producto de las relaciones entre el “campo” y la “ciudad” a lo largo de las sucesivas etapas del desarrollo histórico (o de la sucesión de “modos de producción”, a partir de un proceso dialéctico).

Así, para el modelo asiático, Marx destaca una unidad no diferenciada entre campo y ciudad. En la Antigüedad Clásica, surgen las ciudades basadas en la propiedad señorial y agrícola. En la Edad Media, las “formaciones urbanas” se desarrollan hasta darse una nítida oposición entre ciudad y campo. En la Edad Moderna, finalmente, se nota una “urbanización del campo”. Para cada uno de estos casos, la formación urbana asume un papel definido dentro del modo de producción.

En el paso del “modo de producción feudal” al “modo de producción capitalista”, la ciudad se transforma en el lugar privilegiado para el desarrollo de las “fuerzas productivas”, tanto por su papel en el desarrollo de las manufacturas como por su función en el despliegue del capitalismo comercial. De esta forma, más que en las etapas históricas anteriores, la ciudad del periodo medieval asume un rol destacado en el proceso de transformaciones sociales, pues es un factor de primer orden que potencia las condiciones ya existentes en el feudalismo.

Conforme se ve, el materialismo histórico supone que el análisis de las formaciones urbanas no debe hacerse aislado del sistema socioeconómico en el que ellas se insertan. Esta es la razón por la cual, al analizar, por ejemplo, la ciudad medieval, los histo-

---

<sup>13</sup> Karl MARX. *Pré-capitalist formations (Formações pré-capitalistas*. Rio de Janeiro: Paz e Terra, 1975). De la misma forma, la segunda parte de *A ideologia alemã* aborda el desarrollo del fenómeno en la óptica de los aspectos políticos y económicos (K. MARX & F. ENGELS. *A ideologia alemã*. op.cit., p.77-96).

riadores marxistas que sucedieron a Marx y Engels, siempre se interesaron en discutir la posición de estas urbes con relación al feudalismo. En general, si bien Marx y Engels no dedicaron obras específicas al estudio del fenómeno urbano, historiadores y sociólogos marxistas del siglo XX sí lo han hecho, tanto desde el punto de vista global como en cuestiones específicas. Entre los materialistas históricos de la segunda mitad del XX que se han dedicado a análisis específicos, se destacan Castells, Topalov y Lipietz<sup>14</sup>. En cuanto a la ciudad medieval y al papel de la formación urbana en el paso del “modo de producción feudal” al “modo de producción capitalista”, hay análisis diversos que serán discutidos más adelante (José Luís Romero, Ludolf Kuchebuch, Perry Anderson, Yves Barel y otros).

Tampoco fue ajena al campo de la sociología y de la historiografía marxistas la búsqueda de una “función urbana” más amplia o que se encaminara más allá de los desarrollos exclusivamente económicos o políticos. Esto nos muestra que en el seno de la moderna historiografía marxista y en la sociología urbana anclada en los principios del materialismo histórico, se verificó una tendencia creciente a considerar el fenómeno urbano desde una perspectiva multifactorial. Es oportuno rescatar aquí la definición de ciudad propuesta por Henri Lefebvre (1969, p. 96-97):

Se trata, por sobre todo, de una forma: la del encuentro y reunión de todos los elementos de la vida social, desde los frutos de la tierra (*grosso modo*, los productos agrícolas) hasta los símbolos y las llamadas obras de la cultura<sup>15</sup>.

---

<sup>14</sup> Manuel CASTELLS. *La question urbaine*. Paris: Maspero, 1985.  
Ch. TOPALOV. *Les promoteurs immobiliers – Contribution à l'analyse de la production capitaliste du logement en France*. Paris-La Haye: Mouton, 1974.  
LIPIETZ. *Le tribut foncier urbain*. Paris: Maspero, 1974.

<sup>15</sup> Henri LEFEBVRE. *O direito à cidade*. São Paulo: Documentos, 1969 (*Le droit à la ville*. Paris: Anthropus, 1968; citado a partir de la edición italiana *Il diritto all' città*. Pádua: 1970). Lefebvre es también el autor de un importante paralelo entre las formaciones rurales y las formaciones urbanas (*Du rural au l'urbain*. Paris: Anthropus, 1977).



## El factor político

Por varias razones, la dimensión política emerge como una de las principales formas de definir la ciudad<sup>16</sup>. Por un lado, y sin quitar importancia a las movilizaciones campesinas, la ciudad es el principal escenario de las luchas sociales. Por otro lado, ella es el lugar donde se ubican los poderes políticos: es el centro donde residen los poderes municipales y estatales más amplios. De igual modo, muchas veces desempeña un papel centralizador con respecto a una región limítrofe, de zonas rurales circundantes, o de una red de ciudades menores o dependientes. De ahí que, a raíz de estas funciones, emerja otra serie de relaciones políticas y de poderes por parte del recinto urbano caracterizadas bajo la forma de “dominios metropolitanos”<sup>17</sup>. En fin, la ciudad es lugar de una multiplicidad de poderes que no necesariamente se expresan por medio de instituciones gubernamentales, pero que, en todo caso, se reflejan en las complejas modalidades en que se organiza la sociabilidad urbana.

Mencionemos, en primer lugar, los poderes políticos institucionalizados. No es fácil darse cuenta de la tensión esencial que se expresa entre los poderes locales de una municipalidad y los poderes estatales más amplios, tensión que sólo se diluye efectivamente en aquellas experiencias históricas donde “la ciudad coincide con el Estado”. Nos referimos de manera especial a las ciudades-estado de la Antigüedad Clásica, a las ciudades italianas de la Edad Media o a otras, cuyas sobera-

---

<sup>16</sup> No está demás recordar que *polis*, con todos sus desdoblamientos etimológicos asociados a *politeia*, se refieren a “ciudadela”.

<sup>17</sup> Estos dos últimos aspectos también son resaltados por Fernando Braudel. Para él, uno de los aspectos que está siempre presente en cualquier tipo de ciudad es el establecimiento de un Poder simultáneamente “protector y coercitivo” (*Civilização material, economia e capitalismo – Vol. I: As estruturas do cotidiano*, p.438). Por otro lado, al desarrollar la idea de que toda “economía-mundo” tiene siempre un polo urbano que funciona como centro logístico de sus negocios, el historiador francés destaca la formación de una jerarquía de ciudades en relación recíproca, llegando a utilizar la metáfora las “metrópolis se presentan con un séquito, una comitiva” (*Civilização material, economia e capitalismo – Vol. II: O tempo do mundo*, p. 20).

nías plenas se han destacado más allá de la habitual autonomía dentro de una nación.

Existe, por otro lado, una historia que debe ser considerada en el contexto de la transformación de los estados modernos: la historia de cómo “la ciudad-estado es sustituida por la ciudad en el Estado o soporte del Estado”<sup>18</sup>. En lo que concierne a la organización del espacio interno del nuevo mundo urbano, la noción de “ciudadanía” surge como un instrumento privilegiado. El contraste entre ciudadanías plenas y ciudadanías parciales marca la práctica urbana medieval y, en gran medida, la de la modernidad. Hubo aquí un empeño teórico a nivel de la apariencia institucional y constitucional cuyas prácticas demarcatorias influyeron poderosamente en la cotidianidad urbana, discriminando a etnias, grupos sociales, a extranjeros y a otros tantos a fin de promover claros contrastes con el ciudadano efectivamente pleno. En este sentido, los instrumentos institucionales, como, por ejemplo los dispositivos jurídicos o el discurso estatal, no siempre se han correspondido con la realidad social y política de la urbe.

La interacción entre los poderes institucionales ejercidos por el Estado y los poderes efectivos que se expresan en la sociedad civil ha sido abordada a partir de diversas perspectivas, conforme la teoría del Estado que se tome como soporte.

Las “teorías contractualistas” de los ilustrados solían retratar la sociedad como una reunión de individuos aislados que establecen un pacto social, visión que, de alguna forma, no los aleja del cuadro de competencias y adaptaciones propuesto por la ecología urbana. Para los contractualistas, los individuos reunidos en sociedad son los formadores del Estado.

El idealismo hegeliano, en cambio, proponía que es el Estado, o la idea de Estado, lo que fundamenta la sociedad y constituye al individuo. Además, sería el Estado la síntesis destinada a superar las contradicciones presentes en la sociedad civil,

---

<sup>18</sup> Marcel RONCAYOLO. “Cidade”, op.cit., p. 460-461.

lugar donde prevalecen los conflictos de los intereses privados y los que se registran entre lo público y lo privado. En otras palabras, el Estado funcionaría como un legítimo representante de la sociedad entera. En contra de esta idea, se contraponen la teoría propuesta por Marx, para quien el Estado no sería la síntesis de superación de los intereses contradictorios de la sociedad civil, sino, al contrario, estaría al servicio de la clase dominante.

En conjunto, estos enfoques toman al poder político a partir de la intersección a nivel de las instituciones estatales. Pero existen también modelos de análisis que abordan la faceta no institucional y no centralizada del poder. Foucault, por ejemplo, proponía la idea de que el poder no debe ser abordado desde una centralidad específica. Al contrario, este se presentaría a través de una red de micro poderes que envuelven a toda la sociedad.

Las múltiples perspectivas sobre el poder –y aquí mencionamos sólo algunas– también producen diferentes análisis de la política en las urbes. Registraremos tres propuestas antagónicas para dejar en claro la relatividad de toda teoría sobre el poder urbano.

Una primera obra que podemos discutir es *Community power structure*, de Floyd Hunter (1953)<sup>19</sup>, análisis que se ajusta al modelo centralizado de visualización de las jerarquías sociales. El caso en estudio se refirió a la moderna ciudad de Atlanta. Sin embargo, esta obra se convirtió en punto de partida para una teoría general del poder en las comunidades urbanas. Esta teoría fue conocida como “teoría de estratificación social” o “teoría piramidal”. Delbert C. Millar (1958) la aplicó para la ciudad americana de Pacific City<sup>20</sup>.

---

<sup>19</sup> Floyd HUNTER. *Community power structure*. Chapel Hill, 1953.

<sup>20</sup> Delbert MILLER. “Industry and community power structure”. En: *American Sociological Review*, n. 23, feb. 1958.

La tesis propuesta por Floyd Hunter señala que, en la comunidad, existe una distribución desigual del poder a raíz de la distribución también desigual de la riqueza y del poder económico. Esto provocaría la exclusión de una vasta gama de ciudadanos con respecto a las decisiones de interés colectivo. Según esta perspectiva, sólo entre unas pocas personas –las elites– donde se verifica homogeneidad y cohesión, se detentan los poderes reales de decisión sobre el resto de la comunidad. Así, dentro de las elites se formaría un sector especial –hombres que poseen simultáneamente poder, prestigio e influencias, y que el autor llamó de “elite del poder”– que sólo excepcionalmente asumirían posiciones públicas del poder político, valiéndose, la mayor parte de las veces, de una “subestructura” constituida por gestores de decisiones (administradores). Por lo común, lo que se verifica, es que lo que se discute y decide en las reuniones de las asociaciones ciudadanas, no son más que “correas de transmisión” de aquello que ya se decidió previamente.

Una perspectiva radicalmente distinta sobre el poder urbano se nos presenta en la obra *Who governs? Democracy and power in an american city*, de R. Dahl<sup>21</sup>. El estudio de caso se refiere a la ciudad de New Haven, y la teoría del poder desarrollada en esta obra empezó a ser conocida como “teoría pluralista”. En parte, las tesis de Dahl surgen como críticas a la “teoría piramidal” desarrollada por Floyd Hunter. Banfield aplicó la “teoría pluralista” al estudio de Chicago, buscando confirmar sus líneas generales.

De acuerdo con la hipótesis central de Robert Dahl, ningún grupo singular ejerce un control sistemático y permanente sobre las decisiones locales. Según los intereses específicos, los distintos grupos ejercen su influencia, resultando de ello una cierta competencia y flexibilidad en el ejercicio del poder. Se registra, por lo tanto, una competencia entre varios sectores por el control de los recursos disponibles en la organización

---

<sup>21</sup> R. DAHL. *Who governs? Democracy and power in an american city*. New Haven, 1961.

económica, social y política de la comunidad. De esta forma, para la “teoría pluralista del poder”, no se comprueba una distinción clara entre una elite que controla el poder y una mayoría que se encuentra excluida de él. El poder, en fin, no es enteramente ni siempre controlado por la totalidad del sector que se encuentra en una posición dominante en el gobierno de la ciudad. Varios son los motivos de ello.

En primer lugar, el poder se divide en muchas áreas, sin que en cada una de ellas se reproduzca, necesariamente, una idéntica estructura de ejercicio de este poder (gestión) por parte de los núcleos dominantes. En segundo lugar, los varios grupos de intereses pertenecientes a la clase superior no constituyen un bloque único o que persigan los mismos fines. Y, por último, porque las múltiples fuentes del poder (la moneda, el crédito, el control del trabajo y de la mano de obra, el control de la información, la posición económica y social, el conocimiento y la capacidad personal, la popularidad, el carisma, la legalidad), se distribuyen entre todos los ciudadanos reunidos en torno a los diferentes grupos de interés político y económico. El conflicto, de esta forma, no obedece, necesariamente, a la polarización entre clases superiores e inferiores, como propone la “teoría piramidal” de Floyd Hunter, sino que es el resultado de los innumerables contrastes que se producen entre los grupos de poder.

Es válido también mencionar la obra de Franco Ferrarotti *Le ricerche romane: interrogativi sulla città come molteplicità di sistema*<sup>22</sup>. Su campo de análisis es la moderna ciudad de Roma, pero desarrollando una teoría extensiva a otras realidades urbanas. Según el autor, la ciudad es una realidad social global constituida por la interrelación de una multiplicidad de sistemas de poder dotados de autonomía y de lógicas de desarrollo *relativamente* interdependientes.

Para la ciudad de Roma, el autor individualiza cinco sistemas:  
1) Un sistema económico-ecológico o productivo de primera

---

<sup>22</sup> Franco FERRAROTTI. “Le ricerche romane: interrogativi sulla città come molteplicità di sistema”. En: *Critica Sociologica*, n. 27, otoño de 1973.

instancia (uso del territorio y recursos naturales y humanos; organización social de la producción; creación y distribución de la riqueza); 2) Un sistema político asociado a la gestión del poder; 3) Un sistema escolar y de *mass-medias* implicados en la transmisión y perpetuación de los valores tradicionales y en la elaboración de otros nuevos; 4) Un sistema familiar o reproductivo relativamente formativo (incluyendo, por ejemplo, la tendencia a inculcar valores sociales tradicionales y las actitudes socialmente respetables; 5) Un sistema simbólico determinado por las creencias religiosas, sagradas y profanas.

Según Ferrarotti, "...los diferentes sistemas que, en su conjunto, constituyen el fenómeno urbano global entran necesariamente en colisión y son estos embates y conflictos los que están a la base de la ciudad, posibilitando su desarrollo".

## El factor organización

Todos estos poderes que colindan en el sistema urbano, toda esta variedad de intereses que colisionan y todas estas relaciones económicas que se establecen en el ambiente concreto y específico que conforman una ciudad, necesitan, indudablemente, ser organizados de alguna manera. Hemos visto que, en el siglo XIX, los estudiosos del fenómeno urbano se interesaron por el aspecto institucional de la ciudad. Estaban preocupados por examinar cómo se organizaba la ciudad, cómo se concretizaban las instituciones municipales y cómo estas funcionaban en la sociedad urbana.

Siendo una forma específica de organización social, la ciudad presenta necesidades también específicas. En este sentido, ella se distingue, radicalmente, de otras formas de organización social de origen campesino. Marx (1845) exponía de la siguiente forma el problema:

Con la ciudad, aparece, simultáneamente, la necesidad de administración, de policía, de impuestos, etc., en pocas palabras, la necesidad de organización comunal y, por tanto, de la política en general. Aquí se manifies-

ta por primera vez la división de la población en dos grandes clases, división que tiene consecuencias directas en la división del trabajo y en los instrumentos de producción. La ciudad es el hecho de la concentración de la población, de los instrumentos de producción, del capital, de los placeres y de las necesidades, mientras que el campo evidencia exactamente lo opuesto: el aislamiento y la separación<sup>23</sup>.

Cuando examinemos el factor “forma”, tendremos la oportunidad de verificar cómo se procesa la organización espacial de la ciudad, cómo se distribuye la población en sus múltiples compartimientos y cómo los varios grupos sociales interactúan dentro de este espacio que asume formas específicas. De la misma forma, el factor “cultura” supone niveles diversos de organización. Lo que nos interesa por ahora resaltar es que el aspecto organizativo de la ciudad se mezcla con todos los demás factores.

No repetiremos los aspectos que podrán ser mejor abordados en los campos específicos de los factores “forma” y “cultura”. Tampoco volveremos a los aspectos exclusivamente institucionales que ya hemos mencionado en el registro de la historiografía urbana del siglo XIX. Sólo no detendremos en algunos aspectos relativos a la organización urbana.

Una primera cuestión se refiere a la dicotomía entre “público” y “privado”, dos niveles en que la ciudad tiende a ser organizada (veremos, en el punto siguiente, los aspectos segregacionistas de esta dicotomía). En un texto que merece ser reproducido, el sociólogo H. P. Bahrdt demarca las esferas pública y privada como las “formas fundamentales” de la organización social citadina:

Una ciudad es un sistema en la que toda la vida y, por lo tanto, también la cotidiana, muestra su tendencia a polarizarse en términos de agregados sociales públicos

---

<sup>23</sup> MARX & ENGELS. A ideologia alemã. São Paulo: Hucitec, 1993, p.78.

o privados. Se desarrolla una esfera pública y una privada, que están en estricta relación, sin que la polarización se pierda. Los sectores de la vida que no pueden ser caracterizados como “públicos” o “privados”, pierden significado. Cuanto más fuertemente se ejerce la polarización, más estricta es la relación de intercambio entre la esfera pública y privada y más “urbana” –desde el punto de vista de la sociología– es la vida de un agregado. En caso contrario, un agregado desarrollará en menor grado el carácter de ciudad... Si damos un paso adelante y, usando una forma general, afirmamos que la polarización y la relación de interdependencia entre las esferas pública y privada constituyen el criterio demarcatorio para la existencia de una asociación ciudadina, tendremos a nuestra disposición categorías que son útiles a arquitectos y urbanistas<sup>24</sup>.

Desde un punto de vista historiográfico, las relaciones entre lo “público” y lo “privado”, deben ser examinadas en su dimensión histórico-social, es decir, las nociones de “público” y “privado” tienen su historicidad. Es bueno reconocer que cuanto más heterogéneos sean sus residentes, y cuanto más denso su aglomerado, suelen acentuarse en las formaciones urbanas los llamados “espacios públicos” que, al menos en teoría, deben ser el lugar de todos, sin que esto afecte a los dominios privados que abrigan a la diversidad humana y de las que se alimenta la propia vida ciudadina.

En lo referente a la organización de la vida pública, las organizaciones municipales también se constituyen en espacios para la expresión de diversas fuerzas. La autonomía urbana y los poderes estatales se disputan, en momentos y casos diferentes, la figura de los alcaldes, cuya nominación puede oscilar desde el nombramiento por el gobierno central hasta su elección vía sufragio de los ciudadanos, sin dejar de lado que en ocasiones puede darse una tercera modalidad: la proclamación por acuerdo de los grupos políticos locales. Marcel Roncayolo cita

---

<sup>24</sup> H.P.BAHRDT. *Lineamenti di sociologia della città*. Pádua, 1966.



ejemplos como el *maire* francés, que hasta 1886 fue nombrado por el gobierno, o el *Bürgermeister* alemán que durante un largo período, es un administrador nombrado por un consejo<sup>25</sup>.

Por otro lado, se debe hacer notar que el urbanismo occidental, frente al crecimiento de la densidad poblacional, la mayor heterogeneidad de las actividades involucradas y la creciente complejidad de la vida urbana apuntó a una gradual multiplicación de las funciones municipales. A la raíz de este crecimiento y de esta diversificación, se encuentran los complejos procesos relacionados con el desarrollo de los mecanismos estatales a partir de fines de la Edad Media hasta el desarrollo de la civilización industrial.

## El factor forma

La *dimensión morfológica* ha representado otra de las preocupaciones de los estudiosos del fenómeno urbano. La ciudad tiene, necesariamente, una forma, una estructura física concreta en la que se establece una sociedad que, por otro lado, actúa permanentemente en la reconstrucción y reapropiación de esta estructura urbana. El interés por los desarrollos morfológicos de la ciudad –a la luz del crecimiento urbano, la apropiación del espacio por la sociedad, amén de la historia que trasunta esta forma, este crecimiento y esta apropiación social del espacio– dio paso a un vasto campo de estudios compartido por urbanistas, sociólogos e historiadores que aprendieron a relacionar forma, función y sociedad.

En el campo de los urbanistas, Levedan (1926), Hiorns (1956) y Benevolo (1968)<sup>26</sup> son responsables de obras que se volvie-

---

<sup>25</sup> Marcel RONCAYOLO, op.cit., p.462.

<sup>26</sup> P. LEVADAN. *Histoire de l'urbanisme, 1941-1952*. \* Qu'est-ce-que c'est l'urbanisme? – *Introduction à l'histoire de l'urbanisme*, 1926; F.R. HIORNS. *Town-building in History: an outline review of conditions, influences, ideas, and methods affecting "planned" towns through five thousand years*, 1956; M. BE-NEVOLO. *Storia della città*, 1968. Existen también obras en la perspectiva urbanística dedicadas a periodos históricos específicos (F. HAVERFIELD. *Ancient town planning*, 1913; LEVADAN. *L'urbanisme au Moyen Age*, 1974).

ron referenciales para un análisis de la ciudad en sus aspectos urbanísticos y arquitectónicos, proporcionando amplias reflexiones sobre el tópico de la forma a partir de una eficiente utilización de las superficies. En el terreno de los historiadores, hay inúmeros ejemplos de los aspectos morfológicos en su asociación con los situaciones histórico-sociales, en especial a partir de la década de 1950, cuando surgen variados estudios sobre ciudades específicas. Resumiremos, a continuación, las cuestiones con que habitualmente debe enfrentarse el investigador en su afán por captar la “dimensión morfológica de la ciudad”.

1. Existe, primero que nada, la *forma externa*. La ciudad vista desde la perspectiva del urbanista revela “un trazado arquitectónico” específico al que se añaden la percepción que sobre tal trazado tienen los habitantes propios del lugar y, aún, los visitantes temporales u ocasionales.

El plano general de la ciudad es el elemento más externo de la forma. Sobre todo para el caso de las ciudades no planificadas, él revela, con frecuencia, las diversas fases del crecimiento urbano y, por consiguiente, un poco la historia de la ciudad investigada. También el plano expresa el acomodo del hombre a determinados límites físicos, y la superación de estos mismos límites en momentos posteriores. El levantamiento de un muro o la construcción de una vía férrea (que más tarde podrá desaparecer), dejan su huella en el trazado de las calles, al mismo tiempo que nos cuentan algo acerca del crecimiento y las mutaciones ocurridas en la ciudad.

Los vestigios de una muralla circundante nos ofrecen información sobre la realidad original de la ciudad, enmarcada en un tiempo y en un tipo de “urbanismo cerrado” que después fue sustituido por una nueva concepción de “urbanismo abierto”, fundado en la noción de un crecimiento indefinido de la ciudad, propuesto por la Europa de las Luces<sup>27</sup>. Las ruinas tam-

---

<sup>27</sup> Marcel RONCAYOLO, *op.cit.*, p.435.

bién dan antecedentes para las historias militar y administrativa: el abandono de la muralla como recurso defensivo remite a la invención de nuevas armas o a la constitución de nuevos mecanismos de defensa que prescinden de la barrera física. Todo esto, sin olvidar las nuevas formas de control y de identificación que pasaron a regular la entrada y la permanencia en los recintos urbanos.

El rastreo de los planos urbanos debe hacerse a partir de las “formas puras” de estas representaciones y que corresponden a aquellas que aún no implican yuxtaposición de diferentes tipos de planos. Al interior de estas formas, se hace la distinción entre “planos irregulares” y “planos regulares”. Éstos últimos corresponden a mapas que echan mano a múltiples posibilidades formales: plano ajedrez, plano de rayos concéntricos, proyecciones, escalas, etc. La elección premeditada de una forma u otra, puede denotar una particular visión de mundo<sup>28</sup>. En otras situaciones, la aparición de una determinada forma está asociada a un tipo de crecimiento histórico-social de la urbe. Dickinson identifica el plano de rayos concéntricos con las modalidades de crecimiento natural, preferentemente encontradas en las ciudades medievales<sup>29</sup>. Pierotti, por otro lado, critica la aplicación de la noción de espontaneidad que se aplica a este tipo de crecimiento y demuestra, para casos como estos (ciudades medievales italianas), las posibilidades de una intencionalidad y de una lógica orientadas por las necesidades de la colectividad<sup>30</sup>. En cuanto a los planos irregulares, existen excelentes ejemplos en las ciudades islámicas, conforme a los estudios de Planhol<sup>31</sup>.

---

<sup>28</sup> “En las ciudades etruscas, el plano ajedrez está asociado a una visión cosmogónica: las dos vías principales, el cardo y el decumanus, orientadas hacia los puntos cardinales, confieren al punto en que se cruzan un valor simbólico de centro del mundo” (M. RONCAYOLO, *op.cit.*, p.435).

<sup>29</sup> R. E. DICKINSON. *The west european city – A geographical interpretation*. Londres: Routledge and Kegan Paul, 1961.

<sup>30</sup> P. PIEROTTI. *Urbanística: storia e prassi*. Firenze: Marchi e Bertolli, 1972.

<sup>31</sup> X. de PLANHOL. *Les fondements géographiques de l'histoire de l'Islam*. Paris: Flammarion, 1968.

No es casualidad la abundancia de ejemplos de planos referentes a “formas puras” en los períodos de la Antigüedad y del Medioevo. Se debe subrayar que diversas ciudades permanecieron por períodos considerables surgiendo, a partir de la Época Moderna, una compleja yuxtaposición de planos que indican rupturas económicas, sociales e ideológicas. Por su parte, la sociedad le da sentido a la “reutilización de formas antiguas o a la importación de otras, extranjeras<sup>32</sup>”. De ello resulta una diversidad morfológica que debe ser objeto de estudio de aquellos que eligieron a las ciudades modernas como su principal foco de interés.

II. La morfología urbana también implica una forma interna. ¿En cuántos y cuáles compartimentos se organiza la ciudad? ¿Son estos ambientes internos generados espontáneamente o surgen socialmente determinados? ¿Cómo se producen, no sólo en su origen, sino también en lo cotidiano, los barrios que, en algunos casos, son verdaderas ciudades dentro de las ciudades: espacios físicamente demarcados o imaginariamente delineados? ¿Cuáles y cuántas avenidas y calles cortan la ciudad, conectando y separando sus múltiples compartimentos, y dónde termina lo público en vistas a dar comienzo al otro gran ámbito de lo urbano: el universo de la vida privada del habitante de la ciudad?

Toda ciudad es, en realidad, un gran rompecabezas, difícil de entender para quien está afuera. Pero, para sus habitantes, ella se muestra formada por piezas claramente diferenciadas, donde cada uno conoce la suya y se siente extranjero en las demás. La organización de los sectores urbanos es un proceso relativamente complejo. Hay ciudades y concepciones urbanísticas donde se separan explícitamente las funciones sociales: el centro de negocios, el distrito industrial, el barrio bohemio, la zona prostibularia, los grandes jardines y, finalmente, las zonas residenciales que, a la vez, son objeto de distingos conforme al tipo de moradores. En este último caso, los criterios

---

<sup>32</sup> M. RONCAYOLO. *op.cit.*, p.438.

de separación pueden ser las categorías sociales, las necesidades profesionales, las características étnicas o, incluso, el predominio de determinada franja etaria de sus habitantes. Esta es la práctica de atomización de clases sociales y de funciones en el espacio urbano que los estudiosos llaman “segregación espacial”. La noción abarca tanto las eventuales separaciones entre “residencia” y “trabajo” como las localizaciones de grupos sociales y culturales definidos en espacios diferenciados.

En las ciudades medievales, por ejemplo, no era raro que hubiese muros separando los barrios reservados para etnias, nacionalidades o grupos religiosos específicos. Los espacios para judíos y moros, por ejemplo, estaban cercados por murallas que hasta hoy dejan sus marcas en el diseño de las ciudades cristianas occidentales. Constantinopla, en el mundo cristiano del Oriente, solía tener, en el auge de su desarrollo, barrios especiales para los venecianos y genoveses, ya que estos no podían mezclarse con las otras nacionalidades, evitándose así verdaderas guerras. Y en las modernas ciudades del apartheid sudafricano, se solía señalar la segregación a través de placas que indicaban lugares prohibidos o permitidos para la población negra.

Pero no siempre la separación es tan explícita. La segregación también se expone mediante símbolos. La frontera entre un barrio popular y un barrio de ricos puede ser una esquina, un puente, una imagen, u otros elementos que no siempre se presentan de modo preciso. Por otro lado, los cercos y fronteras imaginarias que establecen el lugar de cada actividad y de cada uno de los habitantes tienen signos que pueden ser descifrados por cualquier persona. Por ejemplo, difícilmente la falta de saneamiento, de servicios públicos o de policía tendrá lugar en los barrios habitados por los pudientes, y sí en los guetos o áreas pobres de la periferia. Los edificios bien terminados y mantenidos y los transeúntes de terno y corbata separan visualmente, en algunas ciudades modernas, el centro de negocios de los “barrios proletarios” con sus casas modestas y sus habitantes pobremente vestidos.

La “segregación”, explícita por límites bien determinados, o implícita, en el propio modo de vida de cada ambiente urbano, es un elemento más en el delineamiento de la “forma interna” de una ciudad. De esta “forma interna”, de estas subculturas urbanas y compartimentos específicos, se nutre la segregación que, en no poca medida, obedece a una relación de características sistémicas, tal como lo señaló el sociólogo italiano Ferrarotti: “...barrios de lujo y guetos de miseria son necesarios unos a otros, surgen de algún modo conectados a un destino común y son el producto de la misma lógica de desarrollo”.<sup>33</sup>

La lectura de la segregación social urbana como manifestación de la forma interna es sólo uno de los lados de la cuestión. Como señaló apropiadamente Roncayolo, “...no es lícito limitar la segregación a sus manifestaciones espaciales y a una simple distancia geométrica. Al contrario, es la relación entre la distancia topográfica y la distancia social la que puede, en cierta medida, caracterizar a las sociedades, permitiendo la evaluación de los resultados de composiciones sociales concretas” (...) agregando, además, que el “aislamiento, la exclusión o la búsqueda de identidad no son leídos en el mapa”. En fin, como destaca puntualmente el autor, “...las nociones espaciales remiten constantemente a las relaciones de poder, a la ideología, y a los modos de habitar la ciudad”<sup>34</sup>.

Corresponde señalar que la segregación espacial también tiene una historia. Con relación a la delimitación entre espacio público y espacio privado, ella correspondió, en el urbanismo occidental, a la historia del moderno confinamiento de la familia a la intimidad del hogar, a la historia de la pérdida de la calle como el lugar de intercambios cotidianos y como espacio de socialización. En este largo recorrido del urbanismo occidental, las calles van, gradualmente, redefiniéndose como vías de paso para peatones y vehículos: meros hilos destinados a

<sup>33</sup> F. FERRAROTTI. “La ricerche romane – II: Interrogativi sulla città come molteplicità di sistema”. In: *Critica Sociologica* n.27. oct. de 1973, p.24.

<sup>34</sup> Marcel RONCAYOLO. “Cidade”, *op.cit.*, p.442,459.

conducir a los individuos de un espacio privado a otro y, en esta redefinición, dejan atrás su otrora función socializadora y sociabilizadora. “Calle” y “casa” serán dos polos en franca oposición, convirtiéndose la última en territorio íntimo y exclusivo: dominio de la vida privada en el núcleo familiar que no cesará de subdividirse en espacios aún más privativos.

De esta forma, las “habitaciones privadas” constituyen, para los miembros de la familia burguesa, el reducto último a ser alcanzado en el proceso de segregación, al mismo tiempo en que la compartimentación funcional adquiere también habitaciones especializadas: cocina, baño, lavandería, alcoba, biblioteca, etc. Se crea incluso un nuevo sector demarcado: la “sala de visitas”, lugar que, a partir de ahora, se abre a un público previamente seleccionado. Esto no significa que, a pesar de la difusión de este moderno modelo de habitación, en las viviendas populares no suceda una superposición de funciones y se desarrolle un uso colectivo de los espacios como estrategia de supervivencia ante la exigüidad de los recursos producto del constante acortamiento del espacio domiciliario. Sin embargo, ocurrirá que el patrón de la residencia burguesa pasará a poblar los sueños de los más humildes, tal como se aprecia en las ofertas del mercado inmobiliario, las que apuntan a seducir tanto con el metraje como con el número de habitaciones de la vivienda.

La conciencia de que la segregación espacial tiene una historia compleja, obliga a que el historiador que estudia la ciudad en un periodo cualquiera no pierda de vista el modelo de segregación espacial vigente en aquel momento. En la mayoría de las ciudades medievales del Occidente europeo, no había una segregación entre “residencia” y “trabajo” y con referencia a las enormes diferencias de posición social que existían en aquél periodo, se debe considerar que ellas no siempre eran expresadas por distancias físicas. A pesar de los guetos étnicos y religiosos que en muchos casos se imponían por necesidad, un mismo barrio podía abrigar a miembros de la nobleza, a burgueses ricos, a artesanos pobres y vendedores miserables, es

decir, a una sociedad bastante diversificada que, sin embargo, encontraba otros recursos para la expresión de las distancias que no fuera la mera segregación socio-espacial.

Así, un determinado modo de vestir o un estilo de gestos, bien podía demarcar las distancias sociales. Había regulaciones para el vestuario, prohibiendo que un grupo social se entrometiera en el sistema indumentario de otro. Y las prostitutas y judíos, independiente de que fuesen o no obligados a alguna segregación espacial concreta, podían ser obligados, en algunos casos, a usar señales específicas en la ropa. Observaciones similares podrían ser hechas para otras ciudades, como las del Brasil Colonial, donde es posible ubicar, en un único espacio, tanto una polivalencia funcional como una mixtura social que forjaba una proximidad entre el esclavo, el trabajador pobre y el gran propietario. En consecuencia, es importante que el historiador domine el código de segregación de la sociedad urbana examinada. La “forma interna” tiene múltiples sutilezas que deben ser percibidas más allá de las simples manifestaciones físicas.

\*

La idea de una morfología urbana implica la comprensión de que la ciudad no es una forma estática, sino una *forma en crecimiento*. Se trata, por tanto, de investigar este constante proceso de remodelación del que difícilmente cualquier ciudad puede escapar. Desde el punto de vista del historiador, surgen las interrogantes acerca de los vínculos entre los procesos de crecimiento urbano con los aspectos sociales, demográficos, geográficos y demás factores que actúan en la definición de las tendencias de dicho crecimiento en una determinada dirección.

La preocupación por el “crecimiento urbano” está presente en la obra de diversos estudiosos: urbanistas, sociólogos, economistas o historiadores. Ya hemos señalado que, en la Escuela de Chicago, la elaboración de un modelo generalizable de



formación y crecimiento de las “áreas urbanas naturales” fue elaborado por Burgess. Éste idealizó su famoso “ideograma del desarrollo urbano” a partir de una propuesta donde el crecimiento se verifica en torno a un núcleo de puntos focales constituido predominantemente por las actividades comerciales e industriales. Este esquema tiene su fundamento en el estudio de ciudades típicamente americanas, teniendo también muy en cuenta las ideas de la *ethnic sucession* y de la *residencial invasion*.

Burgess propone zonas concéntricas y donde la alta burguesía reside en los suburbios periféricos. La progresión social evoluciona desde el centro hacia la periferia, de manera que cada grupo social lentamente empieza a abandonar espacios más cercanos al centro, conquistando sectores socialmente más valorizados.

Diversas críticas fueron hechas a la generalización de este modelo, sobre todo por los llamados “ecologistas socioculturales”, como Hoyt, quien propuso una ciudad dividida en sectores triangulares –como pedazos de una torta– observando también que, en diversos casos, sectores triangulares enteros pierden prestigio social a medida que se acercan a la periferia<sup>35</sup>. Por otro lado, se argumenta que, incluso para el caso americano, existen diferencias diacrónicas entre los procesos de formación de las ciudades anteriores y posteriores a la Primera Guerra (McDonald, J. S., 1969).

Si nos volvemos a los procesos de formación de las ciudades europeas, percibimos claramente que el modelo de crecimiento concéntrico propuesto por Burgess no se aplica en este

---

<sup>35</sup> H.Y. HOYT. *The structure and growth of residential neighbourhoods in American cities*. Washington: U.S. Government Printing Office, 1939. Hoyt señalaba que “más que un proceso de invasión, es la elección por las clases privilegiadas de nuevas residencias y de nuevos modelos de vida los que orientan el movimiento, mientras los inmigrados más recientes se infiltran en las áreas que quedan amenazadas de abandono” (RONCAYOLO, “A cidade”, p.447).

caso<sup>36</sup>. Por otra parte, refiriéndose al universo urbano de los Estados Unidos, Firey destaca el papel de los “valores simbólicos” que conectan a esta o aquella clase social con sus sitios habituales, desmintiéndose así cualquier evolución mecánica<sup>37</sup>. A partir de los años de 1950, Form hará otras tantas críticas a Burgess con respecto a la manera de comprender la distribución de los grupos sociales por la ciudad a partir de la idea de libre mercado, libre competencia, y procesos subconscientes de establecimiento de semejantes<sup>38</sup>. Para Form, las vías de la distribución social en el espacio urbano –incluyendo los mecanismos de segregación– son determinados por aquellos que detentan el poder social suficiente para la conformación del espacio urbano (propietarios de terrenos y viviendas, organizaciones económicas, compañías inmobiliarias, empresas constructoras y hasta poderes públicos).

Se debe cuestionar, finalmente, la idea de un “centro único”, la que corresponde a un modelo que no siempre se condice con la vida urbana. Harris y Ullmann, por ejemplo, destacaron la naturaleza compuesta de la ciudad, fundada sobre núcleos diferenciados. Con esto, buscaron conciliar, aceptando lo esencial, la idea de Burgess sobre la evolución concéntrica, y la propuesta de crecimiento por pedazos triangulares, promovida por Hoyt<sup>39</sup>.

---

<sup>36</sup> Un modelo para el patrón social-morfológico europeo es la ciudad de París, donde el valor social decrece a medida que nos alejamos del centro. En Inglaterra, por otro lado, la preferencia de las clases más altas es por los suburbios. Esto acerca los modelos inglés y americano.

<sup>37</sup> W. FIREY. *Land use in central Boston*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1947.

<sup>38</sup> W. FORM. “The place of social structure in the determination of Land Use”. In: *Social Forces*, XXXII, 1954.

<sup>39</sup> Ch. HARRIS & E.L. ULLMANN. “The nature of cities”. In: *Annales of American Academy of Political and Science*, CCLII. New York, 1945.

## El factor cultura

Las relaciones entre ciudad y cultura obligan a una serie de indagaciones. ¿Tendrá la ciudad una *cultura* específica?<sup>40</sup> ¿Será posible establecer una caracterología generalizable para el hombre urbano, que lo distinga del hombre del campo?<sup>41</sup> ¿Hay algo que permita asociar el modo de vida del ciudadano francés al del ciudadano brasileño? O, al contrario, y más allá de esta caracterología, ¿qué bolsones de resistencia o qué matices de diferenciación podrá encontrar el estudioso entre los distintos grupos sociales que habitan la ciudad?

La ciudad frecuentemente es considerada como el “lugar de la cultura” en el sentido de constituir el espacio de la “producción cultural”, en tanto es en los medios urbanos donde se dan cita múltiples medios de concretización y circulación culturales. Pero, dada la diferenciación que la disciplina histórica ha establecido entre “civilización” y “cultura”, ¿no sería mejor hablar de la ciudad como el lugar de la civilización?

\*

La asociación entre ciudad y civilización pertenece a los propios orígenes del desarrollo urbano. La ciudad y la *cultura escrita* nacieron juntas como componentes formadores de aquello que se ha llamado “civilización”. El mismo nivel de abstracción que se ha requerido para superponer ladrillos generando formas geométricas es el mismo exigido para la agrupación de letras a fin de formar palabras para representar sonidos e ideas. Esto es lo que permite que se analice la ciudad como “texto o escritura”. De un modo más general, debemos indicar que

---

<sup>40</sup> “Cultura” debe ser entendida como un conjunto de comportamientos y actitudes, o como el conjunto de aspectos generadores de un modo de vida específico. Estas nociones son sugeridas por Wirth en *A cidade como modo de vida*, por Simmel en sus obras sobre la caracterología del hombre urbano, y por Roncayollo en su artículo “A cidade”, op.cit., p.422.

<sup>41</sup> Park parece tener en mente esta gama de reflexiones cuando afirma que “la ciudad es el lugar natural del hombre civilizado” (PARK, BURGUESS y MCKENZIE. *La città*. Milano. 1967,p.6).

la interacción entre “ciudad” y “cultura escrita” se confunde con el precepto habitual de señalar la apertura de la fase histórica de la Humanidad a partir de la disposición de un medio de registro: la escritura, la misma que actúa como linde entre “prehistoria” e “historia”.

La necesidad de una nueva forma de organización que atendiera a las necesidades sociales de un vasto y denso aglomerado de seres humanos, habría generado, simultáneamente, las instituciones, los mecanismos urbanos de control –entre los cuales, la “escritura” es un instrumento imprescindible para el registro de las múltiples operaciones y actividades que tendrían lugar en el espacio de la ciudad–, además de la multiplicidad de funciones que respondieran a la heterogeneidad de la población urbana.

No hablaremos del desarrollo ulterior que tornó elocuente la asociación entre “ciudad” y “cultura”, como por ejemplo, a propósito de la necesidad de enseñar a diferentes individuos una serie de oficios especializados, en el adiestramiento de otros en la práctica administrativa del poder estatal, o en la transmisión a algunos de las enseñanzas y prácticas sacerdotales. Con esto, la ciudad se convertirá también en el “lugar de la enseñanza” y, más tarde, en el lugar de las academias y universidades.

Lo dicho hasta aquí con respecto a la relación cultura-ciudad debe, de todos modos, tomarse con precaución. Y esto porque es claro que si trabajamos un concepto más amplio de cultura que incluya la oralidad como medio igualmente legítimo de difusión, la ciudad apenas podrá ser encuadrada como el “lugar de la cultura escrita”, definición de todas maneras cuestionable si recordamos que algunos monasterios medievales, no obstante hallarse aislados en un rincón rural, también se presentaron como “lugares de la cultura escrita” por excelencia.

Ahora bien, la ciudad también es la sede de una cultura material específica. Señales de tránsito, quioscos, postes, puentes,

rascacielos, etc., son los artefactos de la ciudad moderna, de la misma forma que la ciudad antigua o la ciudad medieval tenían los suyos, haciéndose también sede de una cultura material singular. Las murallas y las “puertas de la ciudad” con sus escritos peculiares (“el aire de la ciudad liberta” era, por ejemplo, el lema típico de las ciudades hanseáticas), fueron algunos de los artefactos urbanos medievales y cuya repercusión fue más allá de su permanencia concreta: algunas murallas continúan dictando hoy el trazado de las calles de ciudades que avanzaron hacia la modernidad. Además, aún hoy se habla simbólicamente de entregar a alguna persona ilustre la “llave de la ciudad”.

Indudablemente, sobresalen algunos artefactos más típicos que remiten a los mecanismos de intercambio, de intermediación o de circulación. El semáforo media en el tránsito, el quiosco de revistas y periódicos, media en la información, el poste distribuye electricidad para una serie de consumidores, el rascacielos superpone en estrecho espacio físico una diversidad de funciones comerciales y de residencias. La puerta de la ciudad medieval regulaba la entrada y salida de mantenimientos y hombres y, mientras las murallas indicaban a los individuos mantenerse alejados, los escritos en sus pórticos los invitan a entrar. La naturaleza de los artefactos urbanos denuncia, por lo menos a partir de determinada época, la mudanza permanente en la vida urbana.

Hemos señalado que una de las metáforas más recurrentes para las formaciones urbanas corresponde a la imagen del “imán”. La ciudad es, efectivamente, un polo de atracción, no sólo con relación a los ya abordados aspectos de los intercambios económicos y migratorios, sino también con aquello que hace de la ciudad el *lugar de los intercambios culturales*. Creadoras de la moda, muchas ciudades suelen difundir patrones de comportamientos fomentando intercambios diversos. Se constituyen en “puntos de encuentro de civilizaciones” y, por esto, no siempre pertenecen sólo a sus habitantes, volviéndose, en mayor o menor medida, lugares poseídos por

extranjeros<sup>42</sup>. Bajo determinadas circunstancias, la ciudad se convierte en “espectáculo”, y esto no sólo como escenario para artistas diversos, sino, también para los poderes estatales y municipales que actúan tanto por medio de monumentos y obras administrativas visibles como por medio de ceremonias y actos públicos de sus gobernantes. Espectáculo, en fin, para la actuación del hombre común, al mismo tiempo actor y espectador.

\*

Abierto este abanico de posibilidades concernientes a la dimensión cultural de las formaciones urbanas, volvamos a la cuestión inicial: ¿tendrá la ciudad una cultura específica? Abordaremos esta interrogante allegando otras tres preguntas que nos permitirán orientar la discusión: 1) ¿Existirán variaciones diacrónicas que cruzan a la “cultura de la ciudad”, diferenciando una misma formación urbana en sus diferentes momentos históricos? 2) ¿Existirán variaciones sincrónicas que distinguen culturalmente una ciudad de otra de su tiempo? 3) ¿Existirán aspectos culturales vinculados a la diversidad social (socioeconómica, ética y religiosa) interna al tejido urbano?

Uno de los pioneros en la reflexión sobre la cultura urbana fue Simmel. Por primera vez, alguien se arriesgó de forma directa en una “caracterología del hombre de la metrópoli”, con todas las limitaciones que una empresa con este nivel de generalización suele causar (SIMMEL, 1902)<sup>43</sup>. Después de establecer un vínculo entre la economía monetaria y la actitud intelectual del hombre urbano –que lo lleva a una orientación pragmática en

---

<sup>42</sup> Una referencia sobre el énfasis del papel de la ciudad como “mediadora cultural” se encuentra en J.C. PERROT. *Genèse d'une ville moderne: Caen au XVIII siècle*. Paris-La Haye: Mouton, 1975.

<sup>43</sup> George SIMMEL. *Metropole e vida mental* (Die Grosstadt und das Geistesleben. In: *Jarbucher der Gehestifung*, IX, Berlin, 1902). Citado a partir de la publicación italiana “Metropoli e personalità”. In: G.F.ELIA. *Sociologia Urbana*. Milano, 1971. *Metropole e Vida Mental* pasa a ser el primer estudio sobre psicología urbana.

el trato con los hombres y las cosas-, Simmel destaca en este la “indiferencia” como el signo fundamental frente a sus semejantes, al mismo tiempo que se haya animado por la impronta de la “movilidad social”.

A partir de Simmel, una serie de estudiosos del psiquismo urbano pasan a considerar la “movilidad psíquica” como el “principal factor característico de la estructura socio psicológica urbana”<sup>44</sup>. Debido a la inmensa multiplicidad y variedad de relaciones sociales a que está sujeto el hombre metropolitano, se produciría en él un “alto grado de excitabilidad” que generaría, por un lado, la “indiferencia” (antes vista por Simmel) y, por otro, el fenómeno del “hombre heterodirigido”, modelado por necesidades generales canalizadas por los medios de comunicación de masas. Respecto a la “movilidad psíquica” del hombre de la ciudad, Sorokin es el autor de la conocida metáfora que compara la estructura social rural con el agua detenida en un recipiente frío, y a la estructura social urbana, con el movimiento del agua en ebullición.

Esta metáfora nos introduce a un nuevo parámetro de análisis. Normalmente, es necesario pensar al hombre urbano en contraste con el hombre rural. Wirth ya había hecho notar, en su famoso artículo “El urbanismo como modo de vida” (1938), la pertinencia de este tratamiento comparativo:

La ciudad y el campo pueden ser considerados como dos polos de referencia y en los que todos los agregados humanos tienden a ordenarse. Considerando la sociedad urbano-industrial y la rural-campesina como tipos ideales de comunidades, podemos crear un punto de vista para el análisis de los modelos fundamentales de asociaciones humanas, tal como aparecen en las sociedades contemporáneas<sup>45</sup>.

---

<sup>44</sup> P. SOROKIN & C. ZIMMERMAN. *Rural-urban sociology*. New York, 1929.

<sup>45</sup> Louis WIRTH. “O urbanismo como modo de vida”. In: *American Journal of Sociology*, vol.44, 1938, p.1-24.

Es también, a partir de esta dicotomía, aunque tratada enteramente dentro del campo de la psicología, que Helpach construye su caracterología del hombre metropolitano, trazando un paralelo entre las “formas de la urbanidad” y las “formas de la cultura rural”:

El hombre de la ciudad, a diferencia del habitante de la pequeña ciudad o aldea, vive a un ritmo acelerado en todos los sectores de la vida, debe utilizar todos los instantes, controlar todos los minutos, comprender, decidir, cambiar las decisiones con extremada rapidez. Sin eso, no llegaría al final de su día<sup>46</sup>.

Incluso Marx y Engels ya habían analizado la producción de estas dos realidades en dicotomía (ciudad y campo) como un proceso alienante que derivaría de la división social del trabajo. De esta forma, “la oposición entre ciudad y campo es la más clara expresión de la sumisión del individuo a la división del trabajo, bajo el tipo de actividad que le imponen: sumisión que lleva a unos al estado de animales urbanos y, a otros, al de animales rurales, renovándose cotidianamente las controversias entre sus intereses”<sup>47</sup>. El propio Engels es autor de un cuadro alarmante de la psicología del ciudadano moderno que se anticipó a Simmel en la identificación de la “indiferencia” como uno de los rasgos esenciales de la psicología del metropolitano moderno:

Se atropellan apresuradamente como si no tuvieran nada en común, nada que hacer unos con los otros, y entre ellos existe apenas el acuerdo tácito por el cual cada uno va en la parte adecuada de la acera para que las corrientes de la multitud, que se precipitan en direcciones opuestas, no los interrumpen, el camino; y, aún así, ninguno se digna a mirar a los otros. La brutal indiferencia, el insensible aislamiento de cada uno en su interés personal resalta la manera tanto más repug-

---

<sup>46</sup> W. HELLPACH. *L'uomo della metropoli*. Milano, 1966.

<sup>47</sup> K. MARX & F. ENGELS. *A ideologia alemã*. Op.cit., p.78.



nante y ofensiva cuanto mayor es el número de estos individuos singulares que están concentrados en un espacio estrecho; y aunque sepamos que este aislamiento del individuo, este estricto egoísmo es, en todas partes, resultado del principio fundamental de la sociedad de hoy, en ningún lugar él se revela de forma tan abierta y tan consciente como aquí, en la multitud de la gran ciudad<sup>48</sup>.

Este cuadro tan realista se muestra, cada vez más, en las actuales ciudades modernas, sobre todo en las metrópolis más populosas. Sería la hora de preguntarse: ¿un cuadro como este, valdrá para todos los tipos de formaciones urbanas y para todos los períodos históricos? ¿Otros periodos históricos habrán revelado modelos distintos de cultura urbana? ¿La ciudad antigua, la ciudad medieval o la ciudad de inicios de la Modernidad, habrán presentado una caracterología propia de sus ciudadanos? La importancia de estas preguntas se vincula con el cuestionamiento que pueden expresar sus respuestas: estas podrían llevar a preguntarnos si las ciudades modernas tendrán que ser siempre así o si, algún día, se podrá superar el patrón de comportamiento urbano vigente que no siempre ha sido evaluado de modo muy optimista.

Algunos historiadores se han empeñado en definir una caracterología del habitante urbano para otros periodos históricos, así como Simmel o Wirth lo hicieron con respecto al ciudadano moderno. Por ahora citaremos el artículo de Jacques Rossiaud, titulado “El ciudadano y la vida en la ciudad”<sup>49</sup>, en el que destaca tres características esenciales del urbano medieval. En primer lugar, la *convivencia obligatoria* impuesta a todos los pobladores y que genera normas de convivencia desconocidas en la aldea.

---

<sup>48</sup> F. ENGELS. *A situação da classe operária na Inglaterra*, 1845, p.53 (citada a partir de la edición italiana, 1955). HELPACH, por otro lado, también a las modernas metrópolis como “tan cercanos exteriormente y tan alejados interiormente” (*op.cit.*, p. 126-137).

<sup>49</sup> Jacques ROSSIAUD. “O cidadão e a vida na cidade”. In: Jacques LE GOFF (org.). *O homem medieval*. Lisboa: Presença, 1989, p. 99-122 (L'Uomo medievale. Roma-Bari: Laterza & Fligi Spa, 1987).

En segundo lugar, el *uso diario del dinero* y, tercero, la *apertura obligatoria al mundo*, al menos para una parte de los residentes.

Se puede notar que, a pesar de la afirmación de Rossiaud de que “cada período de la historia tiene su tipo de ciudadano”, el conjunto de estas características no contrasta radicalmente con la “convivencia obligatoria” señalada por Simmel y Engels con respecto a la ciudad moderna, aunque, en este último caso, se trate de una convivencia obligatoria que sufre la insoportable paradoja de la creciente indiferencia. De la misma forma, el “uso diario del dinero” que se prefigura en el ciudadano medieval de Rossiaud, y que habría sido una novedad para el hombre feudal, fue un hecho asimilado al infinito por las ciudades modernas. Y la “apertura obligatoria para el mundo”, siendo una realidad para un sector de los habitantes urbanos medievales es, en cambio, una dimensión inseparable de la vida de *todos* los habitantes contemporáneos en virtud, entre otras cosas, de los estímulos de los poderosos medios de comunicación de masas, como se observa en el “hombre heterodirigido” de Sorokin y Zimmerman.

Con relación al ciudadano del período inicial de la Edad Media o de la Antigüedad, se pueden buscar también contrastes referentes al habitante de las ciudades contemporáneas. Por ahora, quedémonos con la observación de que el “individualismo” del urbano moderno –tan alarmante para algunos de los estudiosos de la ciudad contemporánea– no fue ajeno, al menos parcialmente, a las ciudades premodernas. Hemos visto que Juan de Salisbury, parisiense de la Edad Media, clamaba en su *Policraticus* por ciudadanos que ocuparan su función orgánica en el cuerpo ciudadano. Podemos citar también a Xenofonte, para la Atenas de la Antigüedad, y su opinión de que la experiencia de la vida de ciudadano consistía en “participar juntos de las ceremonias [...] del culto, bailar en los mismos coros, frecuentar las mismas escuelas, servir en las mismas filas<sup>50</sup>. O,

<sup>50</sup> XENOFONTE. *Helênicos*, II, 4, 20 (apud N. LORAU. Rio de Janeiro: Ed.: 34, 1994, p.341).

para utilizar una buena expresión de Nicole Loraux, practicar “el hábito de la comunidad”<sup>51</sup>.

No nos interrogaremos sobre la caracterología del hombre de *sociedades diferenciadas* de la civilización occidental. ¿Qué podría ser dicho, por ejemplo, acerca de la caracterología general del habitante de una metrópoli de la India moderna, o de una ciudad en su interior? De la misma forma, ¿cuán diferentes se muestran las ciudades occidentales de la Edad Media con respecto a las ciudades islámicas del mismo periodo? Estas últimas, privadas de instituciones propiamente municipales, de autonomía para las decisiones políticas y hasta de las organizaciones corporativas que en Occidente consolidarían la soberanía urbana. Todo esto repercute, de una manera u otra, en la disposición aparentemente desordenada de sus callejuelas y en la escasez de plazas y espacios abiertos, tendiéndose a valorizar la importancia de la célula familiar, lo que no excluye, por otro lado, una organización social efectiva debido a la presencia de la mezquita o del bazar, donde los *suk* y las residencias se ordenan como espacios internos conectados por pasajes (PLANHOL, 1968)<sup>52</sup>.

Nos resta abocarnos a otra de las interrogantes por las que definimos una investigación sobre la “cultura de la ciudad”. Bajo la aparente generalidad de la cultura citadina: ¿qué constelación de *subculturas* debe ser considerada? Grupos étnicos, grupos etarios, grupos religiosos, partidos políticos, asociaciones profesionales, agrupaciones de inmigrantes, etc., cada uno de estos focos de actuación colectiva son, ciertamente, co-productores de patrones de comportamiento. Por consiguiente, si definimos por cultura a un conjunto de comportamientos y actitudes generadores de un modo de vida específico, ellos también son productores de cultura y de subculturas urbanas. A estos grupos y sus culturas, podrían añadirse diversificados

---

<sup>51</sup> N. LORAUX. *A invenção de Atenas*, op.cit., p. 341.

<sup>52</sup> X. de PLANHOL. *Les fondements géographiques de l'histoire de l'Islam*. Paris: Flammarion, 1968, p.49.

modelos familiares, sin contar distintos niveles de asociatividad por los que expresan, de manera más o menos clara, su diversidad muchas veces encuadrada en espacios segregados por el reparto inmobiliario.

Es en vista de esta diversidad, oculta bajo el tejido cultural más aparente, que diversos autores criticaron los propósitos generalizadores de Simmel y Wirth, recordando que Wirth, al definir la ciudad a partir de tres variables independientes (extensión, densidad, heterogeneidad), estableció que, a partir de la junción de estos tres factores, se producía una nueva variable: la de la personalidad del hombre metropolitano. Tal vez si tratando de contrabalancear esta criticada generalización, es que el propio Wirth se propuso, en otra obra, estudiar *El Ghetto*<sup>53</sup>.

Sus investigaciones lo llevan a tomar conciencia de que diversos subsectores de la ciudad de Chicago eran habitados por grupos relativamente homogéneos. Estos compartían un *background* cultural común y una vida social intensa dentro de su sector cultural, al mismo tiempo que los contactos con el resto de la ciudad eran relativamente limitados y formales.

Los límites del estudio sobre el *Ghetto* provienen de su opción de concentrarse en enclaves de inmigrantes extranjeros recientes. De esta forma, verificó que, frecuentemente, los hijos de inmigrantes adoptaban lo más rápido posible el idioma y el comportamiento americanos, abandonando tarde o temprano el ámbito familiar. Hasta fines de la década del 20, debido a nuevas especificidades en las leyes de inmigración americanas –que producen efectos restrictivos en un período posterior–, los que se evadían del *ghetto* eran sustituidos por nuevos inmigrantes del mismo país de origen. Así, estos *ghettos*, siendo muy específicos, acababan desempeñando la función de familiarizar a los inmigrantes con los modos de vida y hábitos americanos. De ahí que Wirth los considerara una especie de

---

<sup>53</sup> Louis WIRTH. *The ghetto*. Chicago: Chicago University Press, 1928.

centros de capacitación para que los recién llegados tuviesen contacto con la cultura urbana predominante.

Escaparon al análisis de Wirth otros *ghettos* mucho más estables y formadores de una subcultura específica, como ciertos enclaves de blancos americanos de clase obrera<sup>54</sup>. De esta forma, una teoría más elaborada acerca del modo de vida urbano requiere el reconocimiento de los grupos primarios que son, efectivamente, parte integrante de la vida urbana y no meros remanentes culturales en desintegración o subculturas en transición. Esta percepción más variada se hace imprescindible para los historiadores que examinen ciudades especialmente marcadas por enclaves culturales de diverso tipo y donde las ciudades medievales nos ofrecen muchos ejemplos. Constantinopla Bizantina, con sus barrios para comerciantes genoveses y venecianos, es uno de ellos.

El desarrollo de las disciplinas de la semiótica en la segunda mitad del siglo XX –que ha abordado *los distintos comportamientos culturales como sistemas de comunicación*– permite un último enfoque. Ya Umberto Eco reconocía que “los sistemas de medición del espacio y del tiempo influyen en el modo como percibimos la realidad, así como, para la semiología, el propio modo como se organiza una lengua determina cómo reconocemos y clasificamos las cosas”<sup>55</sup>. Es en el límite de esta percepción donde Jacques Le Goff desarrolla su notable texto *El tiempo de la iglesia y el tiempo de los comerciantes*, para anticipar un ejemplo de investigación sobre cultura urbana que será discutido en la parte referente a la cultura medieval. Incluso Bakhtin, en su estudio sobre la *Cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*, al reconocer como un código de comunicación específico el Realismo Grotesco que se desarrollaba en paralelo a una “cultura oficial”, no está lejos de esta perspectiva que asocia comportamiento cultural y sistema de comunicación.

---

<sup>54</sup> R.N. MORRIS. *Sociología urbana*. Rio de Janeiro: Zahar, 1972, p.30.

<sup>55</sup> Umberto ECO. *La estructura assente*. Milano, 1968.

De la misma forma, se observa que los sistemas de comunicación ofrecen elementos válidos para el conocimiento de la estructura social urbana. Esta es la tesis de Meier en *A communication theory of urban growth* (1962)<sup>56</sup>. A través de la observación del comportamiento del hombre metropolitano desde el punto de vista de la cantidad y calidad de la información en los planos económico, ecológico, psicológico y social, el autor verifica que el elemento común al universo examinado –aunque en la diversidad de perspectiva de las disciplinas particulares– es la comunicación humana. De esta manera, los procesos de comunicación e intercambios, ya sea a nivel económico de las relaciones de mercado, ya sea en los niveles de transmisión de modelos de comportamiento, se revelan como indicadores válidos para la formulación de una teoría sobre el desarrollo humano. En esta perspectiva, la ciudad es vista como sistema de intercambios interactivos y necesarios al hombre para mantenerse en comunicación con los otros. La ciudad emerge, en su característica más evidente, como “lugar de intercambios”, ya sea en el plano mercadológico, ya sea en el plano cultural.

## El factor imaginario

Dos aspectos son discernibles en este punto. Por un lado, la ciudad es representación, y por otro, la ciudad genera representaciones de sí misma.

*La ciudad es “representación”* ya en el propio plano o mapa urbano que la configura, sea en sus comienzos, sea en sus estadios de mayor desarrollo. Cuando el plano original de la ciudad es concebido por un hombre o un grupo de hombres específicos, es evidente que ellos lo hacen a partir de su propia visión de mundo y del universo cultural en que se encuentran sumergidos. De la misma manera, cuando se produce un “plano espontáneo” –por contradictoria que sea esta expresión–, cada nuevo habitante contribuye de manera microscópica al trazado que, en su totalidad de detalles, revelará también una concep-

---

<sup>56</sup> MEIER. *A communication theory of urban growth*. Cambridge, 1962.

ción general del mundo. El ladrillo que se agrega o la carretera que se esfuerza por aparecer de entre un grupo de árboles, nada de eso es rigurosamente gratuito. La ciudad, como ya hemos señalado, es obra colectiva.

Con respecto a la representación que prefigura la construcción de la ciudad o su modelación, los ejemplos más típicos los encontramos en el período clásico de la historia del arte y del urbanismo. Simultáneamente, podemos recordar los modelos urbanos idealizados por los arquitectos renacentistas en el siglo XV, y las idealizaciones iluministas de la ciudad, en el siglo XVIII. Es, precisamente, el deseo de influir en el espacio ciudadano de modo de atender a las exigencias económicas, políticas o sociales, lo que estimula la planificación renacentista y, no por casualidad en este mismo contexto, comienzan a aparecer los primeros esbozos de una teoría sobre la ciudad que pasa a concebirla como expresión de la sociedad<sup>57</sup>. A este respecto, sólo mencionemos las paradigmáticas ciudades utópicas imaginadas por Tomas Moro y Campanella en sus obras *Utopia*, publicada en 1516, y *Ciudad del sol*, de 1602, casi en el periodo barroco<sup>58</sup>.

\*

Pero, más allá de su representación a través de la imaginación de urbanistas e intelectuales de diversos matices, la ciudad debe ser examinada en la perspectiva de la imaginación y construcción del ciudadano común. ¿Cómo se representa el habitante urbano la ciudad, sea la ciudad en general, sea su ciudad en particular? No hablaremos de la representación de la ciudad en las obras de arte y en las ilustraciones en general, lo que ha sido estudiado por varios autores. Hablaremos más bien de la ciudad en la imaginación cotidiana del hombre co-

---

<sup>57</sup> Ver el artículo de Giulio Carlo ARGAN, intitulado *Cidade ideal e cidade real* (*História da arte como história da cidade*, p.74).

<sup>58</sup> Thomas MORUS. *Utopia*. In: *Os pensadores*. São Paulo: Abril, 1980; CAMPANELLA, Tomaso. *Cidade do Sol*. In: *Os pensadores*. São Paulo: Abril, 1980.

mún. Este es el objeto de estudio de Kevin Lynch, en *La imagen de la ciudad* (1960)<sup>59</sup>.

Contribuciones fundamentales para una teoría de la imaginación ciudadana son presentadas en el primer capítulo, donde se destaca la elaboración de nociones como “imaginabilidad”<sup>60</sup> y “legibilidad”: La “imaginabilidad” es la cualidad que confiere a cada objeto una elevada probabilidad de evocar en cada momento una imagen vigorosa”. La “legibilidad”, por su parte, depende de la capacidad perceptiva de cada ciudadano y sólo sería plena para un tipo idealizado de habitante ciudadano que se presenta como el portador de los valores culturales más avanzados, el único capaz de interpretar plenamente la nueva realidad surgida. La obra de Lynch está fundada en el ejemplo de tres modernas ciudades americanas; sin embargo, la elaboración del enfoque de la “imaginación sobre la ciudad”, discutido teóricamente en el capítulo inicial y en otras partes del libro, debe ser vista como una importante contribución para el estudio de las ciudades en general.

Por otro lado, Lynch también ofrece un modelo metodológico para la investigación de la imaginación de las formas urbanas. Cuando examinó el conjunto de las imágenes que los ciudadanos elaboraban de las ciudades donde vivían, concluyó que, por lo menos, cinco elementos siempre aparecían en las representaciones mentales analizadas. No sólo elementos referentes al espacio físico, sino, también, a las prácticas sociales y comportamientos integrados a este espacio. Vale la pena detallar cada uno de estos tipos de elementos, pues ellos constituyen un excelente elemento para la reconstitución de la forma imaginada.

Los “caminos” (*path*) corresponderían a los varios trayectos que el observador asocia a la imagen de los lugares. Pueden ser relacionados a cualquier tipo de canales de circulación,

---

<sup>59</sup> K. LYNCH. *A imagem da cidade*. São Paulo: Martins Fontes, 1994, p.1-15.

<sup>60</sup> “Figurabilidade” en la traducción portuguesa.



como calles, pasajes y también a vías más cortas que rompen con el sistema vial convencional. Por medio de estos trayectos, la imaginación citadina percibiría las informaciones morfológicas posibles de integración en un proceso de memorización. Los caminos representados mentalmente seleccionan secuencias de aspectos morfológicos y de marcos que nutren la percepción de los trayectos ciudadanos; además, son percibidos en términos de puntos de origen y destino y también de texturas de superficie (el asfalto de las avenidas o los trechos de tierra excavada en el declive de un pequeño cerro que es utilizado para acortar camino).

Los “barrios” (*districts*) corresponderían a porciones o partes de la ciudad, de tamaños variados, que, en la estructura de la imagen citadina, son percibidos (por su imaginador) como zonas temáticas o como conjuntos morfológicos dotados de suficiente claridad y coherencia. De este modo, los barrios son diferenciados unos de otros en la imaginación de los habitantes, apareciendo como individualidades en esta división mental, pues corresponden a una coherencia temática que abarca tanto aspectos morfológicos como actividades y significados específicos. Las relaciones de un barrio con otro o con la totalidad del contexto urbano pueden ser diversificadas, partiendo de los barrios introvertidos que se vuelven hacia adentro y que presentan referencias diluidas con relación a la totalidad urbana, hasta aquellos extremadamente conectados con los elementos circundantes. De la misma manera, desde el punto de vista físico, un barrio puede presentarse como independiente o formando parte de un mosaico por yuxtaposición con otros barrios.

Los “límites” o “bordes” se refieren a rupturas o a fronteras de los barrios: límites con su entorno y sus referencias laterales entre territorios, que son mediados por barreras o costuras. En este sentido, pueden corresponder tanto a barreras o costuras naturales –cerros, ríos, playas– como a aspectos construidos (calles, pasajes, muros). Los límites contribuyen a estratificar o a segregar zonas urbanas, estableciendo, a veces, dificultades para la transposición desde un punto a otro.

Los “puntos focales” están relacionados con el movimiento y la circulación, donde a ellos se va o de ellos se llega, funcionando como confluencias temáticas que pueden referirse tanto a aspectos físicos como funcionales. Los puntos focales se alteran de acuerdo con la escala de observación o de análisis. Un barrio, por ejemplo, puede ser punto focal de una ciudad (el centro de negocios de una metrópoli, un centro turístico). Una avenida o una gran plaza puede ser el punto focal de un barrio. En virtud de su papel en la circulación urbana, los puntos focales habitualmente corresponden a intersecciones de caminos.

Los “marcos visuales” (*landmarks*) constituirían puntos de referencia externos al observador. Si los “puntos focales” se presentan como lugares que permiten o hasta exigen la penetración del observador, estos “marcos” son elementos impenetrables para la trayectoria imaginativa, funcionando como marcadores de esta trayectoria. Los marcos visuales serían “llaves de identidad” para la construcción mental de la forma urbana, permitiendo precisamente la lectura y la orientación de la estructura espacial. Para dar un ejemplo, las torres gemelas de la ciudad de Nueva Cork constituían un poderoso marco visual antes del atentado de septiembre de 2001. Con su destrucción, la imaginación urbana de la población se vio seriamente sometida a la impresión de una pérdida de identidad.

La característica del marco visual es su singularidad y su contraste con relación a lo que lo rodea. Es el caso, por ejemplo, del *Pan de Azúcar* o del *Corcovado* en la ciudad de Río de Janeiro. También puede suceder que un marco visual esté inserto al interior de una serie de otros. En un caso, el marco visual opera como una referencia que simboliza una dirección constante. En el otro, los marcos visuales son marcadores graduales del camino imaginativo. Merece la pena observar que un marco visual puede estar asociado a un punto focal, connotando visiblemente un lugar de intersección entre dos o más caminos, como ocurre con los grandes monumentos dispuestos en las plazas públicas. Éste es sólo un ejemplo de cómo los elementos propuestos por Lynch deben ser examinados como partes

integrantes de un sistema, observando sus recíprocas relaciones.

Como último aspecto relativo a la imaginación urbana, vale resaltar que ésta debe ser posible de *historiciación*, de percepción de sus transformaciones a través del tiempo. Esta última preocupación se vincula al trabajo de Paolo Sica en *L'immagine della città da Sparta a Las Vegas* (1970)<sup>61</sup>. Al estudiar la imagen de la ciudad a través de ejemplos históricos específicos, el autor busca ubicar esta imagen en la relación entre realidad, pensamiento teórico e imaginación popular, y también en la oscilación entre ciudad real y ciudad soñada.

\*

La noción de “legibilidad”, desarrollada por especialistas que enfocaron la imagen de la ciudad, viene al encuentro con otros abordajes igualmente significativos. Hemos destacado, en virtud del rastreo de modelos habitualmente utilizados para la visualización y comprensión del fenómeno urbano (capítulo 2), que la ciudad también es “texto”. Vale decir, la ciudad puede ser leída y descifrada al igual que un escrito. Registro de las actitudes de una sociedad ante los hechos más elementales de su existencia, la *lectura del texto urbano* puede permitir un acceso hasta los dominios más abstractos de la filosofía.

Sólo para citar un ejemplo, es Panofsky (1957) quien detecta una analogía formal entre la *summa* de la escolástica medieval y las catedrales del mismo período: ambos, conjuntos inteligibles compuestos según métodos idénticos y caracterizados por la rigurosa separación de las partes; por la explícita claridad de las jerarquías formales y por la conciliación armónica de los contrarios<sup>62</sup>. Es el mismo estilo de imaginación que está detrás del “texto escolástico” y del “texto gótico”; él se expresa

---

<sup>61</sup> P. SICA. *L'immagine della città da Sparta a Las Vega*. Bari: Laterza, 1970.

<sup>62</sup> Erwin PANOFSKY. *Gothic Architecture and Scholasticism*. New York: Meridian Books, 1957.

a través de estos sofisticados artefactos urbanos que son las catedrales de los siglos medievales.

El propio Edwin Panofsky fue el fundador del famoso “método iconológico”, destinado a captar los variados niveles de una representación iconográfica<sup>63</sup>. El último de los niveles previstos por el autor, el “estrato iconológico” es, precisamente, “el contenido final y esencial que está a la base de todas las manifestaciones del arte: “...la auto-revelación involuntaria e inconsciente de un posicionamiento fundamental en el mundo”<sup>64</sup>. Considerando el concepto de ciudad como “obra de arte colectiva”, y las investigaciones de Panofsky sobre las relaciones entre la arquitectura gótica y la visión de mundo que les correspondía, un tratamiento similar al del “método iconológico” se puede aplicar a la comprensión de las motivaciones primordiales que producen la representación de la ciudad en su concreción arquitectónica. Siendo así, de todos modos es necesario comprender que la planificación y la materialización arquitectónicas corresponden a registros de lenguaje distintos de la iconografía. Sin embargo, el “método iconológico” puede ser aplicado con eficacia al análisis de las representaciones iconográficas de las ciudades.

En cuanto a las ciudades imaginarias, constituyen estas el último despliegue del factor “imaginario” en la constitución de la totalidad urbana. Su más explícito producto corresponde a la construcción mental y discursiva de “ciudades utópicas”, práctica que aparece desde la Antigüedad en obras como *La República*, de Platón, y que cruza la Edad Media y el Renacimiento, con idealizaciones de autores como Johann Andreae (*Cristianópolis*), Thomas Morus (*Amaurote*) y Campanella (*Ciudad del sol*) para, finalmente, alcanzar en la Modernidad, las idealizaciones de los urbanistas contemporáneos.

<sup>63</sup> E. PANOFSKY. *Studies in iconology*. New York: Oxford University Press, 1939; *Meaning in the visual arts*. Garden City: Doubleday, 1955 (*Significado das artes visuais*. São Paulo: Perspectiva, 1976).

<sup>64</sup> Omar CALABRESE. *A linguagem da arte*. Rio de Janeiro: Globo, 1987, p.40.

## El factor función

Si la ciudad puede ser considerada como un sistema en sí mismo, debe también ser examinada a partir de su inserción en sistemas más amplios, que van desde la “nación”, hasta la totalidad de una “red urbana” formada por ciudades interrelacionadas. Puede aún ser evaluada como pieza fundamental del propio “sistema de civilización” en que ella se ubica. Así, es común la preocupación de los historiadores por situar a la ciudad medieval con relación al sistema feudal que la abarca o contra el cual, según algunos, compite, analizando su rol en aquel contexto. También abundan las evaluaciones de la ciudad moderna dentro del sistema capitalista, de suerte que “ciudad” y “sistema comercial” son referencias mutuas y obligatorias. Se puede considerar el papel de la ciudad en el desarrollo del universo más amplio que coincide con la propia humanidad.

No importa el sistema más amplio que se considere, el tratamiento de la ciudad como parte de algo mayor, conduce casi inevitablemente a la noción de *función*<sup>65</sup>. De hecho, un elemento cualquiera integrante de un sistema, debe desempeñar una función cualquiera dentro de este sistema, bajo la penalidad de no pertenecer efectivamente a él. Para el caso de la ciudad, se puede aún considerar que ella pertenece, simultáneamente, a varios sistemas diferenciados, como los que hemos mencionado.

En uno u otro caso, se ha percibido a la ciudad como multifuncional. A veces, puede predominar una u otra función con relación al sistema que consideramos, cosa que no dejó de motivar propuestas de clasificación de las ciudades en consonancia con las funciones predominantes. Hay autores que establecieron “funciones elementales”, en el afán de construir una tipología de las ciudades. Otros construyen, dentro de las posibilidades funcionales de la ciudad, una jerarquía de funciones primarias que se sobreponen a las funciones secundarias. Por otro lado,

---

<sup>65</sup> La palabra “función” es originaria del campo de la fisiología, y, en este caso, considera la ciudad como organismo o parte de organismo.

autores como el economista Derycke (1970) critican los estudios que simplemente describen las funciones porque parecen constituir “más bien un catálogo que una explicación”<sup>66</sup>.

De los estudios sobre la ciudad, habitualmente surgen funciones elementales bastante típicas, siendo su prioridad un asunto que toca principalmente a los intereses de cada autor en función de sus propósitos teóricos o del período histórico específico que aborde. De hecho, parece comprobable que, en determinados sistemas histórico-sociales, algunas funciones ocupen un primer plano con relación a otras que habían sido más evidentes en períodos anteriores. Funciones “cultural”, “religiosa”, “ambiental”, “residencial”, “turística”, “política”, “militar”, “institucional”, “económica”, “industrial” o “comercial”, son algunas de las más citadas en los estudios urbanísticos del siglo XX. Muchas de ellas corresponden, como se puede ver, a factores fundamentales o imprescindibles para la posible comprensión de la totalidad del fenómeno urbano.

Un ejemplo de tipología funcional nos es ofrecido por la obra ecológico-funcionalista de Jiril Musil, que divide a las modernas ciudades checas en categorías generales: centros políticos, centros culturales, centros militares, centros recreativos, centros residenciales y centros económicos, que se reparten en varias subcategorías (ciudades de producción primaria, centros mineros, ciudades industriales, ciudades comerciales, ciudades de transportes, etc.).

En cuanto a las posiciones relativas al predominio de algunas funciones en detrimento de otras conforme a los períodos históricos, estas son múltiples. Enfrentado a la tendencia más habitual de privilegiar la función económica de la ciudad –con sus aspectos de “comercio”, “industria” o “consumo”– Sjoberg establece, como un trazo característico de las ciudades preindustriales, el predominio de la política y de la religión sobre los demás factores. Minimiza, de esta forma, el papel del comercio

---

<sup>66</sup> P. -H. DERYCKE. *L'Economie urbaine*. Paris: PUF, 1970.

y de los comerciantes en el desarrollo de estas ciudades. En otras palabras, el autor argumenta que el cuadro de referencia político precede a la expansión comercial, tornándose el poder político –mucho más que el comercial– en la base de la expansión de los centros urbanos en el periodo pre-industrial (1960)<sup>68</sup>. De la misma forma, Thomas Frederic Tout (1934)<sup>69</sup>, señalaba que las funciones políticas y defensivas (militares) son las que están efectivamente en el origen del urbanismo medieval, y que sólo posteriormente el comercio conquistó una función destacada. En esta misma línea de argumentación, Lewis Mumford (1961)<sup>70</sup>, marca una oposición terminante con las tesis de Pirenne (1925) sobre de los orígenes comerciales de las ciudades en la Edad Media. Por otro lado, sería importante mediar en esta cuestión teniendo presente que, en términos de urbanismo, los “elementos de formación” no corresponden siempre a los “elementos de desarrollo” (JULIAN, 1919)<sup>71</sup>.

\*

Hay autores que prefieren tratar los aspectos funcionales citados como parte de una función más grande de la ciudad con relación a la región circundante. El mayor papel de la ciudad sería, precisamente, el de organizar y dar dinámica al territorio. En otras palabras, la ciudad ejerce algo así como una *función regional* que engloba a todas las otras funciones como sus aspectos derivados. Así, como lo señalaron Garnier y Chabot en su *Trattato di geografia urbana* (1970) “...no se puede concebir una ciudad desprovista de cierta extensión de tierras que la hagan vivir y que, a cambio, ella abastece y anima; esto se muestra tan esencial que algunos autores incluyen este papel en la noción de ciudad. Esta influencia de la ciudad la ejerce

---

<sup>68</sup> G. SJOBERG. *The preindustrial city: past and present*. Glencoe Ill: Free Press, 1960. p. 67-77.

<sup>69</sup> T. F. TOUT. *The collected papers of Thomas F. Tout: with a memory and bibliography*. Manchester, 1934.

<sup>70</sup> Lewis MUMFORD. *A cidade na história. op.cit.*, 1991.

<sup>71</sup> Camile JULIAN. “A propos de géographie urbaine”. En: *Revue des Études Anciennes*, XXI, 1919. Paris.

a través de ciertas actividades orientadas hacia el exterior que constituyen, precisamente, su función”<sup>72</sup>.

La idea de que la función principal de la ciudad es la de ser “centro de distribución de bienes y servicios” al *hinterland* metropolitano, está a la base del abordaje del geógrafo alemán Christaller. En una primera obra, que tomó por campo de investigación las ciudades de la Alemania Meridional (1933)<sup>73</sup>, él lanzó los fundamentos de una “teoría de las localidades centrales”, estableciendo una serie jerárquica de espacios centrales desde donde los centros mayores y más populosos controlan a los centros menores los que, a su vez, desempeñan funciones semejantes de distribución de bienes y servicios para localidades urbanas más pequeñas. Utiliza, para esta finalidad, la noción de “región complementaria”, entendida como el área respecto de la cual se define la centralidad de una localidad mayor que la organiza.

La función urbana también puede ser discutida a partir de las funciones principales desempeñadas por su población. La heterogeneidad urbana presupone *a priori* una división de funciones impuestas a su población, pudiéndose hablar, en consecuencia, de una o más “funciones dominantes”, que inciden sobre las demás (funciones) y delinea el perfil de la ciudad en términos externos. De esta forma, la moderna ciudad americana de Detroit es, fundamentalmente, una productora de automóviles y, las ciudades del Flandes Medieval, desempeñaban su papel en la producción y distribución de tejidos. La Antigua Roma había sido la capital política del Imperio, volviéndose después sede institucional del catolicismo medieval. La Meca, siendo en sus inicios una gran mezcla de rutas comerciales árabes, con la llegada del islamismo, su papel primordial es el de centro de peregrinaciones.

Geógrafos y sociólogos contemporáneos se empeñaron en establecer una especie de “fórmula funcional” –a base en la

<sup>72</sup> GARNIER & CHABOT. *Trattato di geografia urbana*. Pádua, 1970, p.139.

<sup>73</sup> W. CHRISTALLER. *Die Zentralen Orte in Süddeutschland*, 1933.



composición profesional de una urbe- de modo que permitiera identificar la actividad predominante que caracterizaría a la ciudad. G. Harris en su *Functional classification of cities in the United States* (1943)<sup>74</sup> propone ocho categorías de clasificación (ciudades mineras, ciudades industriales, ciudades de comercio, ciudades centros de redistribución, ciudades universitarias, ciudades de recreación y reposo, ciudades de actividades diversificadas). Alexanderson (1956) perfeccionó este análisis, tomando en cuenta a la población activa y las dimensiones de la ciudad examinada<sup>75</sup>.

Establecer una “función predominante” no significa, obviamente, no considerar que la ciudad –un sistema en sí misma– necesariamente reparte funciones diversas en su interior. De esta forma, de acuerdo a la organización interna del universo urbano, “...las funciones activas diferencian a los barrios de otros aglomerados de acuerdo al predominio de las funciones administrativas, comerciales, bancarias, industriales, etc.”<sup>76</sup>, aspecto ya referido cuando vimos la segregación urbana.

---

<sup>74</sup> Ch. HARRIS. “A Functional classification of cities in the United States”. En: *Geographical Review*, XXXIII. New York, 1943.

<sup>75</sup> G. ALEXANDERSON. *The industrial structure of American Cities*. Lincoln: University of Nebraska Press, 1956.

<sup>76</sup> Pierre GEORGE. *Geografia della città*. Napoli: 1963, p.126.

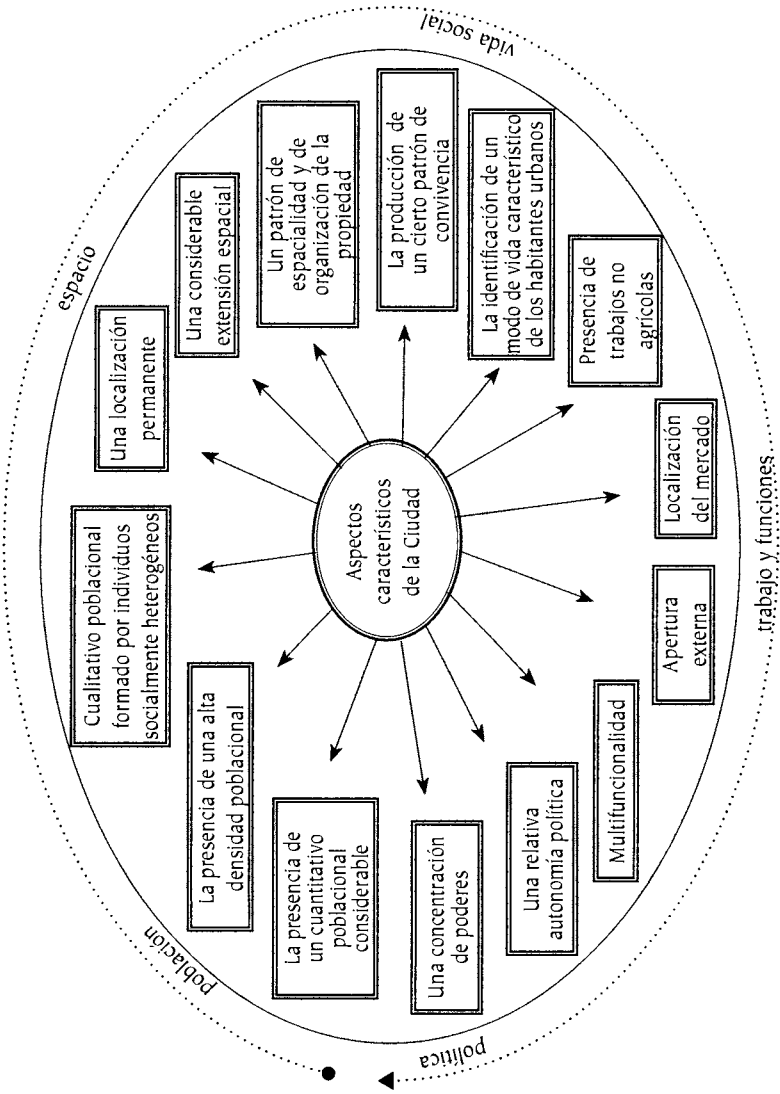
# Conclusión

En líneas generales, hemos visto que la sociología, la historiografía y el urbanismo contemporáneos han considerado una enorme gama de aspectos relacionados con la ciudad y la vida urbana. Algunos autores se empeñaron, en el decurso de dos siglos de estudios urbanos, por llevar a cabo estudios específicos, concentrados en uno u otro aspecto. Otros, anclados en un punto de vista complementario y más amplio, se esforzaron por tratar las formas urbanas en su carácter multifactorial y multifuncional, concibiendo a la ciudad como una totalidad y en que todas sus dimensiones se presentarían interrelacionadas. En este cuadro de teorías sobre la ciudad, se inscriben las investigaciones específicas sobre la ciudad, sea en las diferentes épocas históricas, sea en distintas partes del mundo.

Con respecto a la posibilidad de allegarse a una caracterización capaz de abarcar la mayor parte de las ciudades de todos los periodos históricos y de todas las partes del mundo, pudimos ver, a lo largo de este estudio, que esta caracterización podría corresponder a un esquema considerablemente complejo (Cuadro 3).

La ciudad, conforme hemos visto en el espacio dedicado al estudio del factor “población”, implica la necesaria presencia de un *cuantitativo poblacional* considerable y, también, la existencia de una considerable *densidad poblacional* (un determinado patrón de concentración de este cuantitativo poblacional en el espacio). Por otro lado, se trata también de considerar un *cuantitativo poblacional* bastante específico: casi siempre formado por individuos funcional y socialmente heterogéneos, al contrario de lo que sucede en la aldea campesina.

**CUADRO 3: Caracterización de la ciudad como forma social específica**



La ciudad supone, por otro lado, determinados trazos típicos relativos a la “espacialidad”. Implica *localización permanente y extensión física* apreciable. También, determinado *patrón de especialidad* y de organización de la propiedad. Este modelo físico y espacial –para traer un ejemplo muy familiar a todos los que habitan en ciudades– se hace inmediatamente visible en la disposición contigua de sus edificios y viviendas, siempre mediados por una red vial que asegura, de algún modo, la circulación. Además, también este patrón se revela pautado por una determinada forma de valoración de la propiedad y de la materialidad urbana que toma, por medida de riqueza o de referencia, el “edificio” (y no el terreno, así como ocurre en la realidad rural).

Desde el punto de vista social, hemos visto que la ciudad implica cierta forma de convivencia, la que tiene como su rasgo más sobresaliente la falta de conocimiento recíproco entre sus habitantes. Se nota, en este y en otros casos, un modo de vida que sería característico de los ciudadanos de cierta época, en contraste con los habitantes de las aldeas o del campo. Se habla, muy habitualmente, de la soledad en la multitud, en la vida apresurada y regida por el dinero en todas sus instancias, en la necesaria convivencia con el otro y con aquellos que vienen desde afuera<sup>1</sup>. Todo esto contrasta con el “modo de vida” que sería típico de la realidad rural, y se debe resaltar, como especificidad urbana, la presencia de trabajos *no agrícolas* para una parte considerable de sus habitantes.

---

<sup>1</sup> Es importante resaltar que siempre deben ser considerados históricamente los aspectos característicos de este modo de vida, como la indiferencia del ciudadano con relación a su conciudadano, el carácter apresurado de su vida y la alta movilidad social. Si la vida en una ciudad medieval sería considerablemente menos “apresurada” que en una ciudad moderna, por otro lado –desde el punto de vista de la vida en el campo– sus contemporáneos aún así tendrían a ver en este “vivir apresurado” un trazo urbano, lo mismo sucediéndose con los aspectos relativos a la movilidad y a la indiferencia ciudadina, entre otros trazos típicos del modo de vida urbano que podríamos citar. Del mismo modo, si el dinero es aún más circulante en las ciudades modernas, éste también no deja de ser un aspecto distintivo que hacía que las ciudades de la Edad Media contrastaran con relación a la vida rural de la época.

Se resaltó la significativa aparición de un *mercado permanente* en la mayoría de las ciudades de todos los tiempos, lo que lleva a visualizar en la ciudad una *apertura externa* que correspondería a la existencia de intercambios considerables con el exterior<sup>2</sup>. La ciudad se muestra como un lugar privilegiado de la *multifuncionalidad*, desempeñando, ella misma, muchas funciones relacionadas con su entorno, con la red urbana que la absorbe como uno de sus lazos y, también, con lo que se refiere a universos y a unidades más amplias (nacionales y civilizacionales). Multifuncionalidad que se extiende internamente a su variedad de habitantes, ofreciendo un rosario de funciones y ocupaciones que son propias de la realidad urbana y que hacen que su población sea extremadamente compleja.

En fin, se vio también que la ciudad tiene una tonalidad política muy peculiar; en parte, porque cada ciudad tiene, a su modo, una relativa *autonomía política* (aun cuando esté sujeta a considerables poderes externos) y, en parte, porque toda ciudad se abre, como foco privilegiado, a una *concentración de poderes* de varios tipos: desde los institucionales y represivos, a los micro-poderes que rigen la vida cotidiana de sus habitantes.

Este es un esquema complejo de los trazos que, reunidos, podrían caracterizar la ciudad como forma de organización específica. Más allá de esto, otro paso en los estudios urbanos sería examinar a la ciudad en sus diversos momentos históricos.

---

<sup>2</sup> La presencia de “ciudades religiosas” y “ciudades-fortaleza” en algunas realidades históricas sólo confirma la regla –y aun en estos casos es difícil identificar casos en que, en algún nivel, se prescindiera del mercado– por lo menos para satisfacer las necesidades de consumo locales.

# Referencias Bibliográficas

## 1. Obras generales y teóricas sobre la ciudad

ALEXANDER, Christopher. *A cidade não é uma árvore*. Berkeley, 1965 [Une ville n'est pas un arbre. *Architecture Aujourd'hui*, 1967].

ALONSO, W. "The historical and structural theories of urban form: Their implications for urban renewal". In: *Land Economics*, XL, p. 227-231.

ARPAL POBLADOR, Jesus. *Las ciudades, visión histórica y sociológica*. Barcelona: Montesinos, 1983.

BAHRDT, H. P. *Lineamenti di sociologia della città*. Padua, 1966.

BURGESS, E.W.; PARK, E. & MCKENZIE, R.D. *The city*. Chicago: University of Chicago Press, 1925 [*La città*. Milano, 1967].

CARBONARO, A. "Sociologia Urbana". In: *Antologia di scienze sociali*. Vol. II. Bologna, 1963.

CASTELLS, Manuel. *La question urbaine*. Paris : Maspero 1985.

CERTEAU, Michel de. "Marchas da cidade". In: *A invenção do cotidiano*. Vol. I. Petrópolis: Vozes, 1996, p. 169-172.

CHOAY, Françoise. "L'histoire et la méthode en urbanisme". In: *Annales E. S. C.*, XXV, 1970.

\_\_\_\_\_. *O urbanismo*. São Paulo: Perspectiva, 2000.

DELLE DONNE, Marcella. *Teorias sobre a cidade*. São Paulo: Martins Fontes, 1990 [*Tories sulla città*. Roma: Liguore, 1979].

DE SETA, C. "L'ideologia della città nella cultura pré-marxista". In: *Quaderni Storici*, 27, 1974, p. 711-734. Roma.

DOMINGUES, José Maurício. "A cidade: racionalização e liberdade em Max Weber". In: SOUZA, Jessé (org.) *A atualidade de Max Weber*. Brasília: UnB, 2000, p. 209-233.

ESPINAS, Georges. *Histoire urbaine: directions de recherches et résultats*. In : *Annales d'histoire économique et sociale*, 1933, p. 256-266, 348-373 ; 1935, p.353-390; 1937, p. 455-490.

EUFRASIO, Mario A. *Estrutura urbana e ecologia urbana – A Escola Sociológica de Chicago (1915-1940)*. São Paulo: 34 Letras, 1999.

GEDDES, Patrick. *Cidades em evolução*. São Paulo: Papirus, 1994 [*Cities in evolution*. Paris, 1915].

GEORGE, Pierre. *La ville: le fait urbain a travers le monde*. Paris, 1952.

GLASS, David. *The town*. Londres, 1935.

GUIDICINI, P. *Problemi di sociologia urbana*. Bréscia, 1969.

HALPERT, L. & GIST, N. *Urban society*. 2.ed. New York, 1941.

HAUSER, Ph.M. & SCHNORE, L. F. (orgs.). *The study of urbanization*. New York: Wiley, 1965.

ISARD, W. "Transport development and building cycles". In: *Quarterly Journal of Economics*, 57(1), nov./1942, p.90-112.

JONES, Emyrs. *Towns and cities*. Oxford. Oxford University Press, 1966.

LEE, Rose. *The city*. Chicago. 1955.

LÓPEZ, J.S. "The cross-roads within the wall". In: HANDLIN, O. & BURCHARD, J. (orgs.). *The historian and the city*. Harvard: Harvard University Press, 1963.

MANN, P.H. *An approach to urban sociology*. Routledge & Kegan Paul, 1965.

MARTINOTTI, G. *Città e analisi sociologica*. Padua: Marsilio, 1968.

MEURIOT, Paul. "Du concept de ville autrefois et aujourd'hui". In : *La vie urbaine*. Paris, 1919.

MORRIS, R. M. *A cultura das cidades*. Belo Horizonte: Itatiaia, 1961.

\_\_\_\_\_. *Sociologia urbana*. Rio de Janeiro: Zahar, 1972.

MUMFORD, Lewis. *A cidade na história*. São Paulo: Martins Fontes, 1991 [*The city in the history*. New York, 1961].

MUSIL, Jiril. *Sociologia della città*. Milano, 1970.

PIEROTTI, P. *Urbanistica: storia e prassi*. Firenze: Marchi/Bertolli, 1972.

RECLUS, Élisée. "O problema urbano". In: ANDRADE, Manuel Correa (org.). *Élisée Reclus*. São Paulo: Ática, 1985, p. 143-166 [Col. Grandes Cientistas Sociais].

REISSMAN, L. *The urban process*. Glencoe: Fire Press, 1964.

RONCAYOLO, Marcel. "Cidade, região, território". In: *Enciclopédia Einaudi*. Vol. 8. Lisboa: Imprensa Nacional/Casa da Moeda, 1986.

ROSSIAUD, Jacques. "O cidadão e a vida na cidade". In: LE GOFF, Jacques (org.). *O homem medieval*. Lisboa : Presença, 1990, p. 99-122.

SHELLING, Th. "Ecological models". In: *Journal of Mathematical Sociology*, II. Chicago, 1973.

THERNSTROM, Stephan. "Reflections on the New Urban History". In: *Daedalus*, Spring/1971, p. 359-376.

WEBER, Max. *The city*. New York: MacMillan, 1958 [Londres: Free Press, 1960 - Original: 1905].

WEBER, Max et al. *O fenômeno urbano*. Rio de Janeiro: Zahar, 1967.

## 2. Obras generales sobre la ciudad en la perspectiva de los desarrollos morfológicos y urbanísticos

ALEXANDER, Christopher. *De la synthèse de la forme*. Dunot, 1971.

BENEVOLO, M. *Storia della città*. Roma/Bari: Laterza e Fligi [História da cidade. São Paulo: Melhoramentos, 1990].

BLUMENFIELD, Hans. "Form and function of urban communities". In: *Journal of the Society of Architectural Historians*, jan./abr./1943.

\_\_\_\_\_. "Theory of city form". In: *Journal of the Society of Architectural Historians*, jul./dec./1949.

HAROUËL, Jean-Louis. *Histoire de l'urbanisme*. Paris, PUF, 1985.

KOHLSDORF, Maria Elaine. *A apreensão da forma da cidade*. Brasília: UnB, 1996.



LABANDE, L.H. *Histoire de Beauvais et de ses institutions communales*. Paris, 1982.

LAMAS, José M. Ressano. *Morfologia urbana e desenho da cidade*. Lisboa: Fundação Calouste Gulbenkian, 1993.

LE CORBUSIER. *Maneira de pensar o urbanismo*. Lisboa: Europa-América, 1969.

LEVADAN, Pierre. *Géographie des villes*. Paris: 1936.

\_\_\_\_\_. *Histoire de l'urbanisme*: Vol. I : *Antiquité, Moyen Age*. Paris, 1926. \* Vol.II : *Renaissance et Temps Moderne*. Paris, 1941. \* Vol.III : *Époque Contemporaine*. Paris : H. Laurens, 1952.

LORENZER, A. *L'ideologia dell'architettura*. Bari, 1969.

LYNCH, Kevin. "The form of the cities". In: *Scientific American*, abr./1954.

LYNCH, Kevin & RODWIN, Lloyd. "A theory of urban form". In: *Journal of American Institute of Planners*, abr./1954.

SMAILES, A.E. *The geography of towns*. Londres, 1953.

### 3. Obras sobre la ciudad que abordan ejes temáticos específicos

ARDIGÒ, A. *La diffusione urbana*. Roma: 1967.

ARGAN, Giulio Carlo. *A história da arte como história da cidade*. São Paulo: Martins Fontes, 1962.

\_\_\_\_\_. "A cidade no Renascimento". In: *Clássico-antioclássico – O Renascimento de Brunelleschi a Bruegel*. São Paulo: Cia. das Letras, 1999, p. 55-80.

BARTHES, Roland. "Semiótica e Urbanismo". In: *A aventura semiológica*. São Paulo: Martins Fontes, 2001. [Original: *L'Architecture d'aujourd'hui*, n. 53, dez./1970 – jan./1971.].

BAREL, Yves. *La ville médiévale: système social, système urbain*. Grenoble : Presses Universitaires de Grenoble, 1975.

BENOIT-LEVY, Georges. *La ville et son image*. Paris, 1910.

BOGUE, D. J. *The structure of the metropolitan community: A study of dominance and subdominance*. Michigan: Ann Arbor, 1949.

BRAUDEL, Fernando. "The Cities". *Civilisation matérielle et capitalisme – Vol. 1 : Les structures du quotidien*. Paris, 1967 [Civilização material, economia e capitalismo: séculos XV-XVIII – Vol 1 : As estruturas do cotidiano. São Paulo: Martins Fontes, 1977, p. 439-514].

BURGESS, e. w. "The growth of the city: Na introduction to a research project". In: BURGESS, E. W.; PARK, E.; McKENZIE, R. D. *The city*. Chicago: University of Chicago Press, 1925.

BURGESS, E. & PARK, R. *Introduction to the science of sociology*. Chicago, 1921.

CHILDE, V.G. "The urban revolution". In: *Town Planning Review*. Londres, abr./1950.

\_\_\_\_\_. "Civilization, cities and towns". In: *Antiquity*, XXXI. New York, 1957.

\_\_\_\_\_. "A revolução urbana na Mesopotâmia". In: *O que aconteceu na história*. Rio de Janeiro: Zahar, 1960, p. 88-111.

CHOAY, F. *L'urbanisme: utopies et réalités*. Paris : Seuil, 1965 [La città: utopia e realtà. Vol. Iturim : Einaudi, 1972 (1965)].

CHRISTALLER, W. *Die Zentralen Orte in Süddeutschland*. Jena: Fischer, 1933.

CLAVAL, P. "La géographie urbaine». In: *Revue Historique de Montréal*, XXIV. Montreal, 1970.

CORREA. Roberto Lobato. *Região e organização espacial*. São Paulo: Ática, 1986.

COX, Harvey. *A cidade do homem*. Rio de Janeiro: Paz e Terra, 1971.

DAHL, R. *Who governs? Democracy and power in an american city*. New Haven, 1961.

DAOLIO, A. "La sociologia urbana de Jiril Musil". In: *Rassegna Italiana di Sociologia*. Roma, 1988, p.178s.

DELLA PERGOLA, G. "La conflittualità urbana". Milano, 1972.

DERYCKE, P.H. *Histoire des théories économiques spatiales*. Paris, 1958.

\_\_\_\_\_. *L'Economie urbaine*. Paris: PUF, 1970.

DES MAREZ, G. *Étude sur la propriété foncière dans le ville du Moyen Age et spécialement em Flandre*. Gand, 1898.

DIAS, Ângelo M. "Os signos das cidades". In: *Revista Tempo Brasileiro*, 85, abr.-jun/1986, p. 5-9. Rio de Janeiro.

DICKINSON, R.E. *The west european city – A geographical interpretation*. [s.n.t.].

\_\_\_\_\_. "City and region". In: ELIA, G. F. (org.) *Sociologia urbana*. Turim, 1971.

FERRAROTTI, Franco. *La sociologia: storia, concerti e metodi*. Turim, 1967.

\_\_\_\_\_. «Le ricerche romane: interrogativi sulla città come molteplicità di sistemi». In: *Critica Sociologica*, n. 27, outono/1973. Turim.

FORM, W. "The place of social structure in the determination of Land Use". In: *Social Forces*, XXXII. New York, 1954.

FUSTEL DE COULANGES, N. D. *A cidade antiga*. Paris, 1864 [La città antica. Florencia, 1924].

GARNIER, J.B. & CHABOT, G. *Trattato di geografia urbana*. Padua, 1970.

GEORGE, Pierre. *Geografia della città*. Napoli, 1963.

GLOTZ, Gustave. *The greek city and its institutions*. Paris, 1928 [A cidade grega. Rio de Janeiro: Bertrand, 1988].

GREGOROVIVUS, F. A. *History of the city of Rome in the Middle Ages*. Stuttgart, 1859/1872.

GUIDICINI, P. *Sviluppo urbano e imagine dell città*. Milano, 1971.

HARRIS, CH. "A functional classification of cities in the United States". In: *Geographical Review*, XXXIII, 1943. New York.

HARRIS, CH. & ULMANN, E.L. "The nature of the cities". *Annales of American Academy of Political and Social Science*, CCLII. New York, 1945.

HELLPACH, W. *L'uomo della metropolis*. Milano, 1966.

HERLIHY, David. "Urbanización y cambio social". In: *Historia eco-*

*nómica: nuevos enfoques y nuevos problemas*. Barcelona: Grijalbo, 1981, p. 113-143.

HOYT, H.Y. "The structure and growth of Residential Neighbourhoods". In: *American Cities*. Washington: U.S. Government Printing Office, 1939.

HUNTER, FLOYD. *Community power structure*. Chapel Hill, 1953.

HUNTINGTON, E. *The human habitat*. New York, 1927.

JULIAN, Camile. "A propos de géographie urbaine". In: *Revue des Études Anciennes*, XXI. Paris, 1919.

LAMPARD, E. "Historical Aspects of urbanization". In : HAUSER & SCHNORE (orgs.). *The study of urbanization*, 1965 [s.n.t.].

\_\_\_\_\_. (org.) "The history of cities in the economically advanced areas". *Economic development and cultural change*, III, 2. 1965, p.81-137.

LE BRAS, G. *L'église et le village*. Paris: Flammarion, 1976.

LEFEBVRE, Henri. *O direito à cidade*. São Paulo: Documentos, 1969 [*Le droit à la ville*. Paris : Anthropus, 1968].

\_\_\_\_\_. *Du rural au l'urbain*. Paris : Anthropus, 1977.

LE GOFF, Jacques. "O imaginário medieval". Lisboa: Estampa, 1994.

LEWIS, Oscar. "Further observations on the folk-urban continuum". In: HAUSER, Ph.M & SCHNORE, L. F. (org.). *The study of urbanization*. New York: Wiley, 1965.

LIPSET, M. & BENDIX, R. *Social mobility in industrial city*. Berkeley, 1959.

LYNCH, Kevin. *A imagem da cidade*. São Paulo: Martins Fontes, 1994 [*The image of city*. Cambridge Mass: MIT Press, 1960].

MAITLAND, Frederic William. *Township and Borough: together with an appendix of notes relating...to Cambridge*. Cambridge, 1898.

MEIER. *A communication theory of urban growth*. Cambridge, 1962.

MERCADAL, J. "Teut-on tirer un enseignement des essais français de modelisation du développement spatial urbain?" In: *Revue Economique*, XXIII, 1971.Paris.

PARK, Robert. *Human communities: The city and human ecology*. Glencoe III, 1952.

PETIT-DUTAILLIS, Ch. *Les comunas françaises: caracteres et evolutions des origins au XVIII siècle*. Paris, 1970.

PLANHOL, X. *Les fondements geographiques de l'histoire de l'Islam*. Paris : Flammarion, 1968.

REINECKE. *Geschichte der Stadt Cambrai*. Marburgo: 1896.

RIBCZYNSKI, Witold. *Vida nas cidades: expectativas urbanas no Novo Mundo*. Rio de Janeiro: Record, 1995.

RONCAYOLO, Marcel. "As muralhas depois das muralhas – Realidade e representação das muralhas entre os séculos XIX e XX". In: *La città e la mura*, 1989. Roma/Bari: Laterza & Fligi Spa., 1989.

ROUANET, Sérgio. "É a cidade que habita os homens ou são eles que moram nelas?" In: *Revista da USP*, 15, 1992, p. 48-72 [Dossier W. Benjamim].

SENNETT, Richard. *Carne e pedra – O corpo e a cidade na civilização ocidental*. São Paulo: Record, 1997.

SICA, Paolo. *L'immagine della città da Sparta a las Vegas*. Bari: Laterza, 1970.

SIMMEL, Georges. "Die Großstadt und das Geistesleben". In *Jahrbücher der Gehestifung*, IX. Berlim, 1903 [Metropoli e personalità. In: ELIA, G. F. *Sociologia Urbana*. Milano, 1971].

\_\_\_\_\_. "The great city and cultural life". In: *Die Grosstadt: Vorträge und Aufsätze zur Städteausstellung*. Dresden, 1903.

SITTE, Camillo. *Der Städtebau nach seinen künstlerischen Grundsätzen*. Viena, 1899.

SOMBART, Werner. "Ursprung und Weses der Modernen Stadt". In: *Der Moderne Kapitalismus*: Vol.II, 2ª parte. Vol. II, 1ª parte, cap. 25.

SOROKIN. P. A. *La mobilità sociale*. New York, 1927.

SOROKIN & ZIMMERMAN. *Principles of rural-urban continuum*. Harvard, 1929.

TOUT, Thomas F. *The collected papers of Thomas F. Tout: with a memoir and bibliography*. Manchester, 1934.

ULLMAN, Walter. *The individual and the society in the Middle Ages*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1966.

WHITE, W.F. Street Corner Society. *Urban Sociology*. Chicago, 1967.

WILLIAMS, Raymond. *The country and the city*. London: Oxford University Press, 1973.

WIRTH, Louis. "Urbanism as a way of life". *American Journal of Sociology*, XLIV. Chicago, 1938.

\_\_\_\_\_ *Community life and social policy: selec. Papers*. Chicago, 1956.

#### 4. Outras obras citadas

CALABRESE, Omar. "A linguagem da arte". Rio de Janeiro: Globo, 1987.

ECO, Umberto. *La structura assente*. Milan, 1968.

DURKHEIM, Émile. *A divisão social do trabalho*. São Paulo: Martins Fontes, 1999.

ENGELS, Friedrich. *A questão da habitação* [La questione delle abitazioni. Roma, 1950].

MARX, Karl. *Formações econômicas pré-capitalistas*. 5. ed. Rio de Janeiro: Paz e Terra.

MARX, Karl & ENGELS, Friedrich. *A ideologia alemã*. São Paulo: Martins Fontes, 2000 [original: 1845].

PANOFSKY, E. *Studies in iconology*. New York: Oxford University Press, 1939.

\_\_\_\_\_ *Meaning in the visual arts*. Garden City: Doubleday, 1955 [Significado das artes visuais. São Paulo: Perspectiva, 1976].

\_\_\_\_\_ *Gothic architecture in scholasticism*. New York: Meridian, 1957.

WEBER, Max. *Economia e sociedade*. Brasília, UnB, 1999, p. 408-517 [original:1925].